]OSE LOPEZ-PORTILLO Y PACI-IECO

QUETZALCOATL

SALVAT EDITORES, S. A.

QUETZAL COATL

Indice

A Muncy

QUETZALCOATL

-¿Soy alguien yo? -Dice en su espíritu
el hombre.

¿Soy éste que soy? -Dice en medio
de la Tierra.

(Chilam Balam. Libro VIII)

Prólogo en el origen

¡OMEYOCAN! Y me remontaré al lugar dos, donde sólo hay Vientos y Tinieblas, el Yoalli Ehecatl, donde se arremolina la quietud infinita, antes de la voluntad unitaria del Verbo.

Ya ahí. ¿Soy alguien yo.'! -digo en mí espíritu.
Ya ahí. (,.Soy éste que soy.'!

Antes del tiempo, en un punto sin espacio, en el ombligo donde revierten, en recíproco remolino oscuro, lo infinitamente grande en lo infinitamente pequeño,· en el ombligo donde el Diverso se hace Universo, donde el Tloque Nahuaque es tempestad nocturna de todas las posibilidades, donde el Señor de la Noche, el Negro Tezcatlipoca, se niega, revienta en luz. y nace el universo que quiere conformar Quetzalcóatl, el gemelo precioso, pluma en la escama. Repto y vuelo. Aguila y serpiente.

Se crearon los soles.
Se crearon las plumas.
Se crearon los tigres.
Se crearon los cantos.

Empezó el dolor y ya latía la sangre.
"Yo Soy el Que Es" -dijo el Verbo.
"Yo sé lo que Soy" -dijo el hombre.

Y desde entonces, salió de las manos de su Creador y quedó bajo su propio cuidado.

Yoalli Ehecatl.
¡Viento y Tinieblas

Capítulo 1

El camino

La noche oscura, el viento y el mar lo arrojaron a la playa. Quedó en ella prendido, amarrado a su madero. Cubierto de espuma. Pegado a la tierra, asido a su comba amorosa como el niño a la madre.

Desnudo y sin memoria. Sólo su vigilia había brillado adentro de sí como una estrella entre el viento y las tinieblas. Adentro. Afuera rugía la tempestad y el remolino.

Las primeras luces de un nuevo día, y la calma, lo encontraron tirado en la playa. Sólo recordaba el rumbo de su origen, el sol que sale, y la cruz de los cuatro vientos, a la que quedó amarrado y que lo llevó, flotando sobre el mar, entre los aullidos de la tempestad, hasta esta tierra separada del agua, en medio del viento y de la noche.

Quedó desnudo, sin memoria, sin más voluntad que la de seguir existiendo. Enloquecido por la necesidad. Su conciencia llegó a ser, sólo, angustia y soledad.

¿Soy alguien todavía? -alcanzó a preguntarse cuando el dolor lo arrojó contra las rocas y la fuerza y la consciencia lo abandonaron, se apagó la chispa de su vigilia y sólo quedó un zumbido gris muy semejante a la muerte, y que en la boca hinchada le sabía a sangre y a sal.

Quedó en la tierra, encajado como un pedernal, cubierto de espuma blanca y escamosa. El vientre pegado a la tierra.

Ese nuevo día ya tuvo sol. Llegó también del lado del
mar. Su luz despertó aves y cantos. El nuevo día tuvo cantos y
brillar de plumas. Los pájaros llegaron hasta él y se posaron
en su inmovilidad, en sus barbas revueltas y pegajosas, en sus
brazos, en sus lomos, y en su cruz, sin despertarlo.
De lejos, con la luz de la mañana, al rayar el sol, parecía
una serpiente emplumada que hubiera llegado del lado del
mar, por el rumbo donde sale el astro.
Así lo gritaron los niños a sus mayores :
-¡ El sol trajo una serpiente emplumada !
-¡ Está tirada en la playa y sólo se mueven sus plumas !
Los mayores no hicieron caso. Estaban demasiado ocupados
buscando el alimento para sus hijos.
Sólo los niños tenían curiosidad y tiempo para mirar serpientes
emplumadas en la playa. Y la fueron a ver de cerca.
Llegaron poco a poco. Cautelosos y con miedo. Unos a
otros se animaron. El más audaz avanzó corriendo, tropezó, y
su caída asustó a los pájaros, mientras el vuelo reflejó el miedo
de los pájaros al corazón de los niños.
-¡ Se ha convertido en hombre ! ¡En hombre blanco !
¡Tiene pelos en la cara y en el cuerpo !
Y corrieron hasta esconderse en la masa húmeda y olorosa
de la selva.
-¡La serpiente emplumada se convirtió en hombre ! ¡En
hombre blanco y peludo ! -volvieron a gritar a los mayores,
que tampoco hicieron caso. Estaban ocupados y no tenían
curiosidad. Apresaban sabandijas, animalillos y pájaros a pedradas
y a palos.
Los niños regresaron a la playa. Ahora llevaban también
varas y piedras.
Ya era sólo un hombre desnudo y raro tirado en la playa
y amarrado a un leño. Estaba inmóvil. De lejos, lo apedrearon.
De cerca, lo golpearon, y uno de ellos, el más audaz, lo
pinchó hasta hacerlo sangrar.
4
Ese nuevo día ya tuvo sol. Llegó también del lado del
mar. Su luz despertó aves y cantos. El nuevo día tuvo cantos y
brillar de plumas. Los pájaros llegaron hasta él y se posaron
en su inmovilidad, en sus barbas revueltas y pegajosas, en sus
brazos, en sus lomos, y en su cruz, sin despertarlo.
De lejos, con la luz de la mañana, al rayar el sol, parecía
una serpiente emplumada que hubiera llegado del lado del
mar, por el rumbo donde sale el astro.
Así lo gritaron los niños a sus mayores :
-¡ El sol trajo una serpiente emplumada !
-¡ Está tirada en la playa y sólo se mueven sus plumas !
Los mayores no hicieron caso. Estaban demasiado ocupados
buscando el alimento para sus hijos.
Sólo los niños tenían curiosidad y tiempo para mirar serpientes

emplumadas en la playa. Y la fueron a ver de cerca.
Llegaron poco a poco. Cautelosos y con miedo. Unos a otros se animaron. El más audaz avanzó corriendo, tropezó, y su caída asustó a los pájaros, mientras el vuelo reflejó el miedo de los pájaros al corazón de los niños.
-¡ Se ha convertido en hombre ! ¡En hombre blanco !
¡Tiene pelos en la cara y en el cuerpo !
Y corrieron hasta esconderse en la masa húmeda y olorosa de la selva.
-¡La serpiente emplumada se convirtió en hombre ! ¡En hombre blanco y peludo ! -volvieron a gritar a los mayores, que tampoco hicieron caso. Estaban ocupados y no tenían curiosidad. Apresaban sabandijas, animalillos y pájaros a pedradas y a palos.
Los niños regresaron a la playa. Ahora llevaban también varas y piedras.
Ya era sólo un hombre desnudo y raro tirado en la playa y amarrado a un leño. Estaba inmóvil. De lejos, lo apedrearon. De cerca, lo golpearon, y uno de ellos, el más audaz, lo pinchó hasta hacerlo sangrar.

1

La sangre roja y brillante escurrió hasta el suelo, que la bebió por primera vez.

Alzó la cabeza y abrió sus grandes ojos redondos.

-¡ Dios ! ¡Dios! -gritó enronquecido entre la maraña de sus barbas-. ¿En qué abismo grito ? -se preguntó mientras veía correr en visión vaga, deslumbrada y ardorosa, las figuritas morenas y crueles que, asustadas, corrieron hasta sus mayores, a dar cuenta de su hazaña.

-¡Tiene ojos redondos de serpiente y muchos pelos en la cara !

Sólo Acatl se interesó. El sabía que el mar era generoso y que a veces tiraba cosas buenas a la playa.

Asustó a los niños para que no regresaran, y al ponerse el sol se fue a buscar a la serpiente emplumada. Tal vez se la podría comer. Se adornaría con las plumas.

Cuando llegó al lugar, también asustó a los pajaros y descubrió el cuerpo desnudo, blanco, barbado, de un hombre casi muerto que tenía un rastro de sangre seca en un costado.

-¡ Eh ! ¡Eh! ¿ Quién eres ? ¿ Cómo eres blanco y con barbas ,De dónde vienes ? ¿Eres un dios caído ? ¿Eres un hombre muerto? -lo picó con su lanza, y se movió.

-Te trajo el mar, el sol y el viento.

Has de ser semilla venida de lejos.

Has de ser espora de otros rumbos.

Has de ser germen de otra raza.

Lo soltó del madero, y tomándolo del pelo y de las barbas, lo arrastró dificultosamente hasta el lindero de la espesura. Sus pies dejaban líneas gemelas que nacían en la cruz abandonada.

Un dolor distinto y agudo lo rescató de la inconsciencia. No tuvo fuerza para quejarse. Ni siquiera pudo morder el brazo moreno y sudoroso que lo asía por la barba y le apretaba la boca seca contra los dientes. Se dejó arrastrar. A través

de sus ojos hinchados, de su necesidad y de su dolor, pudo ver el lucero de la tarde, que brillaba ahora como brilló su vigilia en las noches de tormenta. No se enteró de que el lucero era hermoso. Sólo supo que brillaba todavía, como su propia existencia.

-¡Dios ! ¡Todavía soy yo ! -pudo decir apretadamente-. ¡Todavía sufro ! ¡Todavía veo el lucero ! ¡No me has abandonado! ¡Todavía soy dolor y luz !

El hombre moreno -lo pudo ver en un escorzo absurdo- lo soltó, jadeante, junto al agua dulce. Acatl tenía todavía en las manos la sensación, que nunca más lo abandonaría, de los pelos espesos y pegajosos, y en la retina, el brillo de un ojo en el que se reflejaban la tarde y el lucero, cuando el hombre caído se puso a beber agua.

-Tiene sed. Es grande y pesado. Tal vez sea un dios vencido. Tal vez es semilla de un dios que va a nacer. Tal vez es sólo un hombre que sufre.

Durante siete días le trajo de comer y de beber y lo tuvo escondido en una cueva.

Al octavo, ya no lo encontró y se puso triste. Se mortificó. Regresó a su pueblo.

-¿ Qué has hecho de la serpiente emplumada? -le preguntaron.

-¡ Siete días te has perdido ! Los niños te vieron ir por la serpiente. Los asustaste. ¡La quisiste sólo para ti !

-¿Acaso la devoraste solo? ¿Acaso no tienes un pueblo con el que comer? Dicen los hombres sabios de más allá de la sierra que se han visto prodigios sobre el mar. Todos hemos visto una serpiente de luz en los cielos. Creemos que es la madre que busca a su criatura.

-¿Qué has hecho de la serpiente? ¿Acaso la adoras tú solo? ¿Acaso no tienes un pueblo con quien adorar? ¿Te crees un hombre nuevo ? ¿Acaso crees que a los dioses se les adora solo, sin pueblo y sin sacrificios?

-¡Mira ! ¡No nos enojes más ! ¡Trae la serpiente emplumada! ¡Pertenece a esta tierra y a estos aires !

Entonces Acatl dijo: -Se ha ido. Se esfumó. Siete días le di agua, miel y fruta. Ahora se ha ido. Estoy solo ante ustedes. Yo mismo arrastré a la serpiente. La cogí de los pelos cuando se convirtió en hombre blanco y barbudo. Yo creo que era sólo un hombre.

-¡ No nos engañes ! Vé y tráela, no sea que te matemos a palos!

Acatl se fue con el corazón lleno de angustia. Corrió hasta el mar, y por su orilla, hasta cansarse.

Durante dos días no comió, acuclillado hacia el oriente.

En su corazón, nacía la devoción. En las noches, veía la serpiente de luz en los cielos. En los días, buscaba a la serpiente en la tierra y no la encontraba.

Veía salir el sol ensangrentado en su lucha contra los muertos del Mictlan, con la roja victoria de su único ojo que pronto se hacía deslumbrante.

Dos días no comió.

Con la luz del tercer día, lo vio brillar a lo lejos entre las olas. Arrojaba al mar una como tela de araña en la que quedaban prendidos los peces.

Cubría ya parte de su cuerpo y sus barbas volvían a estar llenas de espuma. Esperó a que saliera el sol, y con sus primeros rayos, se presentó ante él.

Repentinamente se vio envuelto en la red y en carcajadas y fue derribado.
-Eres un hombre que sabe reír.
Eres un hombre que sabe pescar con telas de araña.
No podrías ser un dios.
Vengo por ti. Mi pueblo te reclama como serpiente emplumada.
Dicen que te quieren la tierra y los cielos.

El pescador nada dijo. Sólo reía fuerte.

Se llevó a Acatl lejos, enredado, hasta una enramada.
Encendió fácilmente fuego y compartió los peces con él.

Un año estuvieron juntos.
Acatl aprendió cosas nuevas y de asombro. El otro hombre aprendió a hablar y se enteró de las cosas de la tierra.

-Mucho tengo que hacer.
Mucho tengo que dar.
Me siento fuente.
Me siento río.
Me siento camino. Sé, y no recuerdo.

En algún lado hay un señor del que soy mandado. He de dar. He de manar. He de conducir. Me he de salvar.

Al año, enterró su cruz y se preparó para iniciar su camino.
Acatl debía anunciar su llegada al primer pueblo, que era el suyo.

De las chozas salieron a ver sus vestidos, sus redes y una bandera que agitaba.

-Ya regresó Acatl sin la serpiente -chillaban las viejas.
-Ya regresó Acatl como si fuera señor -gritaron los jóvenes.

-Vienes como si supieras. Vienes como si anunciaras

-observaron los viejos.

-Anuncio a la serpiente. Llegó ya el tiempo en que ha de enseñar. Prepárense a recibirlo. Que haya fiesta. Es un hombre que sabe. Es bueno. Enseña cosas nuevas. Hace cosas buenas. Que haya fiesta. Pero no viene como serpiente, viene como hombre.

-Dices mentira. Tu ánima está llena de malicia y tu cuerpo lleno de orgullo. Te crees distinto. Te crees águila. Anuncias

la venida y no traes prenda. No cumpliste como te previnimos. Un año te escondiste.

Las viejas le quitaron los adornos.

Los jóvenes, la bandera.

Los viejos sentenciaron: -¡ Que sea preso ! Mañana habrá de morir antes de que salga el sol. Que su sangre sea su último alimento. Que quede desnudo y sencillo. Que le quiten el orgullo del cuerpo.

-No debo morir -razonó Acatl-. Ya sé cosas. Quiero anunciar las cosas buenas que dará mi señor. No quiero morir. Quiero ser testigo del nuevo tiempo.

-Morirás -concluyeron los viejos-. Así serás útil. Tu muerte es buena. Sirve para mantener el jugo del mundo. Sustentarás el curso de los luceros y firme al sol en los cielos.

-De nada sirve mi sangre si me la quitan. El blanco sabe que sólo la sangre que se da por voluntad propia agrada a los dioses. Así me lo d..jo y así lo creo. Yo no doy mi sangre. Todavía no ha llegado mi tiempo. No acepto mi muerte. No la qu1ero.

-La sangre es la sangre -replicaron los viejos-. Tu voluntad es tuya. Quédate con ella. Cuando mueras, serás sombra de tu sombra. Nada querrás entonces porque ya no tendrás sangre. Nosotros queremos tu muerte, nosotros damos tu sangre, ésa es la voluntad del pueblo, ésa es la voluntad que cuenta.

-Será como tenga que ser -dijo Acatl, y fue encerrado.

Ahora temo a la muerte, antes sólo temía al dolor. El me enseñó a temer a la muerte, si no se acepta. "Eres libre y puedes ser inmortal", me dijo, y añadió: "Tienes voluntad para aceptar." "Puedes escoger entre la resignación o el miedo." -"Yo no quise morir, y muchas noches rugió la tempestad hasta enloquecerme. Me quitó el entendimiento, pero no la voluntad, y no quise morir. Quiero ser camino y he de morir cuando yo quiera."

Soy libre y estoy preso, reflexionó Acatl.

Quiero vivir y me van a matar.

No entiendo. Hace poco, mi mundo era sencillo. Ahora sé, y dudo. Creo y vacilo. Ahora sé que mi voluntad peca y mi inocencia no es feliz. Mi cuerpo se angustia por el dolor y mi ánima por la muerte. Pienso a veces que no debí darle de comer, y, sin embargo, creo que sólo quiero vivir para anunciarlo. No entiendo. Será lo que vaya a ser. Mañana lo sabré.

Hoy es mañana y Acatl no murió entonces.

Y es que llegó él y derribó al dios que no alcanzó a probar la sangre de Acatl.

Pero como no se cayeron los cielos sino tan solo llovió y el sol brilló de todos modos, lo dejaron hablar.

Sucedió así.

Llegó con su gran manto de plumas lleno de cruces. Alto, barbado, fuerte y solo.

Llegó despacio y con los brazos abiertos.

Llegó con sus ojos redondos.

Llegó con un fuerte viento a sus espaldas, que agitaba su manto como si se quemara, como si estuviera en llamas. Y gritó con gran voz :

-¿ Dónde está mi heraldo?

¿Dónde el que me anuncia?

¡Quiero verlo ! ¡Que sea pronto ante mí !
-¡ Hoy lo sacrifican a los dioses ! -gritó jubiloso el niño que lo había hecho sangrar.
-¡ No habrá de morir ! -gritó el hombre.

No quiero que muera. Llegará su tiempo. Entregádmelo.
El más viejo salió del silencio y del temor, y con voz firme que llenó de orgullo a sus hijos y a sus nietos, dijo :
-Apenas llegas y ya gritas.
Apenas llegas y ya mandas.
¿Quién eres? ¿Quién crees que eres?

-No sé quien soy, pero vengo a dar.
-¿Y quién te pide, y quién te conoce ?

Esperamos una serpiente emplumada hace un año, cuando estaba la madre en los cielos, y entonces no viniste. Te escondiste en la selva como fugitivo. Nos robaste a un hombre; le quitaste su razón, la que le dio este pueblo, y ahora dice que no quiere morir. Dice que es libre. Queríamos una serpiente emplumada y vienes como hombre barbudo y gritón. Tus ojos redondos echan llamas de enajenado y asustas a los niños. Yo mismo tengo miedo porque nunca hemos visto a uno como tú. No sabemos de dónde vienes ni adónde has de ir. No sabemos si eres alguien. No sabemos si eres fruto o semilla. No sabemos si perteneces a la tierra o a los cielos.

-Estoy hecho de tierra y quiero ganar el cielo. Soy escama y quiero ser ala. Necesito manar, tengo que dar. Ayúdame a darles y así subiré a los cielos.

-Cosas raras dices -dijo el más viejo-. ¿Qué nos darás?

-Les daría la ciencia del pecado y de la redención para su alma, y les enseñaría la ciencia de la tierra para hacer mejor su vida.

-Muy raro en verdad lo que dices. Yo nada quiero de lo que prometes. Ya hay dioses en nuestros altares, y un sol en nuestro mundo. Ellos proveen nuestro alimento y nosotros proveemos el suyo. Ya tenemos quién nos dé y a quién dar. Nuestra vida ya transcurre. La mía pronto llegará a su sombra. N a da te pedimos. Y tú ¿qué pides a cambio ?

-Dadme a Acatl. No ha llegado la hora de su muerte.

El ya aprendió, él ya es libre.
-Su muerte ya está mandada, la espera el dios.

-¿Y dónde está ese que espera la muerte de un hombre libre ?

-Allá arriba. A sus pies morirá Acatl como mueren en esta tierra los elegidos para que siga saliendo el sol. Ya está todo preparado. Así será.

-¡ El sol sale y Acatl no muere !-gritó el hombre.
Entonces sopló un gran viento del lado del mar, y tronaron los cielos.
Subió las gradas a grandes pasos. Su manto se agitaba como el aleteo de un águila. Algunos creyeron que volaba y se asustaron más.
Con su red envolvió al dios y jaló hasta derribarlo. Se rompió en cinco pedazos. Con cada uno de ellos apedreó a los cinco sacerdotes y los derribó gradas abajo, hasta donde quedaron destrozados.
-¡ El sol ha de salir por el oriente !
Y el sol salió por el oriente, mientras empezaba un fuerte aguacero.
-¡ Eres poderoso ! -gritaron los viejos.
-¡ Derribaste a nuestro dios ! ¡Trajiste viento y después agua ! Cayó el dios y salió el sol por el oriente.
-Ya no tenemos dios.
Quédate con nosotros. Serás el nuevo dios. Te alimentaremos de sangre para que conserves tu gran fuerza y aumentes tu gran poder. ¡Serás Quetzalcóatl !
-Yo no puedo ser dios. Apenas soy hombre y ya he pecado.
Yo no quiero sangre. Yo vine a dar la mía. Soy un hombre que quiere salvar y salvarse. Quiero dar y ya he matado.
Y entonces se retiró y él mismo se hizo sangrar y bajó las gradas lentamente.
-¡Yo doy mi sangre ! ¡Yo doy mi sangre ! -gritaba excitado mientras salpicaba al pueblo asombrado y chillaban las mujeres.
-¡ He de pagar mis culpas ! ¡Maté a cinco por salvar a uno ! ¡He de derramar mi sangre ! ¡Caí en la tentación de la violencia ! ¡Maté ! ¡Maté !
Y con grandes voces, grito al pueblo:
-perdon!, perdon!

-¿ Qué te hemos de perdonar ? -preguntaron los viejos.
-Mi pecado. He muerto a cinco hombres.
-¿Y qué es pecado ? -preguntaron.
-Pecar es desobedecer, en el corazón y en la obra, el mandamiento de Dios -lloró el hombre blanco.
-No entendemos. Los mandatos de los dioses siempre se cumplen. Ellos quieren la muerte. Son también dioses de la muerte. Ellos la crearon. Ellos la cultivan. ¿Qué podemos contra los dioses ? Nada se hace sin su voluntad. Estamos aquí para servirlos. No sabemos qué es pecar. Matar es cumplir con la ley de la vida que hicieron los dioses.
Acatl se había ya levantado de la piedra de los sacrificios contra la que lo habían sujetado los sacerdotes, y llorando con gran hipo, dijo :
-Mi señor ha pecado por salvarme, por mi causa. Mucho ha de amarme cuando por mi causa peca. Lo he de seguir. Lo he de servir. Mi señor ha pecado.
-Quédate y tal vez aprendamos a pecar -le dijeron los viejos-y entonces tal vez te sepamos perdonar.
No -dijo-. Donde he matado, no podría vivir. Donde no hay perdón, no tendría tranquilidad. Seguiré mi camino. Me iré a las montañas. Ahí haré penitencia. Después resolveré qué hacer con mi vida.
-Si tú lo quieres -se resignaron los viejos-. Pero no vayas solo. Que haya alguien que te sirva. Que sea tu testigo. Llévate a Acatl.
-Yo también me quiero ir con la serpiente -suplicó el niño que lo había hecho sangrar.
-Vete en buena hora, Tatle, si él te quiere -aprobaron los viejos.
-Que venga conmigo -consintió-. El me ayudará a hacer penitencia. Ya conoce el color de mi sangre.
Y así empezó su camino hacia el altiplano. A las altas mesetas del Anáhuac.

Así empezó a formar su séquito, los que siempre lo acompañarían y que después se llamarían cocomes. Había pasado ya entonces de los treinta años, y había olvidado su nombre y su origen. Sólo conocía su condición.
-Me dicen Quetzalcóatl, y de ahora y para siempre, así me llamaré.
Yo soy el Quetzalcóatl.
Yo soy la serpiente emplumada. Repto y vuelo. Tierra y aire. Lodo y cielo. He caído y me levantaré.
Así me conocerán. Así me recordarán.
Yo soy el Quetzalcóatl.
-Déjanos una seña -suplicó el pueblo.
Y Quetzalcóatl clavó una cruz en la tierra, y dijo : -"Este es el verdadero Arbol del Universo.
Y se fue sin añadir una sola palabra, seguido por Acatl y Tatle, ante el silencio, el asombro y la reverencia del pueblo, que se quedó mirándolo hasta que se perdió de vista.
-En verdad es un ser extraño. Es el anuncio de un nuevo tiempo. Mucho llorarán los hombres del Anáhuac -sentenció el más viejo-. Será levadura. Será gozo y amargura para la gente de las mesetas. Por aquí ya pasó y nos quitó un dios y nos dejó un árbol, cinco muertos, palabras que no entendimos y mucho desconcierto. Este pueblo ya no volverá a ser el que solía.

****

Dos días caminó descalzo y sin probar alimento. Cargaba en sus hombros a Tatle cuando lo veía cansado. Dos días en que no dijo una palabra. Sólo caminar, caminar, caminar, hasta alcanzar el éxtasis simple de la marcha, que es anterior al de la danza. La fuga del ritmo elemental, uno y otro, uno y otro, uno y otro. Así, repetidos, hasta que el paso se mete en el cuerpo, se fija en el corazón, vacía la cabeza y hace olvidarlo

todo. Uno y otro, uno y otro. Midiendo la tierra, acariciando la tierra, gozando su gravedad. Caminar, caminar, caminar. El sol atrás, el sol arriba, el sol enfrente. Caminar, caminar, caminar. En la noche, con la luna y el silencio, en la fragancia, en el éxtasis elemental del ritmo uno dos que acaba por fundir tierra, hombre e infinito en un horizonte semiesférico y siempre en fuga.

Durante dos días caminaron y llegaron a las montañas que sostienen al Citlaltépetl y sus nieves eternas, altas y puras como la estrella.

-Aquí me vendrán a buscar dentro de quince días. Adelanten mi viaje y anuncien mi llegada. Hablen, cuenten, expliquen. Preparen. Que haya fiesta y no muerte.

Y durante quince días ayunó y se mortificó para cumplir la intención de redimir su culpa por medio de su propio dolor.

Capítulo II

El Anáhuac

Transcurrido ese tiempo, regresaron por él.
Venían muchos. Venía gente principal y gente común.
Acatl y Tatle se adelantaron.
-Ya pasaron quince días. Ya estamos aquí como lo mandaste. Así cumplimos. Hablamos a los pueblos anunciando tu llegada y llevando tu seña: el Arbol del Universo. Muchos quieren conocerte y vienen por ti. Quieren que les enseñes. Saben de tu gran conocimiento y de tu gran poder. Hasta ellos llegó la fama de que derribas dioses y aun de que matas por no querer la muerte, y de que dices que harás mejores nuestras vidas.

-Que vengan ante mí, pues difícilmente puedo moverme · por el ayuno y la penitencia. He sufrido y ya soy puro, ya puedo ver otra vez cara a cara a los hombres.

Llegaron todos y se quedaron quietos un gran rato, hasta que abrió los ojos y se incorporó ayudado por Acatl y Tatle.

-Yo soy el Quetzalcóatl -dijo.
No sé cuál fue mi tierra. Tan sólo sé que vengo del rumbo donde nace el sol.

Vengo a hacer mejor esta tierra y así hacerme mejor a mí mismo.

Estoy entre dos esferas y amo por igual tierra y cielos.

Quiero plantar las cuatro ramas del Arbol del Universo para
hacer más fuerte la unión de los cielos y la tierra.

Quiero hacer mejores a los hombres para encontrar al
Señor que sirvo y cuyo nombre no recuerdo.

No quiero caer en la tentación.

-¡ Habla por nosotros ! -le dijeron a Topiltzin-. Tú que
eres el que siempre andas preguntando.

Y entonces dijo Topiltzin:

-Sabemos ya cómo te llamas, pero no quien eres. No
nos importa tanto de dónde vienes sino a dónde quieres ir.
Dicen que caíste como flecha disparada por la tormenta nocturna
y aquí estás ante nosotros. Poco entendemos de lo que
dices. Habremos de oír tus palabras y queremos conocer tus
obras. Algo nos darás cuando lo dices. Vente con nosotros.
Haz tu casa entre nosotros. Te daremos mujeres, te daremos
servidores. Nos darás tus hijos para enriquecer la sangre del
pueblo.

-Iré con ustedes.

Construiré una casa entre ustedes, con muchas masiones.

Pero no tomaré mujer. N o debo dar gusto a la carne ni
tener orgullo de estirpe. Todos serán mis hijos. A todos amaré
por igual. Así debe ser.

-Así será si quieres -repusieron-. Ya nos explicarás tú
para que entendamos lo que dices.

Y como estaba débil y con los pies lastimados, lo llevaron
en andas en hombros de cuatro tatemes. Así iniciaron su
camino hacia el Anáhuac. Anunciaban su llegada a los pueblos
y todos salían a recibirlo con gusto.

-¡Ya llegó Quetzalcóatl ! ¡Anuncia un nuevo tiempo
para el Anáhuac ! Que sea bien venido. Hagámosle grato su
paso por esta tierra.

Y le llevaban plumas y flores.

De este modo llegó a Tula.

Quetzalcóatl pudo ver la anchura, la belleza y la riqueza
de la tierra.
-Aquí mandaré. Aquí construiré. Aquí haré -se dijo.

Y dio gracias al que está en lo alto.

Pudo ver la gran muchedumbre que vivía en la tierra .

-Será mis hermanos. Serán mis hijos. Sobre ellos mandaré
-se dijo. Y dio gracias a su orgullo-. Cambiaré sus costumbres.
Cambiaré sus dioses, cambiaré sus ritos. Los haré
iguales, los haré ricos, los haré libres, los haré mansos.

Y le dieron un jacal para vivir, pues entonces los hombres
de Tula sólo sabían construir jacales con varas y zacate.
Y le dieron para que lo sirvieran, además de a Acatl y Tatle, a
los cuatro tamemes que lo cargaron por el camino, porque
así lo pidió él.

* * *

El primer día no salió. Estuvo en meditación.

Al segundo día, salió acompañado tan sólo de Tatle, a
quien llevaba de la mano.

Recorrió la ciudad sin hablar con nadie. Se adornaba
con un largo manto de plumas brillantes que había fabricado
en el camino y que le caía desde los hombros y arrastraba
hasta el suelo. Su andar era lento. De gran dignidad. Lucía su
gran estatura y en verdad parecía un dios que caminara con
un pequeño hombrecito desnudo y moreno a su lado.

Todos lo veían y lo admiraban.

-Es grande, es fuerte, es blanco, es barbón este Quetzalcóall
-comentaba el pueblo-. Vivirá entre nosotros. Y mucha
gente lo seguía en silencio hasta que regresó a su casa.

* * *

Al tercer día hubo fiesta en el pueblo. Iban a sacrificar a
dos prisioneros, dos salvajes chichimecas capturados en las
guerras de la montaña, y que apenas sabían hablar.

La mañana se despertó con gran golpear de palos y troncos, con los que se convocaba al pueblo para que gozara el sacrificio al poder de los dioses conforme al rito aceptado.

Los habrían de coger de manos y pies cuatro sacerdotes. Los arrojarían, sin soltar las extremidades, sobre una gran piedra, de modo que golpeara su espalda y su pecho quedara franco y abierto. Después, con navajones de pedernal, un quinto sacerdote cortaría las costillas, arrancaría el corazón y todavía bullendo lo presentarían ante el dios, para que se consumara la toma del alimento más exquisito del universo, la sangre del hombre, la m..jor de las criaturas, a la que todas sirven y de todas se alimenta.

Así se había preparado y todo estaba en su tiempo. Esperaban tan sólo la salida del sol.

Las víctimas, entre gritos y alaridos, se defendían, y tuvieron que ser arrastradas y golpeadas, entre las risas del pueblo. Y así, arrastradas y golpeadas, las subieron al templo.

Entonces apareció Quetzalcóatl, y otra vez extendió sus brazos, y con ellos abiertos, caminó lentamente hacia el lugar en que iba a realizarse el sacrificio.

-¡Hermanos ! ¡Hermanos ! -gritó con su gran voz de trueno.

Y todos se callaron.

-Yo soy Quetzalcóatl y dos cosas enseñaré hoy:

Primero : Nadie tiene derecho a derramar más sangre que la propia.

Segundo : He de hacer más sonoros vuestros palos, para hacerlos cantar.

Los sacerdotes, que forcejeaban otra vez con los cautivos, manifestaron su disgusto.

-¡ Que no se interrumpa el ritual ! ¡Vendrá la cólera de los dioses ! ¡Que se cumpla el acto como siempre ! ¡Como nos

lo enseñaron nuestros mayores ! ¡Que subsista su orden !
¡Que se afirme el mundo !

-¡ Ese no es el orden del mundo ! -dijo Quetzalcóatl-.
¡Yo represento otro distinto ! Pero que no se discuta ahora.
Sólo pido que se aplace el sacrificio hasta el mediodía, mientras
yo hago cantar a la madera.

-Sea -dijeron los principales.
-¡ No! -protestaron los sacerdotes.
-¡ Sea ! -dijo el pueblo, que sólo tenía ojos para Quetzalcóatl.
En presencia de todos, se puso Quetzalcóatl a trabajar
después de quitarse el manto.

Usaba los navajones de pedernal y un fuego que él mismo
encendió. Escogió un hermoso tronco, y cortando aquí, y
quemando allá, antes de llegar el mediodía, había ahuecado
el tronco y le había dejado dos lengüetas vibrantes que se
puso a tocar rítmicamente.

-En verdad que ha enseñado a cantar a la madera -dijo
el pueblo al escuchar la rítmica sonoridad-. En verdad que
sabe hacer cosas hermosas.

Quetzalcóatl siguió tocando el teponaxtle.

El ritmo sonoro pronto se contagió en danza, y el pueblo
empezó a bailar y a bailar, sin sentir el peso del sol, que subió,
y bajó por el ocaso. La danza se hizo éxtasis colectivo. El
pueblo se olvidó de la muerte y su corazón se llenó del canto
de la madera que sólo cesó cuando llegó la noche.

Entonces se incorporó Quetzalcóatl y dijo :
-Hermanos, es más grato al Señor la danza en común de
un pueblo, que la muerte de un infeliz. La música hace girar
las esferas. Todo el universo se mueve a compás. Tomemos el
ritmo de las estrellas y aprendamos el giro del sol. Hagamos,
de cada tiempo del ritmo, giros de nuestro propio espacio.
Dancemos como danzan las constelaciones. Confundámonos
con el ritmo total del universo, y así nos elevaremos al Señor,

y nuestros pasos le serán gratos porque estaremos construyendo
nuestros fugaces universos de belleza.

Y volvió a tocar el teponaxtle.
-¡Maldito seas! -gritaron entonces los sacerdotes.

¡Maldición para este pueblo torpe que abandona sus dioses ! ¡Ya ha interrumpido mucho tiempo, el ruido, la tradición de la sangre ! ¡El sol ya está en el Mictlan y necesita la sangre del hombre para brillar mañana con fuerza ! ¡No es la música la que detiene al sol; es la sangre la que lo sostiene !

El pueblo, cansado de la danza, vacilaba.
-Entonces -clamó Quetzalcóatl-, aquí está mi sangre.

Yo te la doy, pueblo que dudas, para que no se sacrifiquen más hermanos -dijo. Y se abrió sus heridas que empezaron a manar hasta hacer manchas oscuras en la tierra.

-Esa es mi sangre. La derramo por mi propia voluntad, para que no se vierta la ajena.

Y ésa es la otra enseñanza que quería daros antes de que concluya la noche : Que no se cause más dolor que el que se acepte; que no se derrame más sangre que la propia.

Yo derramaré mi sangre y no para que circule el universo, que no flota en ella; sino que está sujeto por el orden del ritmo. Yo la derramaré para que no derraméis la ajena. Yo seré fuente jubilosa de amor y ritmo. ¡Gracias, Señor, por dejarme manar, por haberme dado una voluntad que sólo es mía y que ahora quiere ser surtidor en la noche ! -Y llorando silenciosamente, se fue sangrando a su jacal, acompañado de su séquito, que también lloraba.

El pueblo se retiró silencioso y conmovido.

Así concluyó el tercer día que pasó Quetzalcóatl en Tula.
Y desde entonces lo empezaron a amar.
De este modo, empezó Quetzalcóatl a enseñar en el Anáhuac.

Días después, Topiltzin, a la cabeza de un grupo de principales, se acercó a Quetzalcóatl, que estaba enseñando a los hombres de su séquito a tejer y a teñir fibras vegetales para hacer telas :

-Quetzalcóatl -le dijeron-, venimos a que nos hables. Queremos tus respuestas. Ha sucedido que el pueblo ya no quiere que se sacrifiquen los cautivos. Los sacerdotes están disgustados y amenazan con dejar la comunidad. Nosotros mismos vacilamos y no sabemos qué debe hacerse.

-Muy sencillo -dijo Quetzalcóatl-. El que acepte el servicio de Dios, que disponga de su propio dolor y no cause el dolor ajeno. El que considere necesario derramar sangre, que dé la propia y no disponga de la ajena. No hay más sacrificio que el del propio bien o el del propio mal. Disponer del dolor ajeno es robar la intimidad del hombre.

-Nos obligas a pensar, a discernir las cosas. Derrumbas el mundo construido por nuestros mayores, que siempre hemos aceptado sin discutir. Hemos creído en la riqueza de la sangre como alimento de los dioses, preferentemente la del cautivo en la guerra, preferentemente la del héroe. Nada es mucho para regalo de los dioses.

-No es sangre lo que pide Dios. Es el mérito el que aprecia. La sangre pertenece a las generaciones y sólo a ellas es necesaria. Corre a torrentes entre los hombres ; pasa de padres a hijos. Se tira en la tierra y en ella se pudre como el cabello de los muertos. Dios no es vampiro. Alimenta su júbilo con el mérito de los hombres. Es el mérito el que teje la luz superior en las esferas.

-¿Y qué es d mérito de que nos hablas ?

-Dar lo propio, dar lo íntimo, sin pedir nada a cambio.
-¿Y qué será lo íntimo que habremos de dar?
-Sólo tres cosas pertenecen a la profundidad del hombre, y de ellas sólo dos son totalmente gratas a Dios: El amor y el dolor. Por uno, todo se une; por el otro, se disgrega, y ése

es el ritmo que hace caminar el universo. Con uno, se compra; con otro, se paga, y sólo así el mundo mantiene su nivel, que es la Justicia de Dios. Así lo sé y así lo digo. La tercera cosa es el saber; pero éste alimenta la soberbia.

-Extrañas cosas dices siempre, Quetzalcóatl, fuera de nuestra comprensión. No entendemos cómo el dolor del hombre ha de ser grato a algún dios. En verdad que ha de ser cruel el dios en el que crees, cuando goza con el dolor de sus criaturas. Hasta ahora hemos dado a los dioses sangre y flores. Nunca pensamos en el dolor.

-Las flores -dijo Quetzalcóatl-las figura el amor. Pero no me habéis entendido. Tal vez ni yo mismo me entiendo. Soy un punto insignificante en la inmensidad de la tierra y casi nada en la infinidad de los cielos, para decir estas cosas. Mi Señor no es dios de dureza. Yo creo, yo dije que el Señor recibe el mérito con gusto y el mérito está en dar, y nada hay más íntimo, más pegado a la raíz del hombre, que su amor y su dolor.

-Sangre o dolor -dijo Topiltzin-. Me parece muy extraña la creación. Ahora sí que ya no entiendo al mundo. ¿Por qué el dolor? ¿Por qué?

-No juzguemos al Creador -dijo Quetzalcóatl-. Respondamos de nuestros propios actos para poder vivir y oremos y hagamos penitencia para saber sin entender.

Y los principales se fueron de ahí muy confusos y se dijeron entre sí: -Sin duda tiene mérito Quetzalcóatl. Ahora sabemos menos y sin embargo, ya no queremos que se sacrifique a los hombres.

Entonces fue cuando se reunieron con el pueblo y después de deliberar acordaron ya no hacer más sacrificios.
-No sacrificaremos más hombres a los dioses -les dijeron todos juntos a los sacerdotes.

-¡ Insensatos ! -contestaron éstos-, ¡nuestro mundo se va a salir de quicio ! Vendrá otra edad en el tiempo, que no

será la nuestra. No queremos compartir la suerte de Tula.
Nos regresamos al norte; otra vez a las llanuras, otra vez a las cuevas a buscar la esencia de la raza que ya se está perdiendo.
Quedaos con Quetzalcóatl, el bailarín, el gritón, el llorón.
¡Algún día regresaremos o regresarán nuestros hijos a arrancarle las barbas a ese demonio que se ha metido en el corazón del pueblo !
Todo eso dijeron, y envolvieron a los dioses antiguos en pieles secas y se fueron muy disgustados rumbo al norte.
La confusión aumentó y muchos querían irse con los sacerdotes.
Pero entonces llegó Acatl entre ellos y traía el teponaxtle, y también Tatle con una flauta de carrizo que le había enseñado a hacer Quetzalcóatl, y llegaron los cuatro tamemes con sonajas y cascabeles que por igual había construido Quetzalcóatl, y empezaron a golpear, y a soplar en la madera, hasta que la música se metió otra vez en el corazón del pueblo, y desapareció la confusión.
-¡ Quetzalcóatl nos da cosas hermosas ! ¡Ahora metió el canto de las aves en el seno del carrizo !
-¡Vámonos ! -dijeron los sacerdotes desde lejos-, no sea que el ruido también nos hechice y pierda fuerza nuestra decisión. Y se fueron arrastrando sus bultos, con los ceños fruncidos y las bocas apretadas. Algunos los siguieron.
-¡ Nos hemos quedado sin dioses ! -gritaron algunas muJeres.
-¡ Quetzalcóatl construirá otros más grandes ! -contestaron algunos jóvenes. Y ya nadie sintió temor, y bailaron hasta el cansancio.
Los dos prisioneros aprovecharon la danza, y escaparon.
Al otro día, regresaron los principales a ver de nuevo a Quetzalcóatl, que seguía enseñando a los hombres de su séquito el arte de tejer y de teñir fibras vegetales. La labor esta

estaba muy adelantada. Y todos se asombraron de cómo la trama hacía nacer figuras en la tela.
-¿ Qué os asombra ? -preguntó Quetzalcóatl.
-Veníamos a decirte que ya no tenemos dioses, ni culto, ni quien nos diga lo que ha de venir y qué hacer, y nos hemos quedado aquí quietos, viendo la magia de tus manos y cómo formas figuras con las hebras, con los hilos.
-¿ Qué os asombra ? -repitió Quetzalcóatl-. Ya dije que todo es ritmo y música. El mundo es como esta tela que ahora fabrico. Cada uno de nosotros va y viene y así se construye la tela de la creación con la que se adorna el Señor para su gloria.
-Así será, como lo dices -dijeron los principales-. Será una hermosa tela.
-Sí -dijo Quetzalcóatl-. Es una hermosa tela hecha de buenas y malas acciones, que sólo el Señor alcanza a ver completa y en la que los soles del día y la noche son como sus piedras preciosas.
Y se quedaron viéndolo trabajar y viéndolo enseñar y corregir.
-No tenemos dioses -insistieron al rato-. Se los llevaron los que se fueron. Los guardaron ocultos en la espera del regreso. Danos los nuevos dioses que habremos de adorar.
-Sólo hay un Dios -dijo Quetzalcóatl-. El creó el cielo y la tierra y todas las cosas. El es nuestro padre y madre. Yo no lo doy. Está en todas partes.
-No lo vemos -dijeron-, y no podemos entender que sea uno, cuando todo es distinto y opuesto en este mundo. Cada especie tiene su propio guardián y es enemiga de la otra. El tigre, grandes colmillos, y el venado, gran velocidad en sus patas. Unos tienen garras ; otros, cuernos; otros se tiñen y muchos envenenan. Donde quiera que ponemos los ojos, vemos las diferencias. ¿Cómo no ha de haber un dios para cuidar cada cosa ? El aire, el agua, el fuego, las plantas,

cada uno con sus leyes y sus formas, ¡a la fuerza están cuidados por un dios distinto !

-No lo creáis -dijo Quetzalcóatl-. Dios es todopoderoso
y habría creado hasta a los dioses, si fuera como lo decís.
-¿Y a ese gran Dios, quién lo creó?

-No fue creado. La Creación empezó con el tiempo y El no transcurre. Es idéntico a sí mismo. Es lo que es.

-No entendemos -dijeron-. Necesitamos ver, necesitamos palpar. Las palabras que dices no están presentes, no hacen bulto; no las vemos ante nuestros ojos, se las lleva el viento, se nos olvidan. Danos dioses que entendamos, que den gusto y tranquilidad al pueblo.

-Si algo he de daros, os plantaré una cruz de brazos abiertos al amor y al dolor. Ese es el verdadero Arbol del

Universo, como mandé decir con la seña que llegó por delante de mí.

-Dánosla -dijeron.

-Mañana la plantaré. Ahora voy a labrarla.

Y así lo hizo con gran arte.

Al día siguiente, el pueblo vio a Quetzalcóatl cargando una gran cruz.

Para entonces, ya estaban todos reunidos y vieron cómo terminaba su labor, con su gran fuerza y su gran habilidad.
-Este signo adoraréis. Este Arbol es la verdad y el camino.
La rama del centro une la tierra con los cielos. Un brazo es amor y el otro dolor. Aceptadlo como mi Dios, el que está

¡ en todas partes y tiene todo el poder.

-Así será -dijo jubiloso el pueblo.
-Ya tenemos un dios nuevo en quien creer, el dios de Quetzalcóatl.

¡Ya tenemos quien nos guíe, quien nos defienda, quien nos sustente, quien nos dé tranquilidad y victoria contra nuestros enemigos ! ¡Ya tenemos un dios para nuestros ejércitos!

Lo adoraremos. Lo veneraremos.

Y¿ cómo lo habremos de halagar, si ya no es lícita la sangre ? -le preguntaron.

-Yo os enseñaré a hacer cosas hermosas de piedras y metales preciosos. Yo os enseñaré a darle música. Yo os enseñaré a danzar y a cantar. Yo os enseñaré a tejer guirnaldas de flores y a quemar hierbas olorosas, y sobre todo, habréis de conduciros como yo os iré diciendo. Ya predicaré más adelante. Que por ahora, sea la fe la que sostenga el Arbol.

Así dijo, y todos quedaron contentos.

Y Quetzalcóatl se fue a su jacal · a meditar.

Pero al día siguiente, sucedió una cosa que causó gran desconcierto.

Cuatro hombres del séquito de Quetzalcóatl, los que lo habían cargado en hombros y que por ello lo amaban, le pidieron autorización para adornar la cruz con su propia imagen, y, por halagarlo, simularon una serpiente de plumas, hecha con gran arte, como lo habían aprendido ya, y la enroscaron en la cruz, para que se viera hermosa y no desolada.

Al pueblo le gustó y la fueron a admirar.

Había muchos reunidos cuando llegó Quetzalcóatl, que retrocedió y palideció intensamente.

-¿Qué es? -gritó-. ¡Yo lo conozco! ¡Es el malo ! ¡Es el soberbio que ahoga mi Arbol ! ¿Cómo llegó hasta aquí ?
-¡ Nosotros lo hicimos, tú lo permitiste. Es tu semblanza. Para que todos supieran que era tu Arbol; para que supieran que estaba cuidado !

-¡Ay! -se quejó Quetzalcóatl-, ¡ahora sé que no podré estar en la cruz !

¡Quitad mi imagen ! ¡ Destruidla con espinas ! ¡Que no haya sacrilegio ! Yo adoraré el Arbol con humildad, con devoción, pero no podré prenderme de él. Ahora lo sé. Ahora lo entiendo. Tengo demasiada tierra en el cuerpo. Estoy lleno de soberbia -dijo, y se entristeció por su vanidad.

La gente no entendió.
-¡ En verdad es distinto a nosotros ! ¡Nunca sabemos cómo halagarlo!, ¡cómo darle contento!, ¡somos torpes!, ¡somos ignorantes ! ¡Nos hacen falta sacerdotes que sepan de cosas sagradas ! Le pediremos que nos los ponga.

Pero no destruyeron la serpiente. Secretamente guardaron su imagen en una cueva tapada por nopales y empezaron a rendirle culto, también en secreto.

Durante muchos días, no se acercó a la cruz, ni enseñaba cómo adorarla, ni enseñaba el culto, ni adoctrinaba a la gente. Estaba triste y el pueblo sufría sin saber por qué.

Entonces Acatl se acercó a él y le dijo:

-Estás triste y callado. Ya no enseñas, ya no nos hablas.

Ni siquiera te pones en meditación. ¿Qué es lo que te ha enojado ? ¿Qué es lo que te da desconcierto ? ¿Qué puede hacer por ti el que te recogió de la playa? Estás mano sobre mano, viendo hacia lo lejos. Ya no cantas, ni tienes alegría. ¿Qué he de hacer? ¿He de pincharme las orejas y la lengua como lo hace el pequeño Tatle ?

-¿ Qué has dicho ? ¡Que venga Tatle !

Y se lo llevaron sangrando.

-¿ Qué haces, niño ? -preguntó Quetzalcóatl.

-Me causo dolor para que vuelva a ti la alegría de la vida.

Para que vuelvas a tocar la flauta de carrizo. Para que vuelvas a tejer redes. Para que vuelvas a caminar conmigo y me lleves de la mano. Para eso ofrezco mi sacrificio.

-¡Mundo absurdo ! Mundo de desconcierto el que estoy desencadenando. He tenido la pretensión de enseñar lo importante con grandes gestos y con grandes gritos, y ni siquiera sé quién soy. Tengo días de estar lleno de dudas y de confusión.

Tengo como una niebla en mi espíritu. No recuerdo cuál es el culto de la cruz, ni sé más de su doctrina, ni sé cual es el paso siguiente que debo dar.

Grande ha sido mi vanidad y mi soberbia. Mejor haré
cosas con mis manos. Las manos son humildes.
Y le dijo a Acatl :
-De hoy en adelante, tú te encargarás de cuidar del Arbol
y de ordenar sus fiestas. De proveer sus ritos. Que no haya
sangre, sino cantos, flores y humo grato. Aparta días de fiesta
y días de expiación y cuidados. Un año hablé contigo. De ese
año saca enseñanzas.
Y se fue a la plaza para anunciarlo.
-¡ Pueblo de Tula ! -gritó con la gran voz que tanto gustaba
escuchar al pueblo-, será un hombre de la tierra, el que
está cerca de mí, el que me rescató del mar arrastrándome
por las barbas, el que cuidará del Arbol que he plantado. El
enseñará el culto y el rito. Yo no soy digno, porque soy soberbio.
El es sencillo, él es mandado. Acatl cuidará del Arbol y
dirá cómo adorarlo. Yo recorreré la comarca, quiero conocerla,
quiero enseñar cosas útiles para la tierra. No quiero llevar
más confusión a vuestras ánimas. Quiero meditar. Quiero
recordar. No vaya a llevaros por caminos torcidos.
El pueblo aceptó la decisión de Quetzalcóatl. Necesitaba
quien se encargara de las cosas sagradas, para que regresara
el orden y el contento, para que volviera la alegría, la danza y
el canto de los primeros días.
Y de esta manera fue como Quetzalcóatl decidió conocer
la tierra en la que habría de morar por cincuenta y dos años
consecutivos.
Salió con su séquito y le pidió a Topiltzin que lo acompañara.
-Te prepararé para mandar en las cosas buenas para el
cuerpo que yo enseñe. Ven -le dijo-. Ven conmigo. Escoge
la gente que te ha de acompañar y que conozca la región.
Topiltzin se puso alegre porque era un espíritu muy curioso
y siempre estaba indagando cosas.
Pero no a todos pareció bien que Quetzalcóatl designara

quien mandara en las cosas del rito y quien aprendiera para manda en las cosas del cuerpo. En algunos empezó a anidar envidia; pero entonces todavía no se manifestó.
Salió Quetzalcóatl con su gran manto de plumas y un penacho en la cabeza. Daba la mano a Tatle, que iba jubiloso y comprendía que no se había torturado en vano.
Caminó por la comarca observando cuidadosamente la tierra, buscando dónde sembrar con mayor fruto el maíz, dónde el algodón, dónde el chile, dónde la calabaza, y así los demás frutos de la tierra. Buscaba dónde se podría represar el agua, dónde habría piedra buena para labrar y construir; dónde metales y piedras preciosas ; dónde lugares para cazar. Eso y más cosas vio.
Todo lo dibujaba Quetzalcóatl en las delgadas membranas que con habilidad sacaba de magueyes y cortezas. Todos se asombraban de que las púas de maguey pudieran trazar líneas con jugos y aceites de plantas.
-Eres hábil en muchas artes, Quetzalcóatl.
-Todas las enseñaré. El pueblo será hábil y rico. Serán constructores, serán artífices, serán los Toltecas.
Un día llegó con su comitiva hasta unas montañas lejanas, y Topiltzin le dijo :
-De aquí para más allá no podremos pasar sin pelear. Empieza la tierra de los chichimecas salvajes, que son fuertes en el pelear y no viven asentados en pueblos. Van de un lado para otro, detrás de la salvajina con que se alimentan.
-Hasta ellos llevaré el mensaje. Pero habrá de ser más adelante, cuando nuestra tierra haya crecido.
-Será difícil -repuso Topiltzin-. No hablan casi, nada entienden fuera de sus cosas sencillas, y nada tratan con extraños. No tienen jefes, nadie manda, adoran al Sol y a las estrellas, pero sin sacerdotes que les ordenen. Su vida es breve y embrutecida. Son sencillos, como flechas.
-¡ Si así son, bien me habrán de entender ! Algún día

vendremos ; mas ahora es tiempo ya de regresar a Tu la. Quiero ver cómo Acatl ha tenido cuidado del Arbol en este tiempo que ha pasado.

Y regresaron con muestras y dibujos de las cosas de la tierra. En todo este recorrido, habían tardado más de tres meses.

De lejos, entre el lomerío, vieron las casas de Tula.

-Pronto levantaremos una nueva Tula que será orgullo de la tierra. Será de piedras que labraremos y les pondremos hermosos colores para hacerlas gratas a los ojos.

Acatl salió a recibirlo con gran contento.

-Se ha hecho como lo dejaste dicho. El pueblo ha aceptado este nuevo dios, y ya tenemos marcados los días en que se le ha de bailar y cantar. Tenemos ya cuatro teponaxtles, cuatro flautas y muchas sonajas y cascabeles. Ya se ha designado quién haya de tocar, conforme han demostrado habilidad y resistencia. Ya tengo designado quien mantenga limpia la plaza; sin embargo, no hemos adornado el Arbol, ni sabemos cómo pedirle, ni cómo ni de qué hablarle. No tiene semejanza humana, ni figura de nada conocido. Tendrás que instruirnos. Y algo más tengo que decirte: la gente va cada vez en mayor número a una cueva en donde dicen que tienen guardada la serpiente emplumada, y añaden que es tu gemelo, el que te ha de dar fuerza, porque el Arbol te quita tu sangre preciosa. Me cuentan que, para aumentar tu poder, empiezan a sacrificarle a la serpiente palomas, pájaros, animales todos que vuelan, y que eso te dará ánimo para seguir tus trabajos en bien del pueblo. ¿Qué hemos de hacer ?

-Vé -le dijo Quetzalcóatl-a esa cueva. Mira de qué se trata y qué culto le rinden y si hacen cosas malas.

Y así lo hizo Acatl.

Fue de noche, cuando todo el pueblo dormía y nadie podía enterarse.

Llegó cuando la luna, rojiza, se colgaba por el poniente.

Entró en la cueva sin ser sentido por los cuatro tamemes
del sequito, los que habían hecho la serpiente y que estaban
adorándola.
Acababan de sacrificar una paloma cuya sangre chisporroteaban
aún en las brasas, junto con el copal. Un humo denso
y perfumado invadía la cueva hasta emborrachar los sentidos.
Estaban sentados y se movían rítmicamente, mientras
Se pinchaban las orejas para sangrarse y se pasaban cuerdas
por la lengua. Las luces de las brasas hacían rojo el ambiente.
La serpiente parecía moverse. Cantaban algo en común, en
Bajo susurro. Habíanle puesto ojos de obsidiana a la serpiente,
que parecía mirar a todos. Los ojos brillaban como propios
como vivos.
Acatl no pudo separar los suyos de la serpiente. El humo
del copal y el color de la sangre quemada inundaron sus sentidos .
El ritmo del canto se le empezó también a pegar en el cuerpo
y se postró. Empezó también a murmurar su intención.
Los tammes lo vieron un gran rato, sin dejar de hacer lo
hacian. AcaL extendió sus manos y le pasaron agujas y
cuerdas con las que también se torturó.
-En verdad es el gemelo precioso -susurró Acatl-. El
nos unira a todos. El dará fuerza a Quetzalcóatl para que a
todos 1os haga fuertes y puros. Es su imagen, es como el eco
de su madre, la que lo buscó desde los cielos, cuando yo lo
buscaba en la tierra y en el mar.
-¡Sí! -dijeron los tamemes-. ¡Esta es la imagen que entendemos! ¡La otra está desnuda y
seca ! Es un árbol seco y triste, no tiene colores y a nada se parece. ¡Esta es la imagen
gemela de Quctzalcóatl ! Lo que él quiere y no lo sabe ; lo que
sabra cuando se le quite la niebla de su mente ; cuando recuerde
su mundo y su origen. Cuando recuerde a la madre
que tu viste.
-Aquí la adoraremos sin que él lo sepa, hasta que llegue
el día de entronizarla en su templo. Aquí alimentaremos

nuestra devoción -concluyó Acatl-. De día, limpiaré la cruz y atenderé los ritos mandados. De noche, vendré con ustedes aquí, a donde mora el verdadero dios de Quetzalcóatl, su gemelo, que lo habrá de llevar a los cielos. El nos mandó para bien de la tierra. ¡Gracias sean dadas !
Y al día siguiente fue a ver a Quetzalcóatl y le dijo sencillamente

-Ya fui, como me lo mandaste. Allí está tirada la serpiente en un rincón. Está sucia y se está secando. Nadie hay que la vea. La gente sólo va a la cueva para cuidarse de la lluvia.
-Si así es -elijo Quetzalcóatl-, no hay por qué esté sucia. Cuida que no se seque. No veo mal en que se la tenga por separado, cuando las plumas son hermosas y tantas veces me han cubierto.
Así fu e como Quetzalcóatl, sin darse cuenta, empezó a sentir la tentación de hacerse dios.

Capítulo III

Los Toltecas
Los constructores

En aquel tiempo, Quetzalcóatl entraba en la flor de su vida. Era de aventajada estatura y grandes miembros. Era hermoso. Le gustaba salir adornado con mantos y penachos de plumas brillantes, y que lo admirara el pueblo.

La gente lo amaba, porque era distinto, porque era hermoso y digno y porque les hacía mucho bien.
Los había organizado conforme a sus habilidades y todos estaban contentos. Empezaba en verdad un nuevo tiempo.

Había separado a la gente que labraba en el campo, y los que habían de trabajar en las cosas de la ciudad.

Les enseñó la utilidad del esfuerzo en común, y a dividirse el trabajo, y los dones de la vida.

Les enseñó a labrar la tierra de modo que diera ricas cosechas.

A guardar el agua y a conducirla por canales hasta donde era necesario.
Les enseñó a cultivar el algodón, y a pizcado, y a estirarlo, para hacer hilos.
Les enseñó a pescar peces, y a cazar aves con redes y trampas.
Les enseñó a labrar la madera.
Les enseñó a suavizar las pieles, y el modo de hacer tintes con conchuelas, tierra, aceite y animales.

Les enseñó a trabajar mantas de colores vivos.

Les enseñó a recoger el oro de los ríos, y a separarlo de la arena, y a sacar metales de la tierra, y a purificarlos, fundirlos y trabajarlos en joyas.

Les enseñó a encontrar piedras hermosas, a pulirlas y a acomodarlas de modo que brillaran y refulgieran.

Les enseñó a construir grandes casas, ordenadas siempre con gran concierto.

Les decía :

-Seréis los Toltecas, los constructores, los artífices. Vuestra fama se extenderá por toda la tierra, y pronto todo el Anáhuac vendrá a admirar y a aprender. Debéis saber que hay dos modos de agradar a Dios : entregándole el mérito de nuestro sufrimiento, o recibiendo con humildad y trabajo los dones que nos da. Primero, os hablé de cosas respecto de la muerte. Ahora os quiero enseñar a vivir, a que cultivéis y recojáis para que todos podamos agradecer la bondad de Dios.

Hacía mucho tiempo que ya no se acercaba a la plaza donde estaba sembrado el Arbol del Universo, que Acatl seguía cuidando. Todavía tenía ritos; pero cada vez iba más gente a adorar a la serpiente en la cueva, y le llevaban ofrendas cada vez más ricas.

Quetzalcóatl, ni tenía tiempo, ni quería enterarse, y poco hablaba ya con Acatl, que cada vez se dedicaba con mayor devoción al culto de la serpiente. Estaba contento porque aumentaba la fuerza y la sabiduría de Quetzalcóatl y con ellas la prosperidad y hermosura de Tula. Acatl era feliz. Había encontrado el sentido de su vida.

Pero Tatle crecía al lado de Quetzalcóatl. -Tú eres mi hijo, como de mi sangre -le decía-. Te daré mi sabiduría y todo mi poder. Tu harás crecer esta tierra. -Tatle era un niño silencioso y metido en sí mismo. Todo lo aprendía con rara habilidad y casi no hablaba con nadie. Miraba y admiraba a Quetzalcóatl.

-Tú serás como yo quisiera ser -le decía frecuentemente.
Y le hacía llevar una vida austera.

-Yo seré como tú quieras -se atrevía a contestarle. Sin embargo, Tatle no era feliz. Sabía que Quetzalcóatl estaba rodeado por una niebla.

Fue entonces cuando empezó a aficionarse al uso de joyas. Se adornaba con oro y chalchihuites, y salía a que el pueblo lo admirara. A la gente le gustaba ver a Quetzalcóatl cubierto de plumas preciosas, de oro y pedrerías. Y cada vez lo amaba más.

Fue también entonces cuando decidió hacer una casa de muchas y grandes mansiones.

Levantaré la casa para el corazón del pueblo. Allí guardaremos las cosas del pueblo. Allí vivirá mi séquito, el servidor del pueblo. Allí enseñaré más cosas.

Tardaron mucho tiempo en construir la casa, que era redonda en la parte central y tenía cuatro grandes alas hacia los cuatro rumbos.

Se construyeron también lugares para conservar las ricas cosechas que se habían levantado, pues no había espacio ya para guardarlas.

La gran casa se levantaba conforme crecían la riqueza y el poderío de Tula. Toda estaba hecha de piedras labradas, y tenía azoteas. De todos los rumbos de la comarca, hizo Quetzalcóatl que le llevaran materiales para levantarla. Lo hacía sin prisa, escogiendo siempre cuatro colores hermosos en las piedras y en los adornos.

El pueblo estaba admirado y trabajaba con gusto en levantar la gran mansión de Quetzalcóatl, que se alzaba sobre una loma, de modo que podía verse y era vista desde cualquier punto de Tula.

Los Toltecas, que ya entonces se hacían llamar así, empezaron a conocer la abundancia y a gozar de los dones generosos de la Tierra, como lo había anunciado Quetzalcóatl.

-Grandes poderes tiene. Nos ha hecho ricos. No hemos vuelto a conocer el hambre desde que él llegó. Todo es abundancia y hermosura donde pone sus ojos y sus manos.

Estaban contentos, estaban orgullosos. Entonces todavía todos trabajaban en las labores que a cada uno de ellos había señalado Quetzalcóatl.

Tula crecía. La gente venía de lejos a admirar su pujanza. Muchos pedían permiso para establecerse y gozar de su abundancia, que en común se repartía de acuerdo con las necesidades. Topiltzin era el encargado del reparto de la riqueza, según órdenes de Quetzalcóatl, y de modo que nadie padeciera necesidad. Todos estaban contentos, porque todos tenían más que antes. Mucho trabajaban. Todo el día estaban ocupados.

Seis años había pasado Quetzalcóatl entre los Toltecas. La casa para el corazón del pueblo estaba adelantada en su construcción, y los graneros repletos, cuando él resolvió :

-En toda la comarca hay prosperidad, hay abundancia. Vamos a extenderla más allá de las montañas. Iremos hasta la tierra chichimeca, tiempo es ya de que lleve mi misión hacia ellos. Los haré mejores, los haré vivir en común, los juntaré en pueblos, les enseñaré a cultivar su tierra y a construir sus casas.

-Dejémoslos en su tierra como están -opinó Topiltzin-.

Son bárbaros de vida violenta y sin orden. Vagan libres como el viento de las montañas y de la llanura, sin que nadie los ate, sin que nada los retenga. Déjalos donde están. Mucho tenemos que hacer en nuestra propia tierra.

-Yo no pertenezco sólo a esta tierra. Todos son mis hermanos y a todos habré de dar. He de buscarlos. Hasta ellos llevaré el bien de Tula, dijo Quetzalcóatl.

-Mira bien lo que habremos de hacer. Tú no los conoces. No entienden palabras. Son como animales salvajes, como tigres -insistió Topiltzin.

-Iré -dijo Quetzalcóatl-. Se ha de cumplir mi vida. Esta vez tu no me acompañarás, porque no tienes voluntad de ir. Saldré pronto, con gente de mi séquito.

-No vayas. ¡Y menos con poca gente ! Te acompañaré con guerreros diestros en la pelea, acostumbrados a matar chichimecas y a no caer en sus trampas, insistió To piltzin.

-No voy con violencia. Iré a ellos como vine aquí, a llevarles los dones de la vida y la doctrina del pecado y la redención.

-Hace mucho tiempo no hablabas del pecado y la redención -observó Tatle, que había estado pendiente del diálogo y que ya tenia entonces cerca de diecisiete años-. Hace mucho tiempo que no te acercas al Arbol que plantaste en la plaza. El Arbol no tiene renuevos, no ha crecido, se ve triste y solo.

-Muchas veces, sin hablar, he meditado, en todo este tiempo, en lo que dices, Tatle. Tenía confusión en mi espíritu. Ahora el Arbol me ordena derramar el bien en otras comarcas, hacer felices a nuevos hermanos. Pronto le saldrán renuevos.

-¡ Los chichimecas no· son hermanos ! -gritó Topiltzin-, son gente vieja en esta tierra. Son diferentes y feroces. Comen de todo, hasta desperdicios. Sólo adoran al Sol y a la flecha. Les gusta matar y mueren pronto. No nos dejes, tienes aquí quien busca y acepta los dones que traes y enseñas. Quieres ir a donde ni te piden, ni te recibirán.

-Habré de ir. No es bueno quedarse quieto cuando hay tanto que hacer.

Y para preparar el viaje, mandó llamar a Acatl.

Para entonces, Acatl había ganado mucho en dignidad.

El pueblo lo respetaba porque era el encargado del culto y de

los ritos; el que había jalado de las barbas a Quetzalcóatl y el que, con los cuatro tamemes inició y extendía el culto a la

serpiente emplumada, el gemelo precioso que inspiraba todos
los actos de Quetzalcóatl sin que éste lo supiera.
Vestía mantos semejantes al que primero hizo Quetzalcóatl.
Adornaba sus labios y sus orejas con armaduras de oro
en las que insertaba plumas que semejaban barbas multicolores.
Era solemne en el andar y ya poco hablaba.
Llegó y dijo :
-Me mandaste llamar, mi señor. Tengo noticia de que
quieres dejarnos para buscar el mundo de los chichimecas.
Quieres hacerlos mejores.
-Así será -dijo Quetzalcóatl-. Te he llamado para que
desentierres el Arbol de la plaza. Que lo carguen los cuatro
tamemes, los que a mí me cargaron en mi venida a Tula y que
me acompañen a tierra chichimeca. Que vengan conmigo tocadores
de teponaxtle y tañedores de flauta. Que vengan con
sonajas y cascabeles.
-Llévate a Topiltzin con guerreros -opinó Acatl.
-No llevaré violencia a donde hay violencia. Llevaré la
armonía de la madera. Nada más necesito.
-Cuando lo dices, se hará como determinas. ¡Que no lo
tengamos que lamentar !
-Y una cosa más te digo -añadió todavía Quetzalcóatl-.
¡Cuida que ya no se rinda culto a la serpiente, como yo sé que
se está haciendo, o regresaré a destruirla con mis propias
manos !
Nada dijo Acatl, pero las lágrimas llegaron a sus ojos.
Al día siguiente salió Quetzalcóatl muy de mañana,
acompañado por un séquito muy reducido, entre el que se
encontraba Tatle. Los cuatro tamemes cargaban la cruz. Ningún
guerrero acompañaba al séquito. Músicos y artesanos lo
integraban.
Secretamente, Topiltzin, con un fuerte grupo de guerreros,
siguió a Quetzalcóatl.
Varios días caminó Quetzalcóatl hasta llegar a tierra de

chichimecas, y muchos días vagó por ella sin ver a ninguno.
La gente se empezó a cansar, y decía :
-Quetzalcóatl, nada quieren de nosotros estos salvajes.
Se van como el viento, se esconden como el aire. Sólo de lejos creemos verlos y de cerca los presentimos ; pero nunca nos enfrentan.
Entonces Quetzalcóatl determinó no seguir vagando. Se asentó en un valle, y dijo :
-Durante muchas noches haremos un gran fuego. Alrededor de el, habremos de tocar nuestras maderas. Clavaremos la cruz en el centro, hasta que lleguen a nosotros los que se esconden. Vendrán buscando la luz y la armonía, y luz y armonía les daré para sus vidas.
Durante tres noches así lo hicieron, sin que pasara nada.
El fuego se veía de lejos y la música rebotaba en las piedras de la montaña. Sólo contestaban aullidos de coyote y a veces rugir de tigres. De lejos, Topiltzin vigilaba.
Pero a la cuarta noche llegaron silenciosos cuando nadie los esperaba. Eran muchos. Llegaron desnudos, armados de piedras, palos y flechas. La noche había sido terrible. Llena de gritos y aullidos.
El primero en verlos, justo en el límite del reflejo de la hoguera, fue Tatle, que se incorporó lentamente. Veía los confusos cuerpos ; el brillar de los ojos de obsidiana, que a veces se encendían como los de los nahuales. Los cabellos largos y lacios en crenchas sucias.
-¡Ahí están ! ¡Ya llegaron ! -dijo Tatle, y todo enmudeció, menos la hoguera y los aullidos de los coyotes.
-En buena hora -dijo Quetzalcóatl, y se incorporó justo en el momento en que Tatle caía herido por la primera flecha.
-¡ No ! ¡No! ¡No! -gritó Quetzalcóatl con la más fuerte de sus voces.
Los salvajes le contestaron con gran rechifla y lo imitaron

-¡No! ¡No! ¡No!-mientras una lluvia de piedras caía
sobre el grupo indefenso.

-¡Armas ! ¡Queremos armas ! -gritaron algunos de los
hombres.

-¡ No resistáis ! -les gritó-. ¡No volveré a caer en la tentación
de la violencia ! ¡Tocad teponaxtles y flautas ! ¡Yo hablaré

Abrió los brazos con su gran capa y gritó :
-¡ Hermanos chichimecas ! -y una piedra le pegó en la
boca, y le flecharon el cuerpo. Cayó pesadamente sobre Tatle.
-¡ Cubrid la cruz ! -alcanzó a gritar, mientras otra vez
llegaba la noche de la inconsciencia.

Los tamemes se adelantaron a cubrir el cuerpo de Quetzalcóatl,
y ahí fueron apedreados y flechados hasta que quedaron
muertos.

Hubo gran confusión. Muchos corrieron hacia la noche
oscura y fueron a caer en manos de los chichimecas que
llegaron por atrás y los mataron a palos. Otros quedaron
quietos e invocaron a sus viejos dioses y también fueron flechados
y muertos. No escapó ninguno.

Los alaridos de los salvajes chichimecas rebotaban como
flechas en los flancos de la montaña.

Danzaron hasta romper los teponaxtles y los tiraron al
fuego. Patearon las flautas hasta hacerlas astillas, con grandes
gritos y risas.

Derribaron la cruz, cuando, bañado en sangre trató de
incorporarse Quetzalcóatl balbuceando algo que no se pudo
oír. Nueva flecha se hundió en su cuerpo, y cayó otra vez.
Cinco flechas con punta de pedernal, tenía encajadas en los
costados y en las piernas.

De lejos, se oyó recio y desesperado, el grito de combate
de los guerreros de Topiltzin, que no podían avanzar aprisa
en la oscuridad de la noche.

Los chichimecas cesaron su alboroto y se dispersaron en

grupos, uno de los cuales se llevó a Quetzalcóatl, y los otros a diversos muertos o heridos. Se los llevaban a sus mujeres y a sus hijos para devorarlos en común. Cuando los guerreros de Topiltzin llegaron, todavía ardía la hoguera. Tatle había recobrado el sentido y llorando decía :
-¡ Se lo han llevado ! ¡Se lo llevan ! ¡Se llevan a mi Tata ! ¡Me dejan sin luz ! ¡Me dejan sin fe ! ¡Me dejan solo en este mundo de violencia ! ¡En verdad que esta noche el malo anduvo suelto ! ¡Derribaron el Arbol, nos flecharon !
Tres días con sus noches, tardaron los guerreros en recuperar el cuerpo herido de Quetzalcóatl. Sombríos y desesperados, corrían detrás de las huellas del grupo que se internaba cada vez más en la sierra. Finalmente lo alcanzaron. El encuentro fue breve y cruel. Los diez chichimecas, fatigados de cargar el cuerpo, fueron allí mismo despedazados.
Otra vez el cuerpo de Quetzalcóatl estaba tirado en el suelo, con el vientre pegado a la tierra. Los restos de las plumas de su manto le cubrían parte del cuerpo, pegadas a él con su sangre seca. De lejos, volvía a parecer una serpiente emplumada.
Fatigados, jadeantes, con el horror y la violencia del combate, cayeron de rodillas al darse cuenta de que todavía vivía .
Con palos y mantas hicieron la camilla e iniciaron el descenso cuidando el cuerpo, limpiando y apretando sus heridas. Arrancaron los pedazos de flecha que todavía tenía encajados, pero Quetzalcóatl no recuperaba el sentido. Le daban agua y corazón de miel. Una noche, mientras descansaban, Quetzalcóatl trató de incorporarse y empezó a hablar y a cantar en una lengua extraña y remota. Todos oyeron llenos de unción y se dijeron :
-¡ No puede morir ! ¡Volverá con nosotros ! ¡Seguirá haciendo grande y fuerte a Tula ! ¡Ahora estará llamando a su

madre ! ¡La estará llamando en su propia lengua! -y escucharon absortos y enternecidos.

Tiempo después, llegaron al lugar de la hoguera. Quetzalcóatl venía muy malo. La fiebre le tenía encendido el rostro consumido.

Topiltzin lloró y dijo:

-Aquí caíste, Quetzalcóatl, ¡sin defenderte ! ¡Te previnimos ! ¡Los chichimecas son elementales como el viento y las flechas ! ¡Nada entienden y por nada se interesan ! ¡Nada podías decir a quien no podía entenderte ! ¡Nada podías dar a quien nada necesita fuera de la libertad para vagar ! ¡Yo te lo dije ! -y cayó de rodillas golpeándose la boca con desesperación.

Aceleraron la marcha. Ya venía la gente de Tula con refuerzos. Hasta allá había llegado la noticia terrible, que nadie quería creer.

-Los chichimecas salvajes derribaron a Quetzalcóatl. Se lo llevan para devorarlo y hacer más grandes sus corazones. Nos quieren robar a nuestro Quetzalcóatl.

El pueblo lloraba en la calle y en la plaza.

-¡ Se han llevado a nuestro Quetzalcóalt ! ¡Nos quedaremos solos otra vez, tirados aquí en la mitad de la tierra, llorando como niños !

-¡ Estaremos solos en la mitad de la tierra !
-¡ Estaremos solos en la mitad de la tierra !
-¡ Estaremos solos, llorando como niños !
-¡ Estaremos solos !

Acatl, con gran serenidad, digno, majestuoso, llegó a la plaza con los brazos abiertos. Llevaba su gran manto de plumas y sus barbas de pluma temblaban y brillaban en la tarde aquélla.
-¡ Hermanos Toltecas ! -gritó-¡ Quetzalcóatl no morirá ! ¡El sólo habrá de dejarnos cuando quiera su voluntad y no cuando haya voluntad que quiera que él viva. Sobrevivió

a la noche y a la tormenta y desde entonces no quiere morir ! ¡Muchas veces me lo dijo ! ¡No morirá! Pero tendremos que darle fuerza. Ahora tiene un pueblo que ha de ayudarlo en su regreso desde las tinieblas.

¡ Sacaremos de la cueva a la serpiente y la entronizaremos en la plaza vacía ! ¡Ahí la adoraremos, cantaremos, danzaremos y cantaremos para halagarla ! ¡Haremos sacrificios para que mande la fuerza a su gemelo que sufre ! ¡Le daremos nuestra propia sangre, la sangre del corazón del pueblo ! ¡ Quetzalcóatl no morirá !

El pueblo se calmó. Unos fueron por la serpiente, y otros por Quetzalcóatl.

Lo trajeron en relevos, que no pararon de caminar ni de día, ni de noche. Llegó a Tula sin sentido, y muy postrado. Con él venía, medio quemada, la cruz que había llevado.

Todo el pueblo lo recibió, y resolvieron llevarlo a la casa del corazón del pueblo, a una gran sala que aún no estaba concluida; pero que habilitaron con mantas y plumas. Ahí lo aposentaron. Quedó su cuerpo en un gran petate.

Acatl y los curanderos lo rodearon, lo lavaron, removieron las curaciones y quedaron en vela toda la noche invocando las fuerzas de la salud, sin notar mejoría.
Al día siguiente, Acatl, desde la azotea, se dirigió al pueblo y le dijo:
-Ha llegado con vida, y seguirá viviendo. Pero ya es tiempo de que entronicemos a su gemelo, para logar su salvación. De que saquemos a la serpiente de la cueva y la entreguemos al sol. De que la subamos a la pirámide mientras le construimos una más alta y hermosa, al modo como Quetzalcóatl nos ha enseñado a construir. Que labremos la piedra con los signos de la serpiente emplumada y la pintemos con los colores que le son gratos.
Prepararemos el terreno desde luego. Que el pueblo haga un camino con su propia sangre, desde la cueva al templo

templo, y que se riegue con ella el sitio en donde habrá de descansar. Será sacrificio de propia voluntad. El sacrificio de los que amen a Quetzalcóatl.

-¡ Quetzalcóatl necesita nuestro sacrificio !

--¡Rescatemos su dolor con el nuestro !
-¡ Démosle vida a su muerte !
-¡ Démosle sangre al gemelo !

-¡No quedaremos solos en la mitad de la tierra ! ¡Volverá a ser como nuestro padre ! ¡Volverá a marchar a nuestro lado ! ¡No regresaremos a las tinieblas! ¡Seguirá siendo nuestra luz, nuestra verdad, nuestro camino ! ¡Así elevaremos nuestra súplica al gemelo precioso ! El lo hará regresar. Démosle y pidámosle. ¡Que cada uno haga lo que tenga que hacer !

El pueblo preparó el camino como lo dijo Acatl. Sangre y lágrimas lo regaron. Sangre y lágrimas prepararon la cama de la serpiente.

Al salir el sol del día siguiente, la sacaron de la cueva. El canto del teponaxtle, el silbar del carrizo y el ronco roncar del caracol que desde el mar trajeron, inundaron los aires con perseverante obsesión. Ni un momento cesó el toque desde que lentamente sacaron y llevaron la serpiente, enredada en el Arbol de la Vida, hasta lo alto de lo que entonces era la pirámide de TuJa. Acatl iba a la cabeza y llevaba la cabeza de la serpiente. Iba calzado con cacles de oro y se había puesto las vestiduras y las joyas de Quetzalcóatl.

Quedó enroscada en lo alto del templo. Los redondos ojos de obsidiana brillaban misteriosamente. Acatl mismo había completado la labor de plumería, y en verdad se veía preciosa.

La ceremonia duró hasta la puesta del sol y Acatl ordenó al pueblo que volviera a la casa de Quetzalcóatl y en susurro todos pidieran por la vida del que era como su padre y velaran toda la noche. Y así lo hicieron.

El se quedó, entre tanto, haciendo sacrificio de su sangre Ante la serpiente. Lloraba por el dolor de los cuatro tamemes, Que ahora no se podía manifestar junto al suyo. Habían sido sus compañeros, los silenciosos, los que nunca se quejaron. Acatl los extrañaba, invocaba su ayuda, pedía su presencia.

Así pasó la mitad de la noche. Y entró en éxtasis. Se desprendió del mundo. El era la serpiente; él era Quetzalcóatl; él era el padre y la madre. El era el universo todo que revertía al ombligo original. Las constelaciones de sol y de luz giraban lentamente a su alrededor y él estaba suspendido, sin peso y casi sin consciencia, en el centro de todas las cosas. No sabia si transcurría el tiempo. Pasó un instante, o una eternidad.

De pronto, las constelaciones se fueron haciendo palabras, primero de luz y las palabras acabaron llamándolo por su nombre.

-¡ Acatl ! ¡ Acatl ! -le decía en voz baja y respetuosa Tatle, impresionado por el rostro transfigurado y los ojos en blanco , y la boca entreabierta y sangrante del mártir-. ¡Haz algo !

¡ Nuestro Quetzalcóatl se muere ! Despertó y no nos conoció. Dijo muchas palabras en lengua extraña, que nadie entendió, y después gritó : "¡Dios ! ¡Dios ! ¡El hombre ! ¡El pueblo!", y ¡quedo como muerto !
-Iré -dijo Acatl con voz lejana, con voz remota-. Volver a rescatado de la orilla. ¡Lo volveré a jalar de las barbas y el pelo ¡Volveré a alimentarlo ! ¡Se lo donaré a esta tierra !

¡Se lo dare al pueblo que lo ama ! ¡Yo lo haré ! ¡Yo lo haré ! ¡Yo he visto! ¡Yo he visto ! Iré por él hasta el ombligo del universo. ¡Ire por él hasta el viento y la tiniebla ! De ahí lo traere arrastrando por la tierra, hasta esta otra mitad del mundo, con mis manos y mi sangre. Llegó mi tiempo. Ya he llegado yo a mi tiempo. ¡Es la hora que no fue ! ¡Ya voy ! ¡Ya voy !

Y se incorporó tambaleante, como si caminara dormido.

Y todos los que por él habían ido quedaron enmudecidos y se

dijeron : -¡ Ha entrado en él el espíritu de su serpiente ! ¡Se ha transfigurado !
Y le abrieron paso en silencio, con la mirada baja y las manos colgando.
Cuando llegó a la plaza, dijo:
-Quiero un gran fuego aquí, en esta mitad. Un gran fuego como nunca antes lo ha visto Tula. Eso haréis, y cuando yo parta, sobre la pirámide construiréis otra que sea la gran casa de la serpiente.
Y se fue caminando lento y vacilante hasta la casa de Q uetzalcóatl.
Lo encontró tirado en el petate, como muerto. Había arrojado lejos de sí las mantas con que lo cubrían, y estaba desnudo, sin consciencia.
-¡ Hermano, hermanito ! -le dijo Acatl-. ¡Voy por ti ! ¡Ya sé el camino ! ¡Tú me enseñaste el camino del Universo, el que vaya por las dos mitades ! Tú me enseñaste el camino que puede seguir el hombre. Me remontaré hasta el Omeyocan. Ahí seré yo, el que soy y dejaré de ser. De ahí vendrás otra vez a Tula, a los que amas, a los que te aman, a los que das el bien, a los que reciben tu don. De ahí te traeré. Iré aprisa, por el atajo más corto. -Todo esto dijo, y le besó las barbas.
Estuvo un gran rato inmóvil, en cuclillas, hasta que le vinieron a avisar que un gran fuego ardía ya en la plaza de Tula, un fuego como nunca antes se había visto. Semejaba que el sol salía.
-Ya es la hora. Ya es mi hora. Iré. Ya voy.
Y caminó con paso firme. Subió a lo alto de la pirámide y desde ahí habló y algunos pudieron oírle :
-Yo soy Ce-Acatl -les dijo-. Soy el primer hombre del nuevo tiempo. Soy la primera atadura. Que no sea la última. Pronto partiré a la orilla, a traer del mar, del viento, de las tinieblas, al espíritu de Quetzalcóatl, que vaya entre la niebla y el olvido. Voy al Omeyocan, al Lugar Dos, donde todo existe

y al mismo tiempo todo perece. Voy, con mi firme voluntad de hombre perecedero, a partir las dos mitades, a construir mi propio universo. Será de luz, será de amor. Algún día se asentara en la tierra. El lo ha anunciado, desde su niebla, desde su olvido, con toda la fuerza de su buena voluntad. Yo voy con la mía, que me hace semejante a él. Seré su gemelo, su cuate:. Me haré su gemelo, su igual. Soy una chispa en la inmensidad de las estrellas. Seré lucero. Ya sé lo que soy. Ya sé a dónde voy.

Tomó la serpiente emplumada, se la enredó entre los brazos y la espalda, y sin hablar más, sin decir palabra alguna, bajó las gradas lentamente y sin detener el paso penetró en la hoguera. En ella brilló más por un momento, y estalló lanzando una gran chispa hacia los cielos.

-¡ Subió su corazón ! -rezó el pueblo, y se hizo el silencio.

'

En la madrugada de ese día, antes de que se apagara la hoguera, empezó una fuerte lluvia que apagó los rescoldos . No cesó de llover en tres días.

Durante ellos, Quetzalcóatl recobró el sentido e inició su convalecencia.

Capítulo IV

Ce-Acatl

-¡Acatl ! ¡ Acatl ! ¡Hermano ! -fueron las primeras palabras que su consciencia pudo articular-. ¡Otra vez me has dado agua y miel ! ¡ Acatl ! ¡ Acatl !
Pero Acatl no venía. Todo el primer día de lluvia estuvo llamando a Acatl y Acatl no venía.
Al segundo día de lluvia, Tatle se acercó y le dijo:
-Padre Quetzalcóatl. Llamas inútilmente a Ce-Acatl. Partió ya al Omeyocan. Entró por su voluntad al fuego y su corazón voló a los cielos. Ahora yo creo que regresa en agua, en lluvia. Dos días llueve sin parar desde que el agua apagó la hoguera por la que se fue. Partió a la orilla de las dos mitades. Fue por ti y ahora estás de nuevo entre nosotros. Se fue con la serpiente. Dejó dicho que era tu gemelo.
-¡ Dios ! ¡Dios ! -dijo Quetzalcóatl-. Y ese día ya nada más añadió. Cerró los ojos y durmió un gran rato.
Al tercer día, llamó a Tatle.
-Hijo. Ahora eres el más joven y el más antiguo. No me abandonarás ; me acompañarás hasta que termine mi tránsito por esta tierra. Me ayudarás a ser quien soy, pues tus ojos me entienden mejor que los míos.
Llama al pueblo, que venga entre la lluvia, que todos vengan sencillamente vestidos. Atestiguarán la toma de un nuevo nombre con el que también se me conocerá.

Tatle pidió a Topiltzin, que había estado triste y sombrío, que convocara al pueblo, frente a la casa donde moraba Quetzalcóatl.

Llegaron entre la lluvia, alborozados y curiosos. -Ya nos vuelve a reunir nuestro Quetzalcóatl. Ya nos lo trajo CeAcatl.

Quetzalcoatl salió a la azotea sencillamente vestido, sólo con una túnica blanca. Se apoyaba en Tatle y en Topiltzin.

-¡Toltecas ! -dijo débilmente-. Y todos extrañaron su antigua voz. Tuvieron que repetir sus palabras, unos a otros, para que todos lo oyeran a través de la lluvia y entre el trueno.

Atestiguaréis un nuevo nombre que quiero tomar y por el que me conoceréis además de Quetzalcóatl.

¡Dos veces aquí he renacido ! ¡Cada vez soy más de esta tierra !

¡He de recibir mi nombre del agua que cae del cielo y del comienzo de mi tiempo !

Ce-Acatl me llamaré, Primera Caña, primera atadura de tiempo y tierra.

Es el nombre de mi gemelo, con el que soy como uno.

El que dos veces me ha traído de la orilla, y ahora vive en mi corazón. Es el nombre del que se fue por el fuego y regresa por el agua. Es el nombre de mi hermano, de mi cuate.

Ce-Acatl me llamaré también. Una Caña, que se hace serpiente al principiar mi tiempo. El se fue por querer mi vida y ahora soy de nuevo renacido.

Recibo el nombre del agua que limpia toda inmundicia.

Lo recibo en mi pecho, donde desde ahora laten dos corazones, dos mitades gemelas, que recibo del Señor que está en los cielos. Con esos dos corazones amaré a esta tierra.

Idos en la lluvia, Toltecas, y desde ahora y para siempre, me habréis de llamar también Ce-Acatl.

Se fueron jubilosos de tener de nuevo entre ellos a Quetzalcoalt

Quetzalcóatl, el que dentro de su corazón tenía también a CeAcatl, al que tanto amara.
Días después Quetzalcóatl habló así con Tatle:

-Hijo, lo primero que haré cuando sane y vuelvan a mí las fuerzas, será la gran pirámide que Ce-Acatl quiso. A él la dedicaremos. Será alta y hermosa; la serpiente emplumada se enrollará en todas sus terrazas, la pintaremos de cuatro colores y será digna de su sufrimiento.

-Será hermosa, sin duda -observó Tatle, que tenía un espíritu profundo a pesar de su corta edad, y dijo:

-Quetzalcóatl, tú eres como mi padre. Desde que en la playa te encontré tirado y pinché tu cuerpo hace ya mucho tiempo, te apoderaste de mi voluntad y te he seguido y seguiré, como tú dices, hasta que dejes esta tierra. Ahora casi soy un hombre y ya me duele el mundo, adolezco de todo y tengo preguntas y quiero respuestas.

Yo vi a Acatl transfigurarse. Ya no estaba en este mundo cuando fui por él a la pirámide para rogarle que hiciera algo por ti. Yo lo vi entrar en el fuego sin vacilar, como si fuera a una fiesta. Todavía se me erizan los pelos. Me pregunté, y me pregunto, ¿será necesario? ¿Es necesaria esta tierra llena de dolor y de amargura? ¿ Es necesario el dolor? ¿ Ese dolor que se provoca, que se acepta y hasta que se goza, será algo en este universo ? ¿Compra algo ? Ese dolor estúpido y quemante que se encuentra sin pedirlo, que llega cuando se huye de él, como una flecha, ese dolor estúpido, que mata, y devora, y hace odiar a la vida de que se alimenta, ¿es necesario señor? ¿Es como una moneda, con la que todo se compensa en este rincón en que moramos ? ¿Sube ese dolor, como el copal, y emborracha a los dioses ? ¿ Por qué, señor, por qué ? Yo lo vi sufrir, y arder, y transfigurarse. ¿Por qué?

-¡Calla, Tatle ! ¡Calla!, dices cosas en tu juventud que no me atrevo a pensar. No tengo respuesta, me falta moneda que darte para pagar tu pregunta. Sólo tengo que ofrecerte el do

lor que me causa no tener contestación. ¡No sé, Tatle ! ¡No sé ! Ya, otra vez, los viejos me hicieron la misma pregunta, y entonces no pude quedar callado. Ahora es tu juventud la que pregunta, es la muerte de nuestro Acatl y es mi ignorancia la que contesta: ¡no sé, Tatle! Una como niebla me rodea; sólo sé que acepto mi destino; sólo sé que no he de renegar del orden que es la voluntad de Dios ; sólo sé que lo amo y lo confirmo; que nada contesto y todo quiero; que mi voluntad acepta el dolor del mismo modo que ama a Dios. No pienses más; no te tortures con las preguntas, que el silencio, como respuesta, es un negro sufrimiento profundo y sin fronteras.

-¡ Cosas terribles me dices, Quetzalcóatl ! Parece como si sufrir, pensar y amar fueran todo lo mismo, un horrible silencio negro, profundo y sin fronteras. ¿Cuál es el límite? Si tú no me contestas, ¿quién tiene la respuesta? ¿Dónde he de ir a buscarla?; ¿qué tendré que pagar para que alguien me conteste ?

-Acatl encontró la respuesta, Tatle, estoy seguro. Llenó su corazón de amor y su voluntad, de dar.

-Pero no está aquí para que me conteste.

-Tú quieres saber, Tatle; él sólo quiso llegar, y ya se fue.

-¡Ay, padre Quetzalcóatl ! ¡Ahora me invade gran ansia de llorar, llorar por todo ! Quisiera estallar y que cada uno de mis pedazos fuera a buscar respuesta que después pudieran cantar en todas las esferas. ¡Todo me duele, Quetzalcóatl ! Me duele el mundo. Y me duele Dios.

-¡ Sufres, Tatle. Llora ! ¡Lloraré contigo, hijo mío !

Capítulo V
La pirámide

Sanó Quetzalcóatl y no iniciaba la construcción de la
gran pirámide, que había querido Acatl. Un año pasó y sólo
estudiaba, con los más sabios, el girar de las estrellas.
Entonces Topiltzin, a la cabeza de los principales, lo fue
a ver y le dijo :
-Quetzalcóatl, el pueblo está ansioso de construir la
gran pirámide para la serpiente, una pirámide que no haya
conocido otra igual esta tierra, y la queremos construir conforme
tú lo indiques.
-Ya la tengo pensada, Topiltzin; podrá quedar orientada
a los cuatro rumbos y sujeta a la atadura de los días y de
los años. Ahora estudio los cielos, con los más sabios de los
Toltecas ; juntamos lo que todos sabemos para que la atadura
sea completa.
Sin embargo, no me resuelvo, pues sería una gran obra
de muchos años y de mucho esfuerzo, grande como la luz de
la hoguera que devoró a Acatl.
-Será una obra digna ele los Toltecas -opinó Topiltzin.
-Sí -repuso Quetzalcóatl-, pero seguramente nos agotaríamos
; nos faltarían brazos. He pensado en hacerla de
piedras enormes, labradas. Sólo el arrastre acabaría nuestras
fuerzas. Son pocos los Toltecas que podrían ocuparse de estas
nuevas labores. Todos trabajan en el campo o en la ciudad,

en muchas actividades que no podrían abandonarse, pues
ahora, lo que antes era ignorancia, se ha convertido en necesidad.
-El pueblo quiere levantarla, Quetzalcóatl. ¡Nos esforzaríamos

-¡ Nos agotaríamos, Topiltzin !, pues no ha de levantarse
otra pirámide que no sea a la medida de la grandeza de Acatl.
-Y del gran poder de la serpiente -concluyó Topiltzin,
que añadió-: Consultaré al pueblo.
Al día siguiente regresó con Quetzalcóatl y le dijo :
-El pueblo levantará la pirámide que tú has pensado.
Nos esforzaremos trabajando de la salida a la puesta del sol.
Queremos honrar la memoria de Ce-Acatl y dar tributo al gemelo
precioso.
-¡ Que así sea ! -dijo Quetzalcóatl-y que no tengamos
de qué arrepentirnos más adelante.
Fue así como, al año justo de la muerte de Acatl, se inició
la construcción de la gran pirámide consagrada al gemelo
precioso.
Su volumen creció paralelo a la riqueza y al poder de
Tula. El prestigio de ésta se extendía por la tierra del Anáhuac.
Las comarcas gravitaban hacia Tula y aceptaban su influencia.
Fue entonces cuando los Toltecas empezaron a dejar los
trabajos que encontraban más bajos y los fueron encomendando
a otros brazos. Las grandes piedras se movían sobre
rodillos de madera por los caminos que confluían a Tula. Los
hombres transportaban sobre los lomos, desde lugares lejanos,
los materiales con que se construía la grandeza de Tula.
Y eran ya otros pueblos los que cargaban, soportaban y empujaban.
Pero la obra no avanzaba con suficiente rapidez.
-Hacen falta más brazos para el trabajo pesado. Los

Toltecas ya no aceptan el trabajo elemental y hace falta quien lo realice -observó Quetzalcóatl.

-Tendremos que traer brazos de lejos -dijo Topiltzin-. Hace tiempo lo estoy meditando. Enseñemos a todos los pobladores del Anáhuac cuál es el poder de Tula, atraigámoslos con nuestra riqueza. Llevémosles nuestro comercio y tentémoslos con nuestras diversas artes.

De este modo muchos comarcanos fueron atraídos y aceptaron de buen grado el trabajo en Tula, a donde vinieron a servir.

-Otra pirámide se está formando en Tula -observó un día Tatle-. La gente de fuera nos está dando base. Es difícil encontrar caras conocidas; ya no descubro la igualdad original entre tanta gente extraña y distinta a la que es difícil querer en la hermandad como tú lo mandas, Quetzalcóatl.

-Lo entiendo, Tatle, y pienso que del mismo modo que la pirámide, tendremos que formar y ordenar esta gran muchedumbre, pues de otra suerte vendrá el desorden.

Pero entonces Quetzalcóatl estaba más interesado en los caminos de las estrellas, y no pasó adelante en aquella materia.

Tiempo después, coincidió una gran falta de brazos para arrastrar grandes piedras con el regreso de la expedición de comerciantes que había mandado Topiltzin a tierras chichimecas. Regresaron unos cuantos. Los habían asaltado, robado y matado. Los salvajes ni entendían, ni querían el comercio.

Gran indignación causó a los Toltecas la reiterada arrogancia chichimeca. Y Topiltzin se reunió con Quetzalcóatl.

-Tu camino quedará inconcluso si no llevas tu obra hasta tierras chichimecas. Su brutalidad elemental impide nuestro comercio. Nada saben, ni nada quieren; ni nada dan, ni piden. Son gente absurda, poseída por los demonios, que dificulta la expansión de Tula.

-No me quisieron oír -observó Quetzalcóatl-. Ni siquiera saben oír.

-¡ Enseñémosles a hacerlo! -dijo Topiltzin-. Tiempo es de que aprendan tu mensaje, que es ahora la verdad de los Toltecas ; tiempo es de que adoren al gemelo precioso y le tributen ; tiempo de que se enteren de su barbarie y de que los saquemos de ella. Tiempo de que ya no se maten para que entre ellos reine la concordia, que es la sombra de tu Arbol.

-Pienso -replicó Quetzalcóatl-si es justo y conveniente que los conduzcamos por la fuerza, que de otra manera sería difícil inducirlos.

-Es nuestra obligación -repuso Topiltzin-. Estamos arriba y debemos enseñar al que no entiende. Todo el Anáhuac debe contemplar la majestad del gemelo, contribuir a ella y aumentar la grandeza de Tula.

-Es difícil admitir que la concordia se imponga por la violencia -refutó Quetzalcóatl.

-Pero piensa -dijo Topiltzin-que la fuerza sólo a la fuerza cede y nada podrá la razón donde no hay disposición para escucharla. Quisiste ir con tu sola voz, y te rompieron la boca, como rompieron el canto de la madera, como hicieron astillas las flautas y mataron a nuestros compañeros, y como ahora han roto la expedición de nuestros comerciantes. Así seguirán por todos los tiempos venideros si una mano firme no detiene su carrera de búfalos salvajes, y los asienta en la tierra para que se conviertan en hombres verdaderos, y apre

cien los dones de la vida, de modo que no hagan de ella el
tránsito breve, fugaz y embrutecido que ahora viven.
-Pero -objetó débilmente Quetzalcóatl-nada necesitan
de lo que podamos darles.
-Nada necesitábamos nosotros antes de que tú vinieras,
y Ahora no podríamos vivir si de ello nos priváramos.
-Mas ustedes lo aceptaron -dijo Quetzalcóatl.
-Tendremos que enseñarles a aceptarlo. Es nuestra obligación
Tú nos has enseñado la obligación de dar y de
enseñar.
Fue así como Quetzalcóatl, tentado por Topiltzin, consintió
en la conquista de los pueblos chichimecas, que sucumbieron
a la fuerza de los Toltecas, y por ella arrastrados a servir
en la construcción de la pirámide e incorporados a la vida
de Tula.
-Fuiste con mansedumbre a servirlos -dijo orgullosamente
Topiltzin, que había subido mucho en poder durante
El tiempo que encabezó Toltecas-; pero sólo conocieron de
violencia. Fuimos ahora como el viento de la tempestad y ya
..son mansos y los hacemos mejores, les enseñamos a construir
piramides.
Quetzalcoalt quedó confuso y Tatle se dio cuenta de ello.
Pero la pirámide se levantaba con rapidez y Quetzalcóatl
..seguia estudiando los cielos.
Un día, el propio Quetzalcóatl oyó las quejas de los cargadores
.. que sucumbían bajo el látigo y separó sus ojos de las estrellas
y caminó con Tatle, que ya casi era un hombre, por
los caminos que iban a Tula, por los barrios en que moraban
las gentes venidas de lejos, y las chozas en que vivían los chichimecas;
cautivos.

--La gente muere ahora de fatiga y necesidad -observó Tatle-, sufren y padecen y no creo que sepan por qué.

-Sí -dijo Quetzalcóatl-, nuestra pirámide ha crecido mucho y ya perecen los que están abajo, aplastados por su gran peso. Algún remedio habrá.

Y se fue a buscar a Topiltzin.

Lo encontró acompañado por un gran séquito de guerreros principales y le dijo :

-¡Topiltzin!, ¡ayúdame a buscar remedio! He sido testigo de que muchos hombres, de los venidos de lejos, mueren de fatiga y otros más padecen necesidad.

-Sí -dijo Topiltzin-. ¡Es el precio que se tiene que pagar por levantar tu pirámide ! ¡No hemos de ser los Toltecas los que muramos aplastados por los grandes pesos ! ¡Ya estamos arriba; nos hemos levantado desde el polvo en que ahora ellos están !

-¡Que el polvo no nos impida ver! -dijo Quetzalcóatl-; de nada sirve una pirámide si sólo es un amontonamiento y no hay nada en ella que sea concierto e intención. Más altas serán siempre las montañas, y en ellas no se adora al Creador. Queremos entronizar al gemelo en una gran altura levantada con nuestro propio esfuerzo, en la que cada piedra sea tocada por la mano del hombre y con ella ponga también su buena intención.

-¡ Pero, Quetzalcóatl !, ¡esas son palabras hermosas ! Se las dices siempre a Tatle el mozo. Tú y él siempre estáis pensando y diciendo cosas hermosas. A mí me ha tocado mover a los hombres, y no ha sido precisamente mi aliento, sino mis puños, los que lo han logrado. Una gran muchedumbre, Quetzalcóatl, es como un gran torrente con el que en vano querrás dialogar. Hay que marcarle el cauce y contra él se estrellará hasta que no corra en forma suave y ordenada. Tú me has dicho a dónde quieres ir, y he sido yo que los ha conduci

do. Han muerto unos; otros morirán, sin duda. Muchos padecen. Padecimos nosotros; tú mismo has padecido. Es la ley que a todo rige.

-No me asusta el dolor, Topiltzin ; me duele la injusticia.

Estas gentes estaban apartadas y nos eran ajenas y ahora por nuestra causa padecen. No les hacemos justicia; no les damos lo que necesitan, y tomamos de ellos todo cuanto pueden darnos.

-Pero, Quetzalcóatl, mucho tiempo has pasado estudiando las estrellas y midiendo el tiempo de su giro con tus l1ilos. Hace tiempo que ya no vivimos con la sencillez de los primeros días. Todo sería fácil si nos conserváramos así, hasta la justicia ; pero ya no somos sencillos. Tú mismo nos has enriquecido la vida, y con nuestra abundancia dejamos de ser simp les.

-Yo quise la abundancia para todos ; por eso enseñé nuevas labores. Siempre quise que se repartiera nuestra riqueza conforme hubiera necesidades y a ti encomendé ese trabajo.

-No te espantes, Quetzalcóatl, las necesidades son distintas. Cuando éramos pocos, era fácil encontrar en la sencillez lo que a todos nos igualaba, y que ahora se nos dificulta siendo distintos. Somos muchos, y es imposible acertar como lo quieres. Yo creo que lo importante en estos momentos es que alguien mande y otros obedezcan, para que las grandes cosas se realicen en este mundo.

-¡ No, Topiltzin, no ! No basta mandar; hay que hacerlo con justicia; hay que darle a cada quien lo suyo.

-Muy bien -repuso Topiltzin-, lo suyo de los Toltecas, lo que necesitan para consagrarse y justificar su paso por esta tierra, es la pirámide que se ha de levantar como tú la concebiste, para sustentar nuestra grandeza y la del gemelo.

-Precio caro he pagado -reflexionó Quetzalcóatl-. Consentí en la conquista violenta de los chichimecas; pero no

puedo consentir, ahora que de ello me he dado cuenta, en el dolor de tantos pueblos. He de reunirlos a todos para escucharlos y encontrar alguna puerta en la que desemboque mi confusión. En cosas que a todos atañen no basta la ilustración de uno ; menester es oír a muchos, para aliviar el padecer de todos.

-No tenemos necesidad de oír a todos, Quetzalcóatl. Los Toltecas somos los dueños de la tierra; somos los que sabemos, los que mandamos. ¿Por qué renunciar a ello?

-Son cosas que a todos importan. ¿Que no todos somos hombres hechos y organizados del mismo modo ?

-Todos serán hombres ; pero no todos son Toltecas. Tú elegiste este pueblo para morar, aquí te recibimos, contigo nos hemos engrandecido y ya somos los mejores y seguiremos siéndolo de acuerdo con nuestro destino. Ya mandamos y no tenemos por qué renunciar al mando. Nadie nos garantiza que otra justicia sea mejor que la nuestra. Y si hablas de justicia, justicia exijo para los Toltecas, que ya mandamos y sabemos. Esos son los hechos, no tenemos por qué recibir el mismo trato que los demás.

-Es necesario -repuso Quetzalcóatl-para encontrar el bien que a todos cobije.

-¡ Piensa bien, Quetzalcóatl ! No sea que causes el primer disgusto al pueblo que te ama, a la gente que fue por ti, que en ti ha creído y que te recibió en su seno. A los que te aman y amas, a los que has enseñado, y que aún te siguen en todo.

-Gran turbación ponen en mi ánimo tus palabras llenas de arrogancia, Topiltzin. Me asustan, porque temo que sea la voz de un pueblo enriquecido. Nunca había sentido tu disgusto ; nunca había pensado en que palabras y actos, una vez que de nosotros salen, ruedan por el mundo como nuestros hijos, ya solos y lejos de nosotros, para llegar a sitios que no Imagmamos. ¡Qué lejos está todo esto de mi intención ! En

verdad que es difícil construir una pirámide. ¡Pero, óyelo bien, Topiltzin! ¡Esa pirámide que se levanta para el gemelo no se fundará sobre la ignominia ! ¡Impondré la justicia mediante un nuevo orden !

-Esa justicia no es la de los Toltecas y nada permitiremos contra Tula, ni siquiera del propio Quetzalcóatl -concluyó Topiltzin.

Quetzalcóatl se quedó absorto y Topiltzin se retiró con los principales, que le palmeaban la espalda.

Aquél se quedó solo, triste y preocupado. Así lo encontró Tatle, y le preguntó :

-¿ Qué te inquieta, padre Quetzalcóatl ? ¿Qué astro se mueve en el firmamento de modo que no contesta tus cálculos?

-No son los astros los que ahora me inquietan, Tatle, son los hombres. Las estrellas, en su rígida belleza, me habían hecho olvidarlos. Ellas, después de todo, siguen un curso fijo cuya ley cumplen y del que nos basta percatarnos para saber cómo se seguirán moviendo ; pero los hombres no ajustan su conducta a leyes fijas. Nada puedo calcular con mis hilos y mis números. Vivimos en un astro que sigue un curso regular; pero los hombres que en él navegan entretejen su conducta de acuerdo con su libertad y aun con su arbitrariedad.

Ahora quieren una cosa y mañana otra. Hoy desprecian lo que ayer era su inquietud. Unos quieren, y otros odian; unos dan, y otros quitan, y mañana será de modo distinto. Este mundo arrastra, en su regularidad, una confusa esfera de arbitrariedades.

-Tienes razón -afirmó Tatle-. No entiendo el mundo de los hombres, a pesar de que yo mismo soy uno de ellos. Con frecuencia no entiendo ni lo que pasa en mí. A todos odio y a todos amo. Días hay en que no soporto que me hablen, y daría la vida por cualquiera. Trato de igualarlos de algún modo y en todo surge la diferencia.

-No te afanes, Tatle, es la juventud que te entra poderosa y que no te deja tener serenidad. Somos iguales, porque todos somos hermanos. Todos nacimos, y todos habremos de morir, por obra del mismo Creador. Todos luchamos por sobrevivir y ser mejores. Y dime, Tatle, ¿puedes decir que alguien tenga mejor derecho que otro a conservar la vida ? A mí me ocurre, ahora, que por estudiar el cielo y enseñar en las cosas de la tierra, me he olvidado ya del Arbol que planté en la plaza. No lo he cultivado y no ha dado fruto para los Toltecas. La abundancia los ha hecho arrogantes; la sabiduría, soberbios; la riqueza, duros e inclementes. ¡Y yo lo he consentido ! ¡Ay, Tatle ! He soñado con guiar, y no sé conducir; en todos lados tropiezo, y en todas las tentaciones caigo. Sólo tú, en la confusión de tu adolescencia y en la cercanía de mi vida, quieres entenderme, aunque te falte serenidad.

-No puedes decir todo eso, Quetzalcóatl. Lejos has llevado a este pueblo. Lo he visto crecer y hacerse poderoso al mismo tiempo que yo crecía y dejaba de ser niño, siempre aprendiendo de ti tus palabras, tus intenciones y tus obras.

-Es fácil para mí enseñar, con las manos, cosas tocantes a la tierra y su riqueza. Puede mi mente entender el movimiento de las luminarias del cielo. Pero el espíritu humano, en toda su hondura y complejidad, se me cierra a la comprensión y poco entiendo. He supuesto que basta decir y predicar, sin tomar en cuenta que las palabras pronto se olvidan. N o he podido romper, ni siquiera con el ejemplo, la natural inclinación que lleva al fuerte a aprovechar su fuerza y conducirse por ella como triunfador.

-Siento, padre Quetzalcóatl, que tienes razón, sin embargo, y con frecuencia he discutido con Topiltzin y no he podido contestar sus argumentos. Me pregunta y me pregunto : ¿Por qué los fuertes no han de gozar, por serlo, de la grandeza de la tierra? Ellos saben arrancarle sus tesoros. ¿Por qué compartirlos con los que nada pueden, con los viejos, los imbeciles

o los enfermos ? ¿Que en la naturaleza no todo ocurre como debe ocurrir? Cuántos infelices acabarían por inflicionar con sus limitaciones el mundo de los que pueden marchar aprisa. Topiltzin ha adquirido gran poder por sus propios méritos. Manda ya entre los Toltecas y lo obedecen, y sólo te consulta las cosas fundamentales, aquéllas sobre las cuales él mismo tiene duda. ¿Por qué el Creador ha construido a los fuertes y a los débiles?

-Razón no te falta, Tatle. Grave cuestión es que sólo se resuelve ante la balanza del mérito, que no es un argumento que convenza, sino un sentimiento que fortalece tu propio corazón. Dime, quién tiene más mérito, ¿el poderoso que despoja al débil abusando de su fuerza, o aquél que restituye y no se queda con nada, pudiéndolo hacer porque se lo quitó primero ? Se desdeña al débil, al enfermo, al incapaz. ¿ Quién juzga? Si ha de juzgar el poderoso por su fuerza, más tarde juzgado será por una mayor potencia.
Todos somos hombres,
y una idéntica luz, la luz de su vida y de su vigilia, se desplaza iluminando los rincones del infinito, acurrucados en nuestro propio tiempo. Esa luz es la que importa, y para todos los que viven está encendida. ¿Qué es la fuerza al lado de la conciencia ? ¡Nada, Tatle, más que el peso de una piedra ! Cada conciencia vigila e ilumina la obra de Dios desde un punto que nadie puede sustituir. ¡No dudes, mantén tu convicción de servir ! ¡Y recuerda que es más meritorio aprovechar tu fuerza en beneficio de los que padecen, que en tu propio bien !

-Tal vez será como lo dices, Quetzalcóatl. Yo no lo he podido articular. ¡El mérito ! ¡El mérito ! Palabra extraña, que sólo en el mundo de los hombres tiene sentido. Frecuentemente me has hablado de ello. ¿A dónde irá el mérito en el que quemamos nuestra vida ? ¿Subirá también, como el copa!, como el dolor, para dar fuerza a los dioses? ¿Será la ofrenda que alimenta la inmovilidad del Creador? ¡El mérito

-Sí, Tatle. ¡El mérito ! Balanza en la que se pesa lo mejor del universo ; balanza hecha de culpa y de inocencia, de amor y de dolor, de luz y de tinieblas que sustentan al propio mérito. Es en esa balanza donde nos pesamos nosotros mismos, que es su condición final.

-Balanza que hiere mi carne y mi alma, Quetzalcóatl, pues no acierto a pesarme a mí mismo.

-¡Ya aprenderás, Tatle ! Y entonces sufrirás una de las satisfacciones que más dolor te habrán de causar. ¡ Mírame a mí ahora, agobiado por el peso de la pirámide que mi amor a Ce-Acatl y la vanidad de mi propia importancia hizo consentir a los Toltecas, para levantarlos del pasmo de mi derrota y del dolor y la sorpresa de la muerte de Acatl ! ¡Es un horrible monumento a mi soberbia, construido con el dolor y la sangre de los miserables y los vencidos !

¡Pero pondré remedio !

Muy avanzada estaba la construcción de la pirámide cuando Quetzalcóatl convocó a Topiltzin y a los principales, sin que acudieran a su casa. Tres días los llamó y no llegaron. Al cuarto, fue a buscarlos y los encontró en los palacios que Topiltzin se había hecho construir con el trabajo de los chichimecas que tenía a su personal servicio.

-¡ Cómo aparté los ojos de la tierra por atender el curso de las estrellas ! -reflexionó Quetzalcóatl-y dijo:
-¡Hermosa es tu morada, Topiltzin !
-¡De ti la aprendí a construir, Quetzalcóatl !
-Yo levanté la casa del corazón del pueblo y ahí se me condujo para que viviera.
-Yo he levantado mi propia casa para descanso y regocijo de mi corazón. Mucho he batallado y muchas son mis heridas para que no tenga lugar de reposo.

-¡ Los héroes descansan, Topiltzin! ¡Cansado estarías cuando no acudiste a mi llamada !

-He querido que pase el tiempo, Quetzalcóatl, que reflexiones y que no tenga yo motivo para disgustarte. He hablado con mis compañeros sobre la grandeza de Tula y tus propios designios y hemos determinado que la grandeza de Tula prevalecerá sobre tus hermosas palabras. Nadie mandar ..í en esta tierra más que los Toltecas. ¡Sólo sus leyes serán cumplidas ! Hemos llegado y aquí permaneceremos. Queremos conservarnos en la cumbre como el hielo en las altas montañas del Anáhuac.

-Nada he dicho todavía y ya hay arrogancia en tus palabras y energía innecesaria en tus gestos. Mucho tiempo hace que nos conocemos y que marchamos juntos para que ahora se rompa la armonía.

-¡ No la romperemos nosotros, Quetzalcóatl ! ¡Seguimos siendo los mismos, los Toltecas, el pueblo que elegiste para construir la grandeza del Anáhuac y que ahora no renunciará a lo que ya tiene !

-¡ Pero yo se lo he dado ! ¡Justo es que pida ahora para los demás !

-¡Ya ves, Quetzalcóatl, tú eres el que has cambiado! Reconozco, y mal haría si no, que tú nos has enseñado lo que sabías. No quites mérito a tu obra exigiéndonos un pago que no contratarnos. Pero los que aprendimos, y trabajamos, y padecimos, fuimos nosotros. Y ahora nos pides que demos lo nuestro para hacer fuertes a los salvajes que ya vencimos. Que pongamos nuestras gargantas ante los cuchillos que nosotros mismos habremos de entregar. ¡Que repartamos la riqueza de Tula entre todos los pueblos del Anáhuac y que volvamos a empezar desde el polvo y sin huaraches ! ¡No! ¡Que ellos empiecen!, ¡y tú de nuevo con ellos, si así lo quieres ! ¡ Dales lo tuyo, no nos quites lo nuestro !

-¡ Cállate, Topiltzin ! ¡No seas insolente ! No he podido

ni siquiera hablar. ¡Ni me escuchas, ni quieres escucharme y me miras como si tú también me quisieras romper la boca ! Sólo exijo justicia para todos. Me duele que la grandeza de Tula se afinque sobre el dolor ajeno. ¡Me duele que tu arrogancia te haga olvidar la condición humana y defiendas que haya quien padezca necesidad donde hay abundancia y todo sobra !

-¡Tú lo quisiste junto con todos nosotros, Quetzalcóatl !

Que ahora tu compasión no envenene tus intenciones y te haga olvidar a tu pueblo elegido.

-¡Yo no tengo pueblo elegido, Topiltzin ! ¡Amo a los que llegaron primero y amo a los que llegaron los últimos ! ¡A todos quiero dar el mismo pago !

-¡ Quetzalcóatl nos traiciona ! ¡ Quetzalcóatl ama a los chichimecas que le rompieron la boca ! ¡ Quetzalcóatl reniega de su pueblo ! ¡ Quetzalcóatl está loco de tanto ver las estrellas y no tener mujer !

-¡ Cállate, Topiltzin! -y le dio un golpe en la boca, con el revés de la mano.

Se hizo un silencio vibrante y tenso.

Quetzalcóatl dejó el sitio, lleno de cólera. Nadie lo siguió. Todos se agruparon en torno de Topiltzin y, calmándolo, le decían : ¡ Quetzalcóatl ha cambiado ! ¡Ya no es el Quetzalcóatl de los Toltecas ! ¡Más parece la flecha de los chichimecas

Por medio de los hombres de su séquito, Quetzalcóatl convocó a los diversos pueblos al pie de la gran pirámide que ya alzaba su gran mole al cielo. Los previno de que tratarían de impedir su paso y los apercibió para que de una u otra m anera, invocando su nombre, llegaran cuantos pudieran a la hora convenida, ese mismo día, antes de que se pusiera el sol .

Ahí estaba, solemne y sañudo, rodeado de todos sus fieles. Tatle, azorado, y temblando de emoción, a su derecha.

Poco a poco fueron llegando muchos; algunos, perseguidos por sus guardianes que se quedaban quietos al ver a Quetzalcóatl ; otros subrepticiamente, y otros acompañados por los propios Toltecas que no sabían lo ocurrido.

Una vez que se reunió el mayor número, Quetzalcóatl alzó las manos y dijo :

-¡ Pueblos del Anáhuac ! ¡ Quetzalcóatl quiere hablar a toda la tierra y comunicarle su aflicción, su dolor y su congoja!

¡Encuentro padecimiento en donde quise traer felicidad !
¡Encuentro miseria en donde he traído abundancia !

Hay abismos de odio y enemistad donde quise construir con armonía.

¡Ahora me doy cuenta y grito mi protesta !

¡Quiero decir a todos que a todos por igual pertenezco, y que conmigo, a todo el Anáhuac pertenece la riqueza que hemos reunido y cuyo símbolo es la pirámide ante la que estamos reunidos !

¡Maldigo del látigo y del golpe !
¡Maldigo la injusticia !
¡Maldigo de la miseria !

Ahora anuncio que un nuevo orden impondré en esta tierra, de modo que a todos cobije y para el cual necesitaré del concurso y de la buena voluntad de todos.

Hablo de modo especial a los Toltecas que ahora me escuchan con ojos azorados. Nada temáis si sois justos; más ricos os haré si aprendéis también a dar. El nuevo orden necesitará especialmente de los Toltecas que me amen, pues sin ellos será difícil construir nada en estas tierras. Hagamos de todos los pueblos uno solo, formado por hermanos que un mismo propósito persigan.

Quetzalcóatl conducirá a todo el Anáhuac, sin distinción de pueblos, a un mundo de abundancia y de justicia.

Id a decirlo así a los que no vinieron y a todos anunciad que mañana, al salir el sol y en este sitio, nos habremos de reunir para concertar un nuevo trato.

Así dijo, y entonces el chichimeca llamado Maxtla alzó tímidamente la voz y preguntó :

-¿ Poderoso Quetzalcóatl, señor de los Toltecas, puedo decir algo a nombre de mi pueblo ?

-¡ Habla ! -dijo Quetzalcóatl.

-¡ Danos la libertad y no la abundancia ! Lejos estábamos en nuestras tierras, entregados a nosotros mismos, y ahora estamos sujetos a esta cruel servidumbre.

¡Años tenemos aquí arrastrando piedras y amontonando tierra para levantar un monte a un dios que nos es ajeno ! Dura es nuestra condición, pues hemos aprendido lo suficiente para darnos cuenta de lo bajo que estamos y cómo, confundidos con el polvo, somos pisoteados. ¡Tú mandas en Tula, tú mandaste a tus ejércitos! ¡Tú mandaste el cautiverio! ¡Tú lo ordenas todo ! ¡Ordena ahora nuestra libertad ! Más queremos llegar a nuestras tierras y correr detrás del venado y del búfalo, que cualquier justicia que nos hagas, o bien que tu arrepentimiento quiera darnos.

-Verdad dices -interrumpió Quetzalcóatl-. Es mi arrepentimiento el que habla, y por ello quiero pagar el mal que he hecho. ¡Quiero dar abundancia, riqueza y una buena vida que compense las amarguras pasadas !

-No nos interesa tu vida, ni tu riqueza. No queremos esa servidumbre en la que los Toltecas viven para proporcionarse lo que llamas vida buena.

-¡ Les daré felicidad ! -gritó Quetzalcóatl.

-¡ Entonces danos libertad ! ¿Quién juzga la felicidad ¿Quién decide sobre la felicidad que queremos? ¿Acaso juzgaras

juzgarás tú, sentado en tu palanquín, enseñando a labrar las piedras que nuestros lomos ensangrentados han arrastrado ?
¡No es la vida blanda de los Toltecas la que queremos! ¡No queremos teponaxtles ! ¡Ni flautas, ni el olor pestilente de las grandes muchedumbres encerradas en pueblos ! ¡Queremos ser nosotros los jueces de nuestra felicidad ! ¡Queremos sentir la felicidad de la Hecha lanzada al viento, libre como el aire !

¡Eso es lo que queremos, Quetzalcóatl!, ¡y no esa vida llena de artificios con que cubren su desnudez original los Toltecas ! ¡Danos libertad !
-¡No es posible que así piense el chichimeca ! -dijo Quetzalcóatl-. Aquí os daré seguridad, bienestar, descanso ; adornaría vuestra vida con las cosas que la hacen amable. Allá pronto muere el chichimeca en su carrera desenfrenada detrás de las fieras salvajes con que se alimenta, cuando logra cazarlas y no perece destrozado en su empeño. Aquí vivimos de la tierra, con la regularidad de las estaciones, esperando sus frutos.
-¡ Déjanos morir nuestra propia muerte ! ¡Breve y torpe nuestra vida, pero nuestra ! ¡Pronta nuestra muerte, pero nuestra ! ¡Danos libertad, azote de los chichimecas ! ¡Danos libertad, y que nunca más volvamos a saber de ti, ni de tu justicia, ni de tu arrepentimiento, ni de estos constructores de pirámides !
Iba a responder Quetzalcóatl, cuando un grupo de guerreros lo rodeó, y el grueso cayó sobre la muchedumbre, golpeándola y empujándola.
-¡ Al trabajo ! ¡Basta de pláticas y reproches ! ¡Mucho hay que hacer, para que siga esta conversación entre el Quetzalcóatl de los chichimecas y el rebelde Maxtla !
-¡Atrás, guerreros Toltecas ! -gritó Quetzalcóatl-. ¡No ensuciéis vuestras manos con sangre de gente indefensa y cautiva ! ¡Atrás ! ¡Atrás ! -y trató de imponerse y romper el cerco con la gente de su séquito sin lograrlo, pues pronto fueron

sujetos, salvo Tatle, que brincó y corrió hacia donde estaba Maxtla, el cual empezaba a dar alaridos terribles que revolvieron las entrañas de los chichimecas, voces como de coyote y tigre, que despertaron el viejo instinto de lucha salvaje de sus compañeros.

-¡Vámonos a nuestra tierra, chichimecas ! ¡Vámonos! ¡A luchar ! ¡A matar ! ¡A morir, pero vámonos !

Y se lanzó contra la guardia, golpeando con lo que tenía a mano, y como él, sus compañeros, y a sus gritos, los que no habían podido llegar.

La lucha desigual se generalizó. Muchos chichimecas fueron detenidos y otros muertos. Pero ya nada pudo detener la estampida de muchos también, que corrían hacia fuera de la ciudad dando alaridos de libertad. Entre ellos iba Tatle, el cual tenía a Maxtla, que venía herido.

Los guerreros Toltecas, armados como estaban, no pudieron mantener la carrera y pronto el crepúsculo, y después la noche, se tragó a los que huían en trote mantenido e incansable. Los alaridos brillaban en la noche cada vez más lejos.

La tranquilidad volvió a Tula. Se reforzaron los guardias y Quetzalcóatl, sin su séquito, amarrado a su palanquín, fue conducido preso hasta una de las salas de la casa del corazón del pueblo, y ahí quedó cautivo.

Al año de estos sucesos, trece después del que se inició la construcción de la pirámide, quedó concluida conforme lo había planeado Quetzalcóatl. Cuatro gigantes de piedra semejantes a Ce-Acatl sostenían el techo en la cumbre.
En ese año, el pueblo Tolteca se acostumbró a su azoro y con grandes fiestas se consagró la pirámide al gemelo precioso.
Muchos Quetzales se sacrificaron a serpiente para que el

Quetzalcóatl recobrara la razón y volviera a amar a su pueblo.
Las plumas fueron llevadas para adornar la prisión.

Y así fue como se construyó la gran pirámide de los Toltecas. Entonces, un gemelo estaba en el cielo, y el otro, cautivo.

Capítulo VI
Los cautivos

Fue llevado a la casa del corazón del pueblo. Llegó caminando por su pie, desencajado y triste. Había roto el palanquín y se había liberado de las ataduras.

-Que nada me amarre, más que el tiempo y la voluntad de los Toltecas. Tiempo de rebelión y tiempo de tomar camino.

No quiso que lo condujeran en andas.

He de caminar, cocomes -dijo a sus gentes-. Tiempo es de volver a andar descalzo, sintiendo el polvo entre los dedos de los pies. Voy al encierro y quiero ir descalzo, para reconocer la dimensión de la tierra. A esta casa llegué mal herido. A ella llego ahora cautivo. Y se despojó de la túnica que arrojó lejos de sí .

El cerco de guerreros que lo custodiaban, los más fieles a Topiltzi n, a nadie miraban. Parecían muñecos sombríos.

La más vieja de las cocomes recogió la túnica y adelantó su carrera hasta la casa, que también estaba ya rodeada de guerreros.

-¡ Quetzalcóatl viene cautivo ! -gritó a las demás mujeres, que al verlo venir de lejos, rodeado por la guardia, a pie, descalzo, con las barbas revueltas y los brazos colgando, se pusieron a llorar.

-¡ Nuestro señor viene cautivo !

-¡ Lloremos ! -dijo la vieja-, ¡lloremos todas juntas! Quetzalcóatl viene cautivo. ¡Quiso ser juez y lo condenaron ¡Nuestro pilar viene cautivo ! Pasaron cosas que no entiendo , los pueblos contra los pueblos; el pueblo contra su señor ; el señor contra todos. ¡Tengo miedo, hijos ! ¡Tengo miedo ! ¡Lloremos por los Toltecas ! ¡Lloremos por Quetzalcóatl ! Estamos aquí nosotras, apresadas por los que amamos. ¡Lloremos por todos; por lo que no se entiende, por el torrente que se nos viene encima cuando todo era manso y tranquilo ! Lloremos, hijas, por los gritos de Quetzalcóatl que su pueblo no oyó. ¡Lloremos por el dolor de los Toltecas ! Azoro y miedo. Azoro y miedo, eso es lo que sufren los Toltecas. Su padre, su camino, su verdad, se revuelve furioso. Lloremos por el dolor del hijo que lucha contra el padre. Lloremos por los que tienen razón y por los que se equivocan. ¡Lloremos, cocomes, nuestro señor viene cautivo de su propio pueblo !

Y todos lloraron con angustia y estupor.

Entre llantos entró a la casa y fue encerrado en uno de los aposentos, separado de la gente de su séquito. Quedó aislado. Solamente a la mujer vieja y a una joven se permitía la entrada, para que le llevaran el alimento y lo atendieran.

Fue así como Quetzalcóatl, en la soledad y en el cautiverio, descubrió el mundo de la mujer.

Durante días, no habló y casi no comió.

Las dos mujeres lo seguían con los ojos, cuando caminaba sin cansarse de uno a otro lado y durante largo tiempo. Adivinaban su sufrimiento.

-¡ Coma ! ¡Coma, mi señor ! -le decían-. Que el alimento hace falta para mantener vivo el cuerpo. ¡Coma, aunque sea para que tenga fuerza su corazón que sufre ! Alimente su dolor -le suplicaban-. Y le acercaban los alimentos a la boca,

y así, suplicantes, viéndole la cara de cerca por primera vez, se
quedaban quietas por largo rato.

El resto del tiempo, la mayor parte, estaba solo.

-Solo estoy como cuando nací, como cuando llegué a la orilla. Solo, como estaré cuando tenga que partir. Oportunidad es de buscarme a mí mismo. Ya se fue Acatl, mi hermano. Ya me dejó Tatle, mi hijo.

Y buscándose a sí mismo, tampoco pudo encontrar a Dios. Sólo un silencio horrible, un silencio sin fronteras que lo llenaba de pavor.

-¡ Qué terrible juez es el silencio en la soledad, cuando uno se encuentra en desagrado de uno mismo !

Y se quedaba quieto, horas enteras, taciturno, sin buscar siquiera el consuelo del dolor, sin escoger la penitencia. Un nudo sólido ataba su silencio a su inacción. Justo en la frontera de la tortura; pero sin entrar en ella. Y así, hasta que llegaba la suave presencia de las dos mujeres, la vieja y la joven, con sus movimientos suaves, con sus voces suaves, con sus manos suaves.

Pasaron así algunos días.

Una mañana, inesperadamente, un grupo numeroso de principales irrumpió en la sala y rompió el silencio en el que estaba cautivo. Entre ellos no venía Topiltzin.

Quetzalcóatl estaba sentado en el petate. Ni se levantó, Ni los vio. Su mirada estaba ausente. Veía lejos.

Huémac se adelantó después de un largo silencio.

-¡ Quetzalcóatl ! -dijo-. Y por un largo rato vibró el nombre en la sala. Nada más acertó a decir. Había congoja, tristeza y ansiedad en todos.

El se incorporó lentamente y dijo con suavidad, como si siguiera hablando a las dos mujeres :

-¿Qué? ¿Me vais a juzgar? ¿Ya venís a matarme? ¿Vienen los Toltecas como jueces de Quetzalcóatl? ¿Vienen como verdugos en la mitad de una mañana? Evidentemente ha llegado

llegado el tiempo de hacer juicios. Aquí estoy, Toltecas. ¡Solo frente a ustedes ! Solo frente a mi misión quebrada. Roto como un pedernal golpeado por la piedra. Rota mi libertad. Quieta mi voluntad, con las manos caídas, absorto en el pavor de mi silencio. ¿Qué quieren los Toltecas de este pedernal roto ? ¡Querrán el castigo, hacerlo polvo ! ¡Claro ! ¡El castigo ! Querrán enterar al Anáhuac que la majestad de Tula mantuvo su equilibrio con el castigo de Quetzalcóatl. ¡Ah!, ¡serenidad de la justicia ! ¡Tranquilidad de la conciencia ! ¡El hermano castiga al hermano ! ¡Ah!, ¡el castigo, dolor ajeno con el que el juez emborracha al pueblo ! ¿Qué quieren los Toltecas de Quetzalcóatl? ¿Quieren que muera? ¿Quieren que sufra? Quetzalcóatl está tan triste, que no podrá morir, m sufrir.

Hubo otro largo silencio lleno de congoja.

-¡ No, Quetzalcóatl ! -repuso Huémac-, los Toltecas no podemos ser tus jueces. ¡No tenemos ley para ti, ni tenemos castigo ! ¡Ocurre, nada más, que te nos has caído encima y nos has roto ! ¡Tul a está silenciosa sin tu presencia ! ¡También a nosotros el silencio nos empavorece ! ¡Estamos azorados y divididos ! En pocas palabras, desde adentro de nuestros corazones rotos queremos decirte que no sabemos qué debe hacerse con Quetzalcóatl y venimos a que tú lo decidas. No hay otro juez para esta causa.

Quetzalcóatl. ¿Qué hará contigo el pueblo Tolteca? ¿Qué debe hacer Tula con Quetzalcóatl ? ¡Queremos saber tu respuesta para conocer lo que hará Quetzalcóatl con Tula ! ¿Por qué nos abandonaste, Quetzalcóatl ? ¿Por qué te caíste como un dios, sobre tu pueblo ? ¿Por qué has roto lo que será imposible reunir? ¿Qué pasó? ¿Por qué? ¿Por qué?

-¡Me preguntas, Huémac ! ¡Yo casi no lo sé ! Es una como lumbre que tengo adentro. Hay días en que se me incendia el corazón en amor por mis hermanos, por todos los hombres, y a todos quisiera dar. ¡Siento entonces la terrible

fuerza de mi destino, el poder del sembrador, y entonces se me revienta la voluntad y se me va por todos los caminos ! ¡Va y viene como la ola en la playa, y me consume, y me hiere, y casi me mata ! Hay días en cambio en que se me hiela el corazón en la fría inmensidad del Teuhtlampa, y me comprimo dentro de mí. Siento mi insignificancia y la pequeñez de mis acciones, y entonces sólo vibran y parecen importantes los miles de ojos del firmamento, y dejo la tierra, y me ausento de sus dolores, que se me aparecen como granitos de arena que bien poco han de contar en la enormidad del universo. Y así hasta que veo una lágrima, tan brillante como una estrella, y entonces se me vuelve a inflamar el alma y me desbordo por todas las rutas. Soy un guía que va y que se pierde; que regresa y tropieza. Soy el azote del Anáhuac. ¡Por eso, Toltecas ! ¡Por eso !

-Entonces -dijeron-, ¿qué hacemos con Quetzalcóatl ?
-Sí -dijo Huémac-. ¡Nos pesas tanto! -y añadió:

¡Pero también nos detienes ! ¡Estamos como apachurrados !

¡Tula no sabe qué hacer !

-¡Yo sí sé qué hacer con este cuerpo lleno de congojas y de tempestades ! ¡Yo sí sé qué hacer conmigo ! ¡Maldito sea Quetzalcóatl ! ¡En mala hora llegó al Anáhuac con su mundo de pecado y de arrepentimiento, con sus manos llenas de tentaciones y su pecho lleno de amor ! ¡Maldito sea este gemelo, el que no se arrojó a la hoguera ! ¡Yo sí sé qué hacer conmigo ! Mas os digo que, de todas suertes, no quiero morir. Aquí me quedaré, en mi soledad, de todos apartado hasta que acierte con la hora de mi muerte. ¡Aquí me encerraré, Toltecas ! Pero digo una cosa: quiero vivir. Quiero seguir viendo mis manos, aunque estén crispadas. Quiero seguir viviendo, aunque sólo sea mi soledad, la mía. Quiero seguir siendo alguien. ¡Quiero sentirme todavía en la tierra, y meter mis pies desnudos en ella, y sentir las barbas encajadas en las estrellas ! Quiero seguir estando en la mitad de todas las cosas.

¡Eso quiero, Toltecas ! ¡Pero no acongojaré más a este pueblo que amo ! Aquí quedaré apartado. De aquí no saldré. Los Toltecas quedarán, por fin, sujetos a su propio consejo. Ese es mi juicio, Huémac. Esa es mi decisión. Ahora, idos y decidle a Topiltzin que nada tema de Quetzalcóatl ; que no es necesario apalear a la serpiente ni matar a Quetzalcóatl ; que aquí quedaré apartado y solo. ¡Algún día el pueblo Tolteca encontrará otra causa y entonces tal vez Quetzalcóatl pueda dar lo que pidan, y no lo que su propia soberbia le aconseje !

-Así sea -dijeron los principales-. ¡Tula acepta la sentencia ! ¡ Quetzalcóatl quedará cautivo y solo hasta que acierte con la hora de su muerte !

Lo hicieron saber a Topiltzin, que también aceptó la sentencia, aunque quedó inquieto, pues había sentido ya que muchos de sus compañeros querían mandar.

Quetzalcóatl quedó solo, hasta esa noche en que lo fueron a ver las dos mujeres.

-¿ Por qué está contento, mi señor Quetzalcóatl ? -preguntó Cíhuatl, la joven. Nunca había visto brillar la sonrisa en sus ojos desde que fue encerrado.

-¡ Río porque ya he sido mi propio juez y porque ya dije mi sentencia ! ¡Porque en ella encontré un camino que no va a ninguna parte !

El corazón de Cíhuatl se llenó de alegría y ella también rió, y con ella, la vieja.

-Rían y también canten -dijo Quetzalcóatl-. Canten canciones de esta tierra, a la que tanto amo. ¡Canten, porque ya Quetzalcóatl fue juzgado !

-¿Y cuál fue la sentencia? -preguntó ansiosa la vieja, mientras Cíhuatl suspendía el canto que había iniciado.

-Quedaré aquí cautivo, apartado. Solamente ustedes, u otras como ustedes, me vendrán a traer sustento y atención.

-¡Seremos nosotras ! -dijo ansiosa y decidida Cíhuatl.

-¿Y cuánto tiempo estará cautivo mi señor? -preguntó la vieja.

-¡ Hasta que acierte con la hora de mi muerte !

-¡La muerte ! ¡La muerte ! ¡Siempre la muerte! -dijo la vieja en voz muy baja-. ¡Siempre rondándonos, como coyota hambrienta! ¡Siempre mirándonos con sus ojos vacíos, su cabeza pelona y su risota !

-¡ Pero mi señor no puede morir! -dijo Cíhuatl-, ¡es distinto ! ¡No me imagino que pueda morir, no creo que tenga calavera ! ¡Es muy hermoso mi señor ! ¡No morirá ! ¡La sentencia no podrá cumplirse !

-No, Cíhuatl, todo perece. ¡ Quetzalcóatl llegará también a su sitio, ni puede, ni debe ser inmortal !

-¡ Pero mi señor es un dios venido de lejos !

-¡No, Cíhuatl ! ¡No soy un dios! Soy un hombre perecedero. Mira de cerca mi mano, es la de un hombre que llegó en una noche de tormenta, que ha caído mucho, y que partirá al fin de su tiempo. Y Cíhuatl tomó suavemente la mano de Quetzalcóatl durante un gran rato, y con lágrimas en los ojos se la puso sobre su frente sin soltarla.

-¡Mi señor es un dios, y no morirá !

-¡Morir ! ¡Morir ! Extraña cosa, así pensada, ahora que todo en mi ser late, hasta la rara satisfacción de haber sido juzgado.

-¿Y qué será la muerte? -preguntó Cíhuatl.

-Yo la he sentido como un zumbido gris -contestó Quetzalcóatl.

-Y después -continuó Cíhuatl-, ¿seremos esto que somos ?
-¡ No sé Cíhuatl ! ¡No sé ! Esa es la duda que siempre me

ha impedido morir. ¿Seré éste que soy? ¿Serás lo que ahora eres? ¿Dime, Cíhuatl, qué piensas tú?

-Me han enseñado que si muero de parto, iré a un hermoso lugar lleno de delicias, en compañía de mis hijos.

-Si mueres. Pero, ¿y si vives? ¿Y la conducta? ¿Será la muerte la que dé la resurrección? ¿Será la vida? ¡M un do extraño el que han construido en esta tierra, en el que es la muerte la que da el destino futuro y no la vida, como yo lo creo ! Aquí, si muere el soldado en batalla, si muere lleno de llagas, va a un lugar de delicias, no importa cómo haya vivido. ¡Y la vida, Cíhuatl ! Y la vida llena de memoria, plena de momentos, vivida entre el bien y el mal. ¿No importa? ¿La muerte, sólo la muerte?

-Pienso que es muy importante morir -dijo Cíhuatl-. Más que el mismo nacimiento, en el que nuestra madre nos ayuda y nos cobija. Ella sufre, y nosotros sólo tenemos frío ; pero no desamparo. En la muerte, mi señor, estamos solos.

-Solos, dices bien, solos. ¡Solos en la mitad de todas las cosas ! Tal vez en el fin de todo lo que somos. Dudo, y por eso no muero.

-¡ La muerte es sólo una coyota vieja y hambrienta que se transforma en muchas cosas -terció la vieja-, una coyota vieja y sarnosa a la que me gustaría matar !

-¡Matar a la muerte ! ¡Sería curioso ! ¿Y para qué? -preguntó Quetzalcóatl.

-¡ Para no morirme ya ! -dijo la vieja-. Yo soy como tú, ¡tampoco quiero morir !

-Algún día no querrás vivir. Algún día no querré vivir.

Hasta entonces, d..jemos viva a tu coyota.

-Yo siempre querré vivir -concluyó la vieja.

-¿Y tú Cíhuatl? -preguntó Quetzalcóatl.

-¡Yo querré vivir mientras mi señor viva! Si tú, como di ces, llegaras a morir, yo también moriría. Pero Quetzalcóatl no morirá, ¿verdad ?

-Sí, Cíhuatl, Quetzalcóatl morirá.
-Entonces, me gustaría hacerte inmortal -le dijo Cíhuatl.

Y los tres guardaron silencio.

La vieja se quedó cavilando y al rato dijo:
-¿Y por qué no lo haces inmortal?
-¿Yo? ¿Y cómo?

-¡ Dale hijos ! -dijo, y se levantó dejándolos solos.

Fue así como la noche del día de su sentencia, Quetzalcóatl cayó en la tentación de hacerse inmortal y comprendió la íntima verdad del Omeyocan, el Lugar Dos, donde todo es dos, para poder ser uno y saberse dos. Fue entonces cuando se enteró de que en su interior latían universos completos que en las tinieblas de las entrañas cambiaban de sitio y se convertían en tempestad de luz y relámpago, justo en la mitad del universo, cuando el uno muere y vive, precisamente en el centro de todas las nebulosas.

De Cíhuatl tuvo dos hijos, un hombre y una mujer. Al nacer ésta, murió la madre.

* * *

Tatle fue el otro cautivo.

Trotó con los chichimecas muy adentro de la noche, cuando ya habían cesado los gritos y sólo se oía el golpe de los talones y el jadear de las respiraciones de aquella carrera colectiva, que duró hasta la salida del sol, cuando todos se detuvieron, pues Maxtla había caído varias veces y venía muriendo.

-¡ Maxtla se muere ! -gritó jadeante Tatle-. ¡Parémonos a ayudarlo !

Azorados de su libertad, en el silencio de la llanura llena de neblina, con los pies mojados por el rocío, se dieron cuenta

cuenta de que podían pararse. Y vieron el rostro cenizo y agonizante de Maxtla que había perdido mucha sangre. Al parar la carrera, con el latir del corazón en las sienes, todo el llano, con el sol que salía, parecía seguir en fuga por todos los horizontes.

-Ya se va a morir -dijeron muchos-. No necesita ayuda, él muere solo. ¡Vámonos ! ¡Vámonos ! -y se aprestaron a seguir corriendo.

-¡ No podemos irnos y dejarlo aquí, tirado como un animal agonizante ! -protestó Tatle-. ¡El fue el que preguntó, él fue el que alentó la estampida ! ¡Tenemos que ayudarle !

-¡ No podemos detenernos ! ¡Vienen detrás de nosotros ! ¡Tenemos que llegar a la sierra este mismo día ! -dijeron muchos.

-Hagámosle una camilla y llevémosle cargado -sugirió Tatle.

-No podríamos correr. Nos alcanzarían a todos. Se va a morir. Ya está cenizo. ¡Vámonos ! ¡Vámonos ! -apremiaron muchos.

-¡ Pero él fue el que los guió, el que los condujo ! ¡No pueden dejarlo tirado en la mitad del llano para que se lo coman los zopilotes !

El fue nada más la voz de los chichimecas. Todos pensamos lo mismo y cualquiera pudo decirlo. Todos queríamos irnos. Los chichimecas no tienen guías. ¡Todos somos libres ! El es libre. No es ley de los chichimecas arrastrar moribundos. El es libre y se va a morir. ¡Vámonos ! ¡Vámonos !

Y se fueron todos, menos Tatle, que temblaba de frío y de fatiga, y un hijo de Maxtla, de la misma edad de Tatle, y que se quedó a acompañar la muerte de su padre.

Los chichimecas siguieron su carrera silenciosa con el trote infatigable que pronto dejó de temblar en la tierra, mientras se perdían los bultos que corrían entre la calina de la mañana.

Un silencio espeso como la niebla cubrió a los tres que quedaron entre las hierbas cuajadas de rocío. Sólo la respiración agitada del herido lo turbaba.

.. Ni Tatle, ni el mozo, sabían qué hacer fuera de esperar la llegada de la muerte.
Lo acomodaron y le pusieron yerbas debajo de la cabeza .
Le lavaron las heridas con las yerbas empapadas en rocío, y esperaron que el sol lo calentara.

-¿ Qué podemos hacer, Tatle?

-¡Nada, hermano!, ¡nada ! No dejarlo solo. Que sepa

que lo acompañamos a la hora de su muerte, que recogeremos su último aliento y después seguiremos viviendo. Hasta entonces, aquí nos quedaremos, asustando a los zopilotes para que no le coman los ojos antes de tiempo. ¡Sólo eso podemos hacer !

A lo lejos, en una loma, se veía, todavía, la carrera de los chichimecas.

Y se quedaron en cuclillas viéndolo morir.
Entrada la mañana, el sol empezó a calar y despertó el herido que pidió agua.

No se la pudieron dar. No había agua en toda la llanura y, aunque hubiera habido, no tenían en qué transportarla.

Pidió agua hasta que se le hinchó la boca.

En cuclillas lo oían y lo veían morir. Sólo de vez en cuando le espantaban las moscas que zumbaban en el silencio del llano.

Los zopilotes giraban en lo alto y todavía no bajaban.
Nunca supieron si Maxtla se enteró de que lo acompañaban a la hora de su muerte.

Llegó la noche y el frío de la llanura. Se acurrucaron a los lados del herido para protegerlo del frío.

Murió en la madrugada, cuando ellos dormían.
No supieron la hora en que murió. Con la luz del nuevo

día, se dieron cuenta de que ya estaba rígido y empapado en rocío, como las yerbas.

Se fueron corriendo en busca de agua para ellos mismos, antes de que empezaran a volar los zopilotes.

De este modo fue como Tatle, al reanudar la fatiga de la carrera, con la impresión de la muerte empapada en rocío, se dio cuenta de que huía de Quetzalcóatl, y se puso a llorar, porque lo amaba entrañablemente. Trotaba delante del otro mozo y sus lágrimas mojaban sus mejillas. Nadie, fuera de él mismo, se enteró de que lloraba, como nadie se entera del agua que escurre en los picos altos de las montañas.

Por huir de Quetzalcóatl, que era casi como huir de sí mismo, del dolor de su juventud disputada por las dos mitades, se fue corriendo al mundo de la libertad elemental, y en el que quedó cautivo, preso de sí mismo, de su propia soledad.

Supo de la tortura lacerante del hambre y de la sed; de la carrera angustiosa detrás de la presa o delante del peligro. Soledad y miedo. Soledad y miedo que no dejan tiempo para pensar. Y cuando no, fatiga, dolor o frío.

Sólo una noche, después de una carrera muy fatigosa detrás de un cervatillo al que por fin alcanzaron y devoraron, habló con el mozo, junto con el que cazaba, de cosas que no atañían al diario sustento. Estaban ahítos y descansados.

-¿ Por qué te viniste con nosotros ? -le preguntó el mozo-, ¡tú que no tenías necesidad de huir !

-Quise la vida de los chichimecas. Habló tu padre tan apasionadamente de la libertad y los vi tan débiles, que quise venirme con los chichimecas. Pero no los encuentro.

-Es que no hay chichimecas -dijo el mozo-; no somos "los", somos "uno" cada uno. Nos juntamos y nos dispersamos. Nos ayuntamos y nos separamos. Somos como el aire que se dispersa, como la flecha, que corre su camino sola, aunque junta vaya en el carcaj. No tenemos jefes ni guías, ni

sacerdotes. Yo creo que tú pensabas conducir a los chichimecas como tu señor ha guiado a los Toltecas.
-Tal vez sí, tal vez eso quise. Los vi débiles y perseguidos. Tal vez quise guiarlos. Ahora me doy cuenta de que la libertad que lo es, no se guía ; simplemente se va. Los chichimecas se fueron. A esta hora, los que no están muertos estarán libres.
-Así es -dijo el mozo-. Ahora tú también eres libre porque ni siquiera eres jefe.
-Sí -concluyó Tatle-. ¡Ahora soy libre !
Al día siguiente fue cuando se desbarrancó y se rompió una pierna. El mozo lo alcanzó al fondo del barranco y esperó a que recobrara el sentido.
-Tienes destrozada la pierna -le dijo-. ¡No podrás correr, no podrás cazar !
-¡ Ayúdame ! -suplicó Tatle.
-No sé cómo. Ya quise ayudar a mi padre y no supe ni siquiera la hora en que murió. ¡Ya me voy !
Y se fue, dejando solo a Tatle.
-¡ Ahora sí de veras soy libre ! -dijo éste-. ¡Pero no he de morir ! Y menos solo. ¡No quiero morir ! Y se esforzó por vivir.
Buscó otra vez la compañía de sus semejantes ; pero no quiso regresar a Tula con una pierna inutilizada. Y arrastrándose, de valle en valle, sustentándose con yerbas y raíces, de privación en privación, mucho tiempo después llegó hasta las cuevas en donde moraban los sacerdotes que habían abandonado Tula en espera del regreso. Y entre ellos, otra vez, perdió la libertad y volvió a quedar cautivo de la compañía de los hombres. En el camino encontró la alucinación del peyote y de hierbas que tuvo que probar, en la desesperación del hambre y de la sed. Se abrió para él el mundo multicolor y fantasmagórico de la íntima soledad de su mente liberada

hasta el desbordamiento por el estímulo vegetal. Se crearon así, en su interior, universos inconsútiles, llenos de plumas y de serpientes, y enseñó su uso a quienes lo recibieron y por ello lo respetaron. Lo llamaron desde entonces el Cojo de las Alucinaciones.

Capítulo VII
La sequía

Al siguiente año del que se inició el cautiverio de Quetzalcóatl, empezó a manifestarse una terrible sequía que por siete años consecutivos enjutaría la tierra del Anáhuac.

Entonces Quetzalcóatl iniciaba su cautiverio y empezaba a hacer su propia siembra.

La más vieja se encargó de publicarlo llena de orgullo:

-¡ Nuestro señor Quetzalcóatl, el que está cautivo, sembró su semilla en el vientre de una de nuestras vírgenes ! Por fin el Anáhuac conocerá a los hijos de la sangre de Quetzalcóatl, por fin Quetzalcóatl se inmortalizará en nuestra raza. Y todas las cocomes entraron en gran agitación e hicieron grandes fiestas en la intimidad de la casa del corazón del pueblo.

Cíhuatl fue llevada aparte y tratada con grandes miramientos.

Cuando salía de la casa y caminaba por el pueblo, las mujeres embarazadas tocaban su vientre y la llenaban de bendiciones.

Topiltzin se inquietó.

-Quetzalcóatl tomó ya mujer -dijo-. Ahora se arraigará en la Licrra. ·Ha tomado fuerza de una de nuestras vírgenes. Quctzalcóatl no quiere morir. Ahora más que nunca querrá

vivir: tendremos más problemas, y no sabremos que hacer con los cachorros. Nacerán como tigres y querrán devorar a los Toltecas. ¡ Matémoslos a tiempo !

-Es tu rencor el que piensa así -le contestó Huémac-.

Al contrario, ahora Quetzalcóatl da a los Toltecas su sangre por los caminos del amor y no por el dolor. Ahora sí vamos a hermanarnos con él, con su obra, a través de h..os de verdad, que parirá una de nuestras mujeres, con su propio dolor. Ahora sí Quetzalcóatl será nuestro, pertenecerá de verdad a esta tierra, que levantará su cosecha. Volveremos a ganar a Quetzalcóatl. No mataremos a sus hijos, porque también son nuestros, como él mismo lo volverá a ser.

-Ya no lo necesitamos -dijo Topiltzin-. Ya todo lo sabemos y hemos llegado más lejos que él, siempre amarrado a la niebla de su conmiseración; siempre pensando en los otros y no sólo en nosotros, como queremos que sea.

-Alguna razón tendrá, y algo querrá enseñarnos con su paternidad -decía Huémac.

-Ya nada puede enseñarnos el Arbol seco de Quetzalcóatl -dijo Topiltzin.

-Ahora tendrá renuevos para nosotros. Ce-Acatl estará contento ; nacerán más plumas para el Anáhuac. Serán los hijos de Quetzalcóatl nuevos lazos de unión con los Toltecas. El rompió los antiguos ; ahora los remienda. Mucho le debemos a Quetzalcóatl y Tula debe esperar todavía más.

-Debimos haberlo matado antes de que tuviera hijos -murmuró Topiltzin-. No serán ni una cosa ni otra. Estarán más disputados que el ánima del pobre Tatle, tan lleno de confusión, tan lleno siempre de palabras, buscando siempre cosas que no encuentra. Yo creo que debemos matar a los hijos de Quetzalcóatl.

-No -protestó Huémac-, son también Toltecas, y los Toltecas ya no sacrificamos. Ese fue el primer trato con Quetzalcóatl.

-No sería un sacrificio -dijo Topiltzin-, sería una simple prevención.

-Sí, sería un sacrificio a tu miedo y a tu rencor; tú estás confuso, Topiltzin. Tú amabas a Quetzalcóatl. Tú fuiste por él. Tú lo salvaste de los chichimecas. Y de pronto, cuando empezaste a saborear el poder que te hemos dado, lo comenzaste también a odiar. Algo te sucedió adentro, que tú mismo no entiendes. ¡Eres también un poco como Tatle; estás disputado por dentro !

-Yo no lo odio, ya no lo necesito y sé bien lo que quiero, y no soy como Tatle, ese niño sombrío. Soy un hombre que quiere llevar el poder de Tula lejos, hasta los dos mares. Tula está llamada a grandes destinos. Quiero hacer más grandes a los Toltecas.

-¡ Eso mismo quería Quetzalcóatl !
-¡ No es cierto ! -dijo Topiltzin-, ¡ Quetzalcóatl no quiere a los Toltecas, Quetzalcóatl quiere a los hombres, y los hombres no existen ! Hay Toltecas, o hay chichimecas; los constructores o los salvajes; pero no hay hombres. Nada podrá hacer por lo que no existe. Puras palabras, puros conceptos.

¡Los hombres ! Una mentira en la boca de Quetzalcóatl, el escudo de una conmiseración que ha impedido a Tula llegar más lejos. ¡Ya viste lo que pasó con los chichimecas a los que quiso guiar Quetzalcóatl : se fueron detrás de su libertad, rompiendo el orden de Tula !

-Yo creo -dijo Huémac-que lo que quería Quetzalcóatl era hacer Toltecas a los chichimecas, del mismo modo que quiere hacer Toltecas a sus hijos. Tal vez no haya hombres, como tú dices ; pero puede haber Toltecas. Tal vez llegue un día en que todos seamos Toltecas y pertenezcamos a una misma raza. Yo creo que eso es lo que quiere Quetzalcóatl.

-¡Ya también estás tú con las palabras ! Es la influencia de Quetzalcóatl, llena de palabras y más palabras. ¡Va a

tener hijos de su sangre ! ¡Pero cuántos hijos de su palabra ha tenido !

-Tal vez sean palabras, Topiltzin, pero les tienes miedo. Tienes miedo de Quetzalcóatl. Todos sus hijos te asustan. ¡Creo que hasta a mí me tienes miedo ! ¿Qué temes, Topiltzin

-¡ Nada temo, Huémac, y menos a ti !
-¡ Entonces déjanos en paz a todos los hijos de Quetzalcóatl, a los de su palabra, a los de su sangre ! ¡Y también déjate en paz a ti mismo, que eres hijo de sus obras !

-¡Yo no soy hijo de nadie ! ¡Yo soy hijo de esta tierra y tampoco dejo en paz a nadie ! Creo que no debemos dejar que nazcan, siquiera, los hijos de Quetzalcóatl.

Pero todos los principales se opusieron, y Topiltzin tuvo que conformarse con que también quedara cautiva Cíhuatl, y que el pueblo no conociera a los hijos de Quetzalcóatl, hasta que se supiera cómo serían.

De este modo fue posible que naciera el primero: un cachorro rubio como el sol.

La más vieja fue la comadrona, que pronto salió gritando por toda la casa.

-¡ Nuestra hija parió un sol ! ¡Hay un nuevo sol entre nosotros ! ¡Tiene el color del maíz y el pelo como jilote !

La noticia se filtró fuera de la casa, y el pueblo, que se guía amando a Quetzalcóatl, se puso contento.
Topiltzin sintió un gran disgusto y gran temor.
Huémac se alegró.

* * *

Quetzalcóatl lo vio nacer como mazorca de maíz y comprendió
el misterio del ombligo.
-Ve y entierra el cordón en medio de la tierra -le dijo a
la vieja-. Que este entrañable puente misterioso entre las generaciones
; que este embudo de lo infinitamente pequeño en
lo infinitamente grande, me ligue más a la tierra y con mi estirpe
; se proyecte en el tiempo hasta que todos volvamos a ser
uno. Y volviéndose al hijo que lloraba en el regazo jadeante
de la madre le dijo:
-Roto el cordón, los que éramos dos, ahora somos tres.
¡Misterio inefable de la creación ! ¡Ahora, hijo mío, tú eres alguien
! Gracias sean dadas a Dios por ser. ¡Sangre, siempre
sangre ! Has llegado entre la sangre y el dolor, y tu primer
aliento es aire de llanto. Ahora entiendo que la sangre es por
igual dolor y amor; atadura de un cordón que se pudre en la
mitad de la tierra. Fuiste hecho, y ya eres tú ; eres como yo.
Estás fabricado con las fibras del gozo y del dolor, de la risa y
del llanto. Estás en el filo de todas las posibilidades, y pronto
tendrás la fuerza para elegir. Serás rumbo y medida de riqueza
y de miseria. Serás águila y serpiente. Mantendrás con tu
dolor, la conciencia del universo, y con tus carcajadas, la dignidad
del hombre. Porque sabrás reír, hijo mío, en la esencia
misma de tu liberación. Y sabrás danzar, y cantar, para tener
tu propio tono en el concierto del Teuhtlampa. Supe la hora
de tu nacimiento ; pero no sé de qué profunda entraña vienes,
como no sé cuál será tu destino. Llegaste como yo, como todos,
antes; como todos, después, por los oscuros conductos
de la generación, hasta explotar en la luz de tu propia conciencia,
tuya no más, límite y término del infinito, una, sólo
una ; tú, sólo tú, irreductiblemente tú. ¡Ya eres alguien, hijo
mío ! Y lloras. ¡Lloraré contigo !

Pero el pueblo no conoció al niño, no veía a la madre.
Y sólo sabía que Quetzalcóatl estaba cautivo, porque había incitado la rebelión de los chichimecas, roto el orden de Tula, y puesto en peligro su seguridad.

Justo al año de que nació el niño, se empezó a sentir el rigor de la sequía.

Ese año casi no sopló el viento que precede a las lluvias, y éstas fueron escasas, y las cosechas, pobres.
-El viento no barrió el camino de la lluvia -decían los sembradores, que se empezaron a poner tristes.

-Es que no vino Quetzalcóatl con su manto de plumas a ver cómo preparamos la tierra.

Y hubo alguno que empezó a decir que la lluvia también estaba cautiva, como el hijo dorado de Quetzalcóatl.

Pero ese año no hubo mayores consecuencias. Las trojes estaban llenas y la abundancia permitía que Tul a siguiera viviendo en la opulencia.

Topiltzin, para distraer la atención del pueblo, inició campañas guerreras cada vez hacia tierras más lejanas. Y de allá se traían productos y cautivos.

Al mismo tiempo, ordenó se empezaran a hacer grandes casas para los principales más inquietos, con lo que se tranquilizaron.

Al año siguiente, las lluvias escasearon más, y no se pudo regar con el agua almacenada, pues se habían abandonado los canales y el agua se tiró sin utilidad.

Pero la abundancia de Tula y las incursiones guerreras no permitieron que se sintiera gran cosa la necesidad. Entonces, se empezó a generalizar la idea, especialmente entre los

sembradores, de que el cautiverio del niño que parecía mazorca de maíz tenía presa también a la lluvia.

Los siguientes años fueron más difíciles, y los últimos, terribles, pues a la par que se agotaban las reservas, y había necesidad de racionar los alimentos, los pueblos comarcanos, que también sufrían la sequía, empezaron a buscar la riqueza de Tula para saciar su necesidad, y todas las fronteras estaban inquietas. Los chichimecas empezaban a bajar muy cerca de Tula, cuyos ejércitos, fatigados por el constante pelear, eran cada vez más insuficientes.

En el sexto año, la situación era insoportable. El prestigio de Topiltzin había decaído, y sólo se mantenía en el poder mediante las dávidas constantes a los principales y a los jefes del ejército. Pero la satisfacción de unos y la necesidad de los más, que llegaba al hambre y a la desesperación, traían revuelta a Tula.

Huémac encabezaba la inconformidad y acabó por organizar la oposición, que exigía reparto justo de las reservas e intervención ante Quetzalcóatl, que permanecía cautivo, para que volviera a guiar a Tula por los caminos de la abundancia.

La crisis reventó en el séptimo año.

Topiltzin, acosado, casi sin mando, sin tropas, y con el orden relajado, había mandado buscar a los brujos que se habían ido al norte, para que le aconsejaran remedio.

Llegó la comisión una noche silenciosa.

Llegaron vestidos de pieles y sin ningún pulimento. Las crenchas de los cabellos lacios, largas, sucias y pestilentes. Llegaron con soberbia.

-Nos mandaste llamar, Topiltzin, aquí estamos. No sabemos para qué nos quiere el poderoso Topiltzin, el hijo predilecto del demonio, que con sus brujerías destruyó la tradición del pueblo y ha levantado estas grandes casas para albergar la molicie de los hijos de la tierra, de los que ahora se llaman

llaman Toltecas, los que se olvidaron de los dioses, que ya han manifestado su inconformidad. ¿ Qué quieres, Topiltzin ?

-¡ Quiero que llueva ! El pueblo padece grave necesidad y se inquieta y rebela. Estoy lleno de enemigos y de traidores. Sólo dando de comer al pueblo volverán la tranquilidad y el orden a Tula.

-¡Pídele agua a tu Quetzalcóatl !

-¡ No es mío ! Si fuera mío, ya no sería. Es un ser absurdo que quiso acabar con el poder de Tula. A la sazón lo tengo preso, junto con su mujer y sus hijos. Pero el pueblo se inquieta y quiere liberarlo. Dicen que el cautiverio del primogénito, semejante en su color al maíz tierno, no deja crecer las mazorcas.

-¡ Quetzalcóatl tiene hijos ! -dijeron asombrados los brujos, y uno de ellos añadió-: ¡Entonces, grande podrá ser la venganza de los dioses !

-Pero, di nos, Topiltzin, ¿qué es lo que quieres ?

-¡Quiero que llueva ! La tierra está efljuta y agrietada.

Mucha gente ha muerto de hambre y de sed. Lo que nos queda es botín para los que nos roban. ¡Quiero que llueva !
¡Nada puedo hacer en mi limitación de soldado !

Necesito de la magia, necesito de los dioses. Y ahí es donde entran ustedes.

-Hasta nosotros llega la sequía -contestaron-. Y es que Tezcatlipoca está enojado. Toda la tierra le rinde culto a la serpiente, y ya nadie sacrifica a Tezcatlipoca, más que nosotros, en la soledad de nuestras cuevas.

-¿ Qué puedo hacer? ¿ Qué debo hacer? -preguntó Topiltzin.

Los brujos guardaron silencio un gran rato y se quedaron viendo fijamente a Topiltzin, que se empezó a inquietar.

-¡ Necesitamos un gran sacrificio ! -dijeron.
-¡ Hagámoslo ! -contestó Topiltzin.
-¡ Danos al hijo primogénito de Quetzalcóatl !

-¡ Sea ! -dijo jubiloso Topiltzin.
-¡Y prepara nuestro regreso ! -concluyeron los brujos.

Esa misma noche, el hijo primogénito de Quetzalcóatl fue robado y entregado a los brujos.

Nunca nadie, en Tula, supo más del niño que tenía el cabello como el jilote. Alguien llegó a decir que había renacido en la tierra de los Itzaes, allá lejos, en el Mayab, en donde lo llegaron a adorar como a Ku-Kul-Kan.

Y la más vieja se enteró de que ya no quería vivir, y se alegró de que la Coyota no se hubiera muerto. Ella misma se dejó morir. Se secó.

Quetzalcóatl, al darse cuenta de la desaparición del niño, salió de su prisión sin que nadie se atreviera a detenerlo. Tan grande era su dolor, que no hubo palabras, y ninguna se dirá. Buscó al niño, y el niño no apareció.

* * *

Pero entonces no llovió ; en vez de ello, para agravar la situación, estallaron violentos incendios en Tula.

Fue cuando el pueblo, viendo otra vez a Quetzalcóatl, le pidió a gritos, con llanto, que hiciera algo para que cesara el

castigo que los afligía. Pero Quetzalcóatl no oía y sólo buscaba, y pronto, con él, también el pueblo que lo seguía.

Huémac se unió a la búsqueda y en ella llegaron todos juntos hasta los palacios de Topiltzin.

-¡Dame a mi hijo ! -le dijo Quetzalcóatl con la voz quebrada-. ¡Dámelo y haré lo que quieras !

-¡Muérete ! ¡Muérete ! -le dijo-. Y se arrojó sobre Quetzalcóatl; pero Huémac se interpuso mientras el pueblo entraba en la sala e impedía los movimientos de la guardia.

-¡ Déjame ! ¡ Déjame ! -rugía Topiltzin.
-¡ Regresa al niño ! -gritaba Huémac.
-¡Yo no tengo a ese cachorro maldito, dueño de la sequía ! ¡Se lo he dado a Tezcatlipoca para que vuelva la abundancia a Tula ! -aulló Topiltzin.

Quetzalcóatl se irguió violento e igual que un águila y con la fuerza de la serpiente, rodeó con sus manos el cuello de Topiltzin, y en presencia de todos, lo empezó a ahorcar, y cuando ya casi moría, lo soltó bruscamente y dijo en un susurro intenso: -¡No es así ! ¡No es así !

Y salió rodeado por el pueblo azorado.

-¡Agua ! ¡Agua ! -le pedía el pueblo.
-¡Mi hijo ! ¡Mi hijo ! -contestaba Quetzalcóatl.
-¡Agua ! ¡Agua ! -le suplicaba el pueblo-. ¡Nuestros hijos tienen sed y mueren de necesidad! ¡Hijos nuestros! ¡ Como el tuyo !

Entonces oyó Quetzalcóatl el sufrimiento del pueblo, y vio las lágrimas de los padres, iguales a las suyas.

Y como antes, como hacía muchos años, ordenó que se reuniera el pueblo y con su misma gran voz, dijo:

-¡Tula tiene sed! Poco podré hacer por Tula, salvo mantener la fe. No tengo fuerza para encontrar a mi hijo, pero mantendré la fe. Extraños son los caminos de los vientos y las nubes. No sé si pueda yo hacer algo. Pero haré lo que deba. No es misión de hombres traer la lluvia. El orden de los

vientos y las aguas no obedece al hombre. Pero mantendré la fe. Subiré a la pirámide, como Ce-Acatl, y ahí, en lo más alto, ayunaré y soportaré todas las necesidades hasta que llueva, o me muera yo. No conozco artificios para atraer las aguas, ni me son accesibles los canales del cielo. Sólo conozco la mortificación cuando la razón y el arte llegan al límite de su comprensión y de su acción. Ofrezco la muerte que llevo en el alma y la consunción de mi cuerpo porque llueva. Tened fe, Toltecas, yo la mantengo. ¡O llueve el cielo, o muero yo ! Disyuntiva absurda ; pero es la única que mi dolor y mi impotencia pueden plantear, y tengo fe.

Sin añadir una palabra, subió lentamente a la pirámide y principió el ayuno que habría de durar cuarenta días.

* * *

Topiltzin ya no quiso el poder, el poco poder que aún conservaba, entre el hambre, la sed y el llanto del pueblo Tolteca. Sentía en su garganta la cercanía de la muerte, un zumbido negro que lo desinteresó del poder.

-Ya no quiero mandar -dijo-, es amargo el fruto del poder cuando llega el fracaso. Entonces todo se olvida y el último paso, el malo, es el que cuenta. No puedo mandar. Hay fuerzas que ya no controlo. ¡No tengo para dónde hacerme ! Aquí sólo mandará el que haga llover, y yo no puedo. Ese es un trabajo de los dioses y yo ya hice lo que pude.

-¡ Hiciste algo horrible ! -le contestó Huémac-. Rompiste el primer trato en la peor de las condiciones .

-Grande tenía que ser el sacrificio -dijo Topiltzin.

-Pero no era un sacrificio tuyo ; traficaste con el dolor de otro. Tú sólo dejaste escapar tu rencor.

-¡ Será ! -dijo Topiltzin-, ¡pero no me arrepiento ! De

todas maneras, alguien en Tula tenía que sufrir. ¡En cualquier caso, ya no quiero mandar !

-¡No, Topiltzin ! ¡Ya no puedes mandar ! Poca es la autoridad que tenías, y ésa te la quitó Quetzalcóatl con su encuentro. Todos te vieron vencido y perdonado.

-¡Así fue! Creo que deben reunirse todos ustedes y resolver qué hacer conmigo.

-¡Ya estamos reunidos y pronto resolveremos !
Después de deliberar, le dijeron a Topiltzin, que se había apartado y estaba en cuclillas, con la mirada perdida:

-Ya resolvimos, Topiltzin. ¡Ya no puedes mandar ! ¡Ya no sabrías mandar ! Te entregamos a Quetzalcóatl para que él haga contigo lo que quiera. Esperamos que ocurran cosas, y entre tanto, mandaremos todos. Así se hará.

-¡No me importa ! ¡Ya nada me importa! -dijo Topiltzin.
Y fueron todos juntos a ver a Quetzalcóatl, que estaba sentado, con las piernas cruzadas, en la punta de la pirámide de los Toltecas, en frente de la cruz que había vuelto a plantar, y junto a un brasero de barro en el que ardía el copal. Estaba entonces en el quinto día de ayuno y mortificación. Para entonces, Quetzalcóatl empezaba a hacerse viejo. Tenía muchas canas y las arrugas ya apuntaban sus arcos. Hacía ya veintiséis años que estaba en esta tierra y la gente todavía no se acostumbraba a su existencia.

Subieron los principaies al caer la tarde. Llevaban aTopiltzin amarrado con una soga al cuello.

Quetzalcóatl estaba inmóvil, con los ojos cerrados. Un cálido y suave viento vespertino movía sus barbas casi grises. Antes del cautiverio, todavía eran negras.

-Señor -dijo Huémac-, Topiltzin ya no manda en las cosas tocantes a la tierra. Ya no es el que reparte ni el que administra. Ya no tiene poder, ni quiere tenerlo ; ni queremos que lo tenga. Ahora que has vuelto entre nosotros, ante ti lo

traemos amarrado para que digas lo que con él debe hacerse, lo que más convenga.
-Suéltenlo. No es una fiera. Es un hombre disputado, vencido por el poder y por la vida.

Y dirigiéndose a Topiltzin, le dijo suavemente:

-Otra vez te veo, como la primera vez que te vi, hace mucho tiempo, cuando por mí fuiste a la sierra, en la época de mi primera mortificación. Entonces pagaba por mi violencia. Ahora pago por el dolor de esta tierra seca y ardiente. ¡Cuánto daño te he hecho, Topiltzin ! ¡Cómo he de haber violentado tu ánimo para que encontraras gusto y necesidad en romper la existencia de mi primer hijo ! Casi no he pensado en otra cosa. Eres como esta tierra, a la que traje turbación sintiéndome fuente. Llegué antes de tiempo, como una espora perdida, que sólo ha inficionado la siembra. He hecho mal queriendo hacer bien. ¡Habrá quien haga bien queriendo hacer mal ! ¿Qué es lo que cuenta? ¿Qué es lo que importa? ¡Pobre Topiltzin, tirado ante su cautivo ! ¡Pobre cautivo ! Pobres hombres de la tierra, dueños de una hermosa luz en su conciencia y cayendo de dolor en dolor. Mundo terrible el de la creación. ¡No entiendo ! ¡No entiendo el dolor que no busqué! ¡Mi hijo ! ¡Los hijos de los Toltecas!

Topiltzin nada decía, estaba tirado, mirando a la tierra.

-¿ Qué haremos con Topiltzin? -insistieron los Toltecas.

-Quetzalcóatl, ¿juez en su propia causa? -preguntó él mismo-.
¿Acaso voy a juzgar a mi hermano?
¿Ahora soy yo el que sentencia? ¿ Y de qué se le acusa? ¿ De haber perdido el poder ? ¡Esa es ya una condena !

-Dinos lo que tenga que hacerse -insistieron.
-No puedo ser juez, más que de mí mismo.
-¡ Pero te mató a un hijo ! -le dijeron.
-Mi dolor es demasiado grande para mi venganza -dijo

Quetzalcóatl-. Y tampoco me consuela la justicia. Más digo:

¡No quiero ni siquiera el consuelo ! Quiero disponer de todo mi dolor y entregarlo, con toda mi intención, para que regrese el agua a esta tierra. Si en el mundo la intención cuenta ; si la intención tiene algún mérito, con toda mi intención quiero sufrir por esa causa, precisamente porque vuelva el agua al Anáhuac. ¡Que no haya ni venganza ni justicia ! ¡Nada que atempere mi dolor ! ¡Todo sea para que llegue el agua a la tierra ! Los hijos de los Toltecas calmarán su sed, o yo muero.
¡No soy juez, Toltecas ! ¡ Dejadme solo en mi sacrificio, que no tenga siquiera la satisfacción de contarlo !

Silenciosos y respetuosos, bajaron de la pirámide. Topiltzin iba entre ellos, como uno de ellos. La soga con que lo amarraron quedó arriba, tirada como una serpiente, a la que se quedó viendo Quetzalcóatl un gran rato, y luego dijo para sí: -El día que llueva, le nacerán plumas a la serpiente de Topiltzin.
Este se fue a sus casas sin decir una palabra. Llevaba los labios apretados y controlaba las ganas de llorar.

* * *

A los veintiséis días de ayuno de Quetzalcóatl, empezaron a soplar fuertes vientos que levantaban el polvo hasta los cielos y oscurecían el sol.

-La tierra y los cielos ya se vuelven a juntar -dijeron los sembradores-, ya no hay enojo. Ya Quetzalcóatl trajo el viento. ¡Pronto vendrá el agua a ligar la tierra ! -y empezó renacer la confianza.

Arriba, Quetzalcóatl había cortado por la mitad un caracol que puso frente a sí y que desde entonces se convirtió en el Joyel del Viento.
Al llegar el cuarentavo día del ayuno de Quetzalcóatl,

llegaron las nubes gruesas, por el camino que habían perdido,
y el cielo tronó. Y llovió, llovió, llovió.

El pueblo subió por Quetzalcóatl.
Lo encontraron llorando. Las lágrimas y la lluvia se le mezclaban en las barbas casi blancas.

-¡ Nos trajiste la lluvia, Quetzalcóatl !

-¡ Es mi hijo que vuelve ! Traedme la primera mazorca
de maíz que crezca en el Anáhuac, no importa que sea pequeña.
A su tiempo se la llevaron, y desde entonces la trajo junto
a su corazón, justo arriba del emblema del Joyel del Viento.

Cuando lo bajaron en andas, al son de teponaxtles y
flautas, entre cánticos y alabanzas, en medio de la lluvia que
escurría por todos los cuerpos, los Toltecas se dieron cuenta
que Quetzalcóatl se hacía viejo. Llevaba enredada en el cuerpo
la soga con que subieron amarrado a Topiltzin, y Topiltzin
comprendió, y desde entonces volvió a amar a Quetzalcóatl e
ingresó al séquito de sus cocomes, y hasta su muerte, unos
af10s después, le fue fiel. Bajaron también la cruz y la plantaron
otra vez en la mitad de la plaza, y fue desde entonces adorada
como señal de viento y lluvia.

Fue hasta los veintiséis años de estar en esta nueva tierra,
que Quetzalcóatl entendió que había encontrado de nuevo el
camino del Arbol del Universo.

Capítulo VIII

El regreso de Tezcatlipoca

En las viejas cuevas del norte, donde crecen las espinas y soplan los vientos helados, los brujos preparaban su regreso a Tula, a la que volverían cincuenta y dos años después de que a estas tierras llegara Quetzalcóatl. Sin embargo, ninguno de los que se fueron, regresó. Fueron sus hijos y sus nietos los que lograron el regreso, cuando cambió la fortuna de Quetzalcóatl. Fue en la época de la sequía cuando entre ellos nació un Tezcatlipoca a quien habrían de decirle Titlacahuan, que fue el que logró el regreso.

Se habían hecho muchos en las cuevas ; muchos hijos les nacieron; muchos llegaron de otros lados, y profesaron con ellos el culto de Tezcatlipoca.

"Nada importas, hijo mío -le decían a Titlacahuan y a sus hermanos-. Nada importa tu destino. Has venido a sustentar la marcha del Sol con la sangre de tus enemigos, porque enemigos tiene el Sol en el Mictlan y necesita el sagrado licor para recuperar su fuerza y salir victorioso. Esa es la misión y es el rito. Esa es la responsabilidad del hombre. Para eso vino, para eso vive, para eso muere. Muy a su costa se mantiene el universo. Grande es la misión del hombre; pequeña su importancia. No es objeto de la creación, pero sí su sustento, su ministro, sin el cual el Sol padece. Fuera de ello nada importa, nada cuenta, nada vale la humana tarea, y en

Tula hay quien la estorbe, quien la impide, quien de ahí nos arrojo.

Y en las cuevas tenían cubiertos y echados en tierra a los viejos dioses, en señal de que no estaban en su sitio, sino en espera de su retorno.

Pero por mucho tiempo Quetzalcóatl fue poderoso y no encontraron ocasión de echarlo de la tierra.

El primer intento no lo buscaron. Les llegó con el llamamiento de Topiltzin, y hasta Tula llegaron y de ahí volvieron a las cuevas con el primogénito de Quetzalcóatl.

Pero todavía no había llegado el tiempo del retorno, pues una noche, en las fiestas de los preparativos para el gran sacrificio del niño, precisamente la noche de las alucinaciones, cuando la tierra se abría y se juntaba por mitades el cielo, cuando los colores se volcaron violentos al grito del trueno y empezó a llover dando fin a la sequía, el hijo de Quetzalcóatl desapareció junto con Tatle, el cojo de los ojos desorbitados que había introducido entre ellos el fruto de la alucinación, y que esa noche lo repartió con gran unción y actividad. Y no los volvieron a ver. Pudieron establecer que, favorecidos por el agua, con ella se fueron hacia las remotas tierras del Mayab, al mundo de los Itzaes, al que por el poniente llegó KuKul-Kan, la serpiente emplumada con su mensaje y su obra.
Pero esa es otra historia que aquí no se cuenta, la historia de los gemelos que juntos llegaron a aquellas tierras.

Transcurridos otros veintiséis años, Quetzalcóatl fue, de nuevo, señor de Tula.

En el júbilo del agua lo fueron a buscar después de que fue bajado de la pirámide. Y otra vez, como antaño, cuando Ce-Acatl subió a los cielos, con voz débil y sostenido por sus cocomes, habló a los Toltecas sin que su voz se oyera a través del trueno, por lo que tuvo que ser repetida por Huémac, y dijo :

-Ce-Acatl Quetzalcóatl volverá a ser señor de Tula, por

.voluntad de los Toltecas y por obra del viento y la lluvia. Empieza mi vejez y conozco ya mi límite. Enseñorearé a Tula y buscaré justicia para los Toltecas. Tiempo vendrá en que lleguen justicia y paz para todos los pueblos, más ésa no es mi obra, ni para ello tiene fuerza mi misión. Mucho he caído . Hartas veces mi vientre se ha pegado a la tierra, y otras tantas me he podido incorporar. ¡He traído provecho y daño, dolor y gozo, nada es uno, ni siquiera mi intención ! Daré orden y haré justicia entre los Toltecas. A eso dedicaré mis días. Que los Toltecas hagan en la tierra la justicia que su voluntad les permita. Pero no saldré más de esta casa del corazón del pueblo. Desde aquí ordenaré; pero no traspasaré sus puertas. Seguiré cautivo del pueblo de Tula, y Huémac será ahora mi voz, como antes lo fue Topiltzin. Ese es el nuevo trato que entre nosotros ata la lluvia, como los granos de la mazorca.

Y con la lluvia, volvió la abundancia a Tula y aumentó su poder y creció su riqueza. Su influencia llegó hasta el mar del oriente, hasta donde, de valle en valle, llegaba la voz de Quetzalcóatl, que empezó a ser llamado Señor de la Lluvia e Hijo de la Cruz y el Viento.

Fue una nueva época, suave y próspera, que hizo ricos y blandos a los Toltecas. Fueron mansos y generosos; no volvieron a saber del hambre, ni de la miseria.

Pero en el norte, los brujos conspiraban.

* * *

Era hermosa la hija de Quetzalcóatl.
Dieciocho años tenía, trece después de que terminó la sequía. Su belleza hacía fama por todo el Anáhuac, pero no salía de la casa del corazón del pueblo, en donde la acompañaban las mujeres del séquito. Su hermosura ponía contento en todos los corazones.

Entonces la fortuna de Tula estaba llegando a su punto
más alto. Quetzalcóatl era sabio y era justo. Tiempo había tenido
para dictar leyes que hacían suave, útil y tolerable la
convivencia. Tiempo había tenido para establecer los ritos y
las reglas de adoración al gemelo precioso, al viento, a la lluvia
y al madero que lo arraigaba a la tierra. Plumas, flores,
música y perfumes eran ofrendas gratas a los que moran en lo
alto. Tiempo había tenido también para no olvidar el dolor
en la abundancia, y punzaba sus piernas con puntas de maguey,
sacándose sangre que se lavaba a media noche en una
fuente que se llamaba Xiuhpacoya.

En aquel tiempo era abundantísimo el maíz y las calabazas
grandes, de una braza y muy gruesas, que subían entre las
matas del maíz, como si fueran árboles, y las mazorcas eran
tan grandes y gruesas, que sólo una era bastante carga de una
persona, y todas las otras semillas eran abundantísimas y muy
crecidas ; sembraban y cogían algodón de todos colores :
blanco, colorado, encarnado, amarillo. En Tula se creaban
muchas y diversas especies de pájaros, como es Xiuhtótotl,
Quetzaltotoll, Zaquen, Tlauhquachotl y otras muchas aves
cantaban dulce y suavemente; había árboles de cacao, de
todo género.

En Tula nada faltaba. Los Toltecas eran ricos y nadie padecía
hambre ni mengua alguna. Cuando Quetzalcóatl quería
hacer un llamamiento y dar aviso de alguna cosa, subía el
pregonero a una sierra alta que está junto a la ciudad de TuJa,
llamada Tzatzitepec, donde a grandes voces pregonaba lo que
Quetzalcóatl ordenaba y mandaba, y estas voces se oían por
espacio de cien leguas y más, hasta las costas del mar. Era la
voz de la Técpan, de la comunidad, que ordenaba el trabajo,
la fiesta o el reposo.

El pueblo había enriquecido la casa de Quetzalcóatl.

Cuádruple era la casa. En el centro era redonda, como el
Joyel del Viento. Cuatro cuerpos tenía además, uno era de

chalchihuites, hermosas piedras verdes ; otro era de plata y turquesas; otro de conchas coloradas y blancas y otro de maderas de toda la tierra y de plumas de todas las aves.:

Gran riqueza había acumulado la Técpan en los palacios de Quetzalcóatl.

La vida era muelle y exquisita.

* * *

La hija de Quetzalcóatl era hermosa, y, en el norte, los brujos conspiraban. Hasta ellos llegaba la fama de la hermosura de Tula y la fama de la belleza de la hija.

Huémac, aunque ya era mayor, había querido tomarla por mujer, y como Huémac, muchos principales y muchos de los hijos de los Toltecas.

Pero la hija de Quetzalcóatl no estaba destinada a tomar marido. Vivía feliz en los palacios de su padre, que la educaba en el culto del Arbol del Universo.

-Tiempo es de que tu hija tome marido -insistía Huémac-. Deberá renovar la sangre Tolteca.

-Es su tiempo -contestaba Quetzalcóatl-; pero no su voluntad ni la mía. Vive feliz en su virginidad, y mientras ella sea virgen y feliz, Tula lo será también. No la turbes en su serenidad. Deja que su juventud cante y baile. Déjala que disfrute de la vida en su inocencia y en su castidad. Es una niña que canta y baila ante el Arbol de la Vida.

Pero un día, la muchacha solicitó permiso para salir por primera vez de la casa de Quetzalcóatl y visitar la plaza, pues se habían juntado en el tianguis mercaderes de todas partes, y había grandes fiestas que nunca se habían visto.

Y así llegó a la plaza ante el asombro y entusiasmo de los Toltecas.

Al llegar a la plaza, del suelo en que estaba en cuclillas, se

levantó el Tobeyo en toda su espléndida virilidad. Estaba desnudo y pregonaba sus mercancías : las yerbas mágicas que traía del norte. La muchacha se turbó y avergonzó y corriendo, regresó a su casa, donde quedó inquieta. Y las mujeres del séquito lo notaron.

Y a los ocho días regresó al mercado y no estaba el Tobeyo. Y también corriendo, se fue a su casa y su inquietud aumentó. Pasaron ocho días, regresó y ahí estaba el Tobeyo, que otra vez se levantó a su paso, desnudo, y le regaló Oores y yerbas.

-¡ Tómalas ! -le dijo-. ¡Eres la más hermosa ! justo es que le des descendencia a tu padre. Es la generación triunfo de la vida y de la raza sobre la muerte y las tinieblas ; corona de flores en la noche, aroma de yerbas en el tiempo. ¡ Corónate y solázate ! -Y se fue por la plaza hasta perderse de vista sin que ella lo dejara de mirar, con las flores y las yerbas apretadas junto a su pecho.

Regresó lenta y tristemente a su casa y desde entonces enfermó y estaba muy postrada.

-¿ Qué mal tiene mi hija? -preguntó Quetzalcóatl, que extrañó los cantos y las danzas y la suave presencia, como de pájaro, de la muchacha-. ¿Qué enfermedad es ésta que la tiene tan postrada ?

Y le respondieron las mujeres diciendo :

-¡ Señor ! ¡De esta enfermedad fue causa y ocasión el Tobeyo que andaba desnudo y vuestra hija vio y está mala de amores !

Gran turbación tuvo Quetzalcóatl, que, sin más inquirir, se recluyó en la última de sus habitaciones.

-¡ Grande fue mi pecado -pensaba-, ¡rompí la castidad ofrecida y por hacerme inmortal tomé mujer, y ahora la que es de mi carne, por la carne sufre !

Y se turbó sin encontrar en el dolor consuelo.

Pero la hija no mejoraba. En silencio sufría su mal. Con nadie hablaba. Cesaron los cantos; mustias estaban las flores y las plumas no tenían brillo. Pero la hija nada pedía.

Quetzalcóatl regresó a verla.
Qué tiene mi hija?

-¡Tengo vergüenza y deseo, padre ! No entiendo lo que pasa en mi interior. ¡Un gran desasosiego hay en mi ánima, y ruego en mis entrañas !

-¿ Cuál es la causa, hija?
¡ Un hombre, señor ! ¡Un hombre que descubrí en la plaza ! ¡Al verlo comprendí que era yo mujer, que era distinta y que estaba incompleta ! Y desde entonces me invade esta angustia de insatisfacción que no entiendo y que me quema.

Quetzalcóatl perdió la sernidad y con gran enojo dijo:

-¡ No consiento que el deseo turbe tu inocencia ! ¡No quiero que dejes de ser niña de la risa, del canto y del baile ! ¡Te prohíbo aun el pensamiento ! ¡No tomarás esa fruta ! ¡No es el árbol de tu vida ! ¡No quiero! ¡Lo prohíbo ! ¡Tendrás que arrepentirte !

-¿ De qué me he de arrepentir, padre? -dijo angustiada-.
La insatisfacción y el deseo me asaltaron brusca, repentinamente, sin que mi voluntad se diera cuenta, cuando más desprevenida estaba. ¿Cómo puedo arrepentirme, si es como un golpe traicionero a mis entrañas?

-¡ Entonces, lucha ! ¡Resístete ! ¡Combate !
-¿ Pero qué debo combatir? ¿Qué ?
-¡ La carne ! ¡El deseo ! He ofrecido tu virginidad al Creador. No quiero que tengas culpa.

-¡ Ay, Señor ! -lloró la muchacha-, ¿qué será de mi vida ¡Lo que primero era inocencia, brúscamente se convirtió
en deseo y en angustia, y ahora se transforma en pecado !
¡Y han de venir el arrepentimiento, y la mortificación, y las puntas de maguey!, ¡y la sangre, la horripilante sangre, a manar

para pagar precios que no entiendo ! ¿De qué puedo ser culpable ?
-¡ De desear la carne !
¿Y por qué ha de haber culpa?
¡ Es el mal, es el placer que mueve tus entrañas sin que las domine tu voluntad !

-¡ Pero señor ! No entiendo por qué el bien ha de estar en el dolor, y el mal en el placer. ¿De qué forma fuimos hechos para estar tan disputados, tan contrariados? Mejor me quedaré quieta, con los ojos cerrados, sin desear; pero tampoco sin sufrir. ¿Por qué no me enseñaste eso ?

¡ Porque en ello no hay mérito ! Muchas veces he pensado como tú ahora lo dices -añadió Quetzalcóatl-, ¡en quedarme quieto, sin padecer, sin gozar, sin desear, lejos del bien y del mal, sin buscar uno, sin huir del otro ! ¡Quieto ! Pero mi voluntad se rebela y quiere combatir en el mundo, pensando que sólo Dios puede estar más allá del bien y del mal, en la inmovilidad de todo. Y entonces he caído y me he vuelto a levantar. ¡Y es ahí, en el riesgo y en los extremos, donde he encentrado el mérito !

¡ El mérito, señor ! ¡Qué mérito tiene y ante quién, que yo reprima el fuego de mis entrañas, cuando todo mi cuerpo está pendiente de la generación !

¡ Ofrece eso, que es lo que más deseas, tu generación, tu estirpe, al señor del mérito !

-¡ Pero señor, entonces se detiene el pulso de mi sangre ! Se acaba mi tiempo, el fluir de mi sangre en los tiempos. ¡Esa sangre que de ti salió y que ha venido construyendo el universo desde no sé qué remotas oscuridades, y aquí ha de llegar su quietud ! ¿Por qué, señor, por qué? ¿Soy yo tan grande que merezca la quietud de la sangre? Sacrificar mi generación al mérito no sería el más horrible de los egoísmos? ¡Señor !

¿Merezco ser yo el fin? ¿ No habré de darle más posibilidades a mi raza?

Quetzalcóatl se quedó pasmado ante la mujer que habia descubierto en su hija, y sólo pudo suplicar débilmente:
-¡ Entonces, hazlo por mí !
Y la hija, llorando, dijo :
-Así será.
Y así fue.
Pero la muchacha enfermó más y llegó a tal gravedad, que las mujeres se asustaron y determinaron hablar con Quetzalcoalt que permanecía rígido y ausente.

-¡ Señor ! -le dijeron-, la niña padece y su mal es grave. ¡Muchas complicaciones hay en su ánima, que están en lucha con su misión de mujer, y sufre, y se tortura !

-Sí -dijo Quetzalcóatl-, ¡su mal ! ¡Su propio mal ! Es el mal que se le ha metido en el cuerpo, es ese mal que debe combatir. ¡Triunfará su voluntad !

-¡Tal vez, señor, pero a costa de su vida! ¡La niña languidece, es mal de amores, señor ; ¡mas no es que los amores sean el mal !

-Es el deseo que le ha caído a su inocencia encima, como un tigre.

-¡ Es mujer, señor ! ¡Y su juventud grita por la generación, que es fuerte como un tigre y feroz como él, y la matará SI con ella no cumple ! ¡Se va a secar !
Pero Quetzalcóatl se mantuvo firme.

Y la muchacha empeoró más aún, y mal se veía cuando su padre la fue a visitar. Al verla, se asustó.

-¡ Estás venciendo a tu cuerpo ! ¡Te estás redimiendo ! ¡Eres mi honra y mi flor !

-¡ Estoy vencida ! Y como lo quieres, pronto mi sangre estará quieta. Podrás ofrecerla, con toda largueza, a tu señor del mérito. Pronto dejaré de ser tu flor, y sólo habré de ser el recuerdo de tu honra.

-Señor -le dijeron las mujeres-la niña está sacrificada a palabras que no entiende : pecado, arrepentimiento, mérito

... ¡Su voluntad, a ti está atada ! ¡Morirá por dos amores, a su raza, y a su padre, apachurrada entre el pasado y el futuro !
-¡ No ha de morir ! -repuso enérgico Quetzalcóatl-, ¡no quiero !
-¡ Pero ella, sí !
Mas ella, nada dijo y por un gran rato sólo hubo silencio, un silencio hondo que quebrantó al padre.
-Que busquen al Tobeyo -concluyó-, y se fue vencido y adolorido, y encerrado estuvo cuando se celebraron las bodas de su hija, que gran descontento causaron entre los Toltecas.
Fue de este modo como por el amor y la generación, Titlacahuan, quien tal era el Tobeyo, sembró el odio y la división entre los Toltecas, que muy disgustados quedaron con Quetzalcóatl, que había entregado su hija a un salvaje desnudo, traficante en yerbas mágicas.
Pero la niña se hizo mujer y volvió a florecer, mas no en la casa de Quetzalcóatl.
Así empezó el regreso de Tezcatlipoca.
Trece años después lograría el destierro de Quetzalcóatl.

Capítulo IX
El éxodo

La riqueza de Tula no decrecía. Ancha era ya, como el Anáhuac. Más allá de las montañas llegaban su fuerza, su comercio y su bondad. El orden y el culto al gemelo precioso hacían amable la vida.
Pero en el corazón de Tula, un tigre vivía agazapado, y pronto le devoraría las entrañas.
Un tigre soberbio y alegre, fuerte y grande como Quetzalcóatl, y que en plena fuerza de su juventud, paseaba su desdén y su sonrisa entre el odio de los Toltecas, que nunca tuvieron a la dulce flor de Quetzalcóatl. Andaba siempre casi desnudo, sólo cubierto por un maztle.
.
Un tigre ágil, que en el juego de pelota no tenía rival. Un tigre poderoso, que en todo vencía a los más fuertes y que de todos se reía.
Y los padres, que vieron humillados a sus hijos, arrastrados por el polvo, lastimados en el encuentro y burlados en la carcajada, se aprestaron para hablar con Huémac.
-¡ Poderoso parece el Tobeyo ! Agil en el juego y desdesñoso en la palabra y en la risa. Es el dueño de la hija. Un Tobeyo venido de ninguna parte, traficante en yerbas y salvaje como un animal. Tiempo es de que demuestre sus méritos en cosas de verdadero riesgo y no sólo en el bote de la pelota.
Más allá de las montañas nevadas y del gran lago, la gente de

Coatépec impide nuestro comercio y roba nuestras caravanas. Que vaya con nuestros guerreros y que demuestre en combate, sus fuerzas y su fiereza.

-Es justo -comentó Huémac, que hizo comparecer ante sí a Titlacahuan.

-Me dicen que eres fuerte -le dijo-, me dicen que brincas detrás de la pelota como si fueras un tigre. Tiempo es de que brinques igual sobre los enemigos de Tula. Tiempo es de que salgas de la alcoba donde causas la felicidad de la flor que arrancaste a los Toltecas. Coatépec ha de probar la fuerza de tus miembros. Acompañarás a los guerreros.

Titlacahuan se rió con desdén y sólo se encogió de hombros.
-Saldrás mañana -le dijo Huémac.
-Saldré mañana -consintió Titlacahuan.

Salió la expedición con los comerciantes, los tamemes que llevaban la carga, y los guerreros que en el camino se concertaron para dejarlo solo entre los tamemes, y sin armas, en las tierras de Coatépec.

Al llegar a un lugar donde había hermosas flores, lo fueron dejando solo. En pequeñas partidas se fueron alejando para no dejar lugar a la sospecha y al temor.

Quedó solo con los tamemes, que entre sí se miraban desconcertados, parados junto a su carga.

Titlacahuan les dijo: -pronto vendrán los de Coatépec sobre nosotros. ¡Los valientes guerreros de Tula se han ido a pelear contra las mariposas ! ¡Sin duda que regresarán triunfantes, son guerreros poderosos ! Aprestémonos al combate. Masquen estas yerbas que ahora les doy. Gran valor entrará en el corazón de los que cargan y sus brazos serán invencibles.

Azorados, lo obedecieron aquéllos que sólo sabían
cargar.
-Estemonos quietos hasta que yo grite, y a mi voz, nos
arrojaremos contra los que vengan. Entre tanto, permanezcamos
sin temor.
Llegaron los de Coatépec después de perseguir infructuosarncnte
a los grupos de Toltecas. Con grandes gritos de
júbilo, cayeron sobre las mercancías sin esperar resistencia.
Cuando más confiados se acercaban, Titlacahuan dio un
alarido terrible y saltó como pelota de hule sobre el jefe de los
de Coatépec, y de un solo golpe con el palo, le rompió la cabeza.
Los tamemes, con los ojos desorbitados, babeando y
rugiendo, se arrojaron sobre los asaltantes, que quedaron paralizados
de sorpresa y temor, el tiempo suficiente para que
fueran vencidos.

Breve fue la lucha y pronta la victoria para Titlacahuan.
-Amarremos a los prisioneros. ¡Ahora serán ellos los
que carguen por nosotros ! ¡Continuemos el viaje y llevemos
la mercancía hasta su destino !
Y así fueron y regresaron a Tula, trayendo de cargadores
a los guerreros de Coatépec.
Días antes, habían regresado jubilosos los guerreros Toltecas.
-¡ Titlacahuan no regresará ! ¡Quedó perdido en Coatépec
! ¡El temor le impidió moverse y no quiso entrar a combate
! Prefirió quedarse con los tamemes. ¡No es lo mismo
jugar a la pelota que jugar a la muerte con el enemigo ! ¡ Titlacahuan
no regresará ! -informaron a Huémac.
Y Huémac se puso contento.
Fue con Quetzalcóatl y le dijo :
-Tu yerno, el Tobeyo, sólo era bueno para enamorar
doncellas, para jugar a la pelota y para reír. En cuanto quisimos
que hiciera cosa de mérito, desmayó y quedó en Coatépcc,
perdido con los tamemes, entre los que se quiso refugiar.

No era cosa para continuar la sangre de Quetzalcóatl. ¡Grave ofensa habías cometido contra los Toltecas al dar tu hija a ese salvaje desnudo ! ¡Pero los de Coatépec han hecho justicia a los de Tula !

Quetzalcóatl, que ya estaba viejo y empezaba a estar enfermo desde el matrimonio de su hija, nada dijo y sólo vio fijamente a Huémac hasta que éste calló y salió del recinto.

-¡ Que venga mi hija ! -ordenó Quetzalcóatl.

Llegó ante él, hermosa como nunca. La había dejado de ver desde que consintió que trajeran al Tobeyo. Una gran ternura humedecía los ojos del que ya era viejo.

-Ahora me doy cuenta por qué mis ojos han perdido fuerza. Me haces falta a mi lado. Desde que te fuiste, me he vuelto a sentir extranjero en estas tierras. ¡Estoy solo hija, y tú, también !

-No, señor, yo no estoy sola. Titlacahuan pronto regresará y un hijo suyo late en mis entrañas.

-¡Un hijo tuyo, hija mía ! ¡Un hijo que de mí te aleja ! ¡Qué lejos estoy de mi origen ! ¡Qué delgada se va haciendo mi sangre ! ¡Soy un viejo remoto y extranjero en esta tierra llena de sol, cuyo brillo mis ojos ya no soportan. Un hijo, cuyo padre quedó en Coatépec !

-¡ No entiendo lo que dices, señor ! Titlacahuan no quedará en Coatépec, regresará a conocer a su hijo. Quiere enseñarlo a su gente.

-Huémac me informó que quedó entre los tamemes ; que no quiso pelear y que no regresará ya más. Tu hijo tendrá sólo abuelo. Un abuelo viejo y marchito que ya está llegando al fin de su tiempo.

-El tiempo para todos corre, señor, pero no se llevará

a Titlacahuan, pues su misión no se ha cumplido en esta tierra.
¡Será tu sucesor ! Y después de él, su hijo, que será tu nieto.
Así te arraigarás a esta tierra, llena de sol. Tu nieto lo verá
por ti en tiempos que ya no existas. Así es como determinaste
hacerte inmortal, a través de tu generación entreverada con la
tierra.

-¡Titlacahuan mi sucesor ! ¡Ya no existe, hija ! ¡Titlacahuan
no regresará !

Pálida se puso ella y las lágrimas inundaron sus OJOS ;
pero pronto se repuso.

-¡ Titlacahuan no muere, no puede morir ! ¡Pronto regresará,
y ahora mismo me voy a esperarlo !
Y salió dejando al viejo sumido en su gran tristeza.
-¡ Qué lejos está mi origen ! ¡Qué cerca está mi fin !

¡Mi hija ! ¡Mi hijo ! ¿Qué será de mi hijo en la inmensidad
de la tierra? ¡ Tatle ! ¿Qué será de Tatle en la hostilidad de la
tierra ? Sin hija. ¡Espora, semilla ! ¡Qué grande, qué enorme
es la tierra ! ¡ Qué grande la carga ! ¡ Qué largo el camino !

Y ese día no tuvo ánimo para hacer penitencia. Un gran
dolor sufría en el corazón y en la oscuridad de la noche y el silencio
de la soledad; sus viejos ojos estuvieron llorando.

Y al día siguiente regresó Titlacahuan, con sus tamemes
victoriosos, cubiertos con las armas de los de Coatépec, que
cargaban el fardaje.

Era mediodía y el sol brillaba intensamente.
Anunciaron su llegada desde lejos, con grandes gritos y
silbidos.

Titlacahuan venía a la cabeza, casi desnudo y armado sólo
de un palo. En su rostro había la risa desdeñosa que tanto
odiaban los Toltecas.

Huémac y su gente salieron a enterarse. La sorpresa, el desagrado y el temor se disputaban el ánimo de los principales.

Titlacahuan se paró jactancioso ante Huémac y su séquito.

-¡ Huémac ! -le dijo-, tus guerreros son grandes guerreros. Daba contento ver cómo corrían tras las mariposas. Sus hermosos plumajes rivalizaban con las flores y las alas. ¡Qué bello espectáculo ! Sus macanas deben estar llenas de polen y polvo de mariposas.

Este palo que en mi mano traigo, está lleno de sangre de los de Coatépec. De esta misma sangre. ¡Mira ! -gritó-. Y dando saltos, derribó, con la cabeza destrozada, a tres de los prisioneros que se quedaron debatiendo en el suelo.

¡ Huémac ! La sangre enemiga es grata a los dioses, y tus blandos guerreros, hábiles en perseguir mariposas y cortar flores, no la quieren derramar. Abandonaron el fardaje y tuvieron que ser este jugador de pelota y los tamemes cargadores, los que lo defendieran y llevaran adelante la empresa.

¡Estas son las cuentas que rindo, Toltecas !

El pueblo, que ya no estaba acostumbrado a ver sangre, quedó impresionado y se agitó inquieto.

Al darse cuenta de ello, Titlacahuan siguió gritando :

-¡ Los Toltecas no soportan ya el olor de la sangre ! ¡Los Toltecas ya no pueden enfrentar la muerte ! ¡Los Toltecas ya no saben de la lucha, de la vida, de la sangre y de la muerte ! Compañeros, enseñémosles a estas gentes asustadas, el valor de la muerte y el precio de la sangre. ¡Hagamos algo grato a los dioses ! -rugió-. Y en compañía de los tamemes, ahí mismo empezó a matar a todos los prisioneros que huían en todas direcciones, sin defenderse.

El pueblo, excitado, empezó a gritar:
-¡ La muerte ! ¡La muerte ! -y sin darse cuenta, en medio

De un gran desorden, muchos empezaron también a matar
prisioneros
Era tanto el tumulto, que llegó hasta la casa de Quetzalcoalt
Y turbo su silencio y su retiro .
-¿ Qué ocurre? -preguntó-. ¿Qué es esa grita que hasta
Aca llega?

-Titlacahuan regresó -le informaron-. Trajo prisioneros
y los está matando a palos ante Huémac, que no acierta
qué hacer. El pueblo está excitado, y grita : "¡La muerte ! ¡La
muerte!!
-¡ Titlacahuan ! ¡Tigre sanguinario, demonio padre de
mi nieto ! ¡Iré ! ¡Saldré hasta el pueblo! ¡Que en la plaza me
alcance mi hija ! -dijo, y pidió un látigo. Se puso su manto de
plumas ; se puso su gran penacho, y fue llevado en un palanquín.

Cuando llegó hasta la plaza, ya habían matado a todos
los prisioneros y estaban haciendo con ellos un gran montón.
Muchos Toltecas ayudaban en esa empresa. Los tamemes bailaban
al son del teponaxtle y muchos Toltecas también lo hacían.
Los más, sin embargo, se habían replegado y miraban
horrorizados y asombrados el terrible espectáculo, entre el
polvo, el sol que caldeaba y la sangre que escurría y pronto se
secaba, y hacía lodo. Huémac se había retirado acompañado de los suyos.

Titlacahuan erguía su estatura junto al montón de cadáveres.
Le habían puesto el penacho de la victoria, y le habían
teñido el cuerpo con polvo amarillo y colorado, y lo habían
vestido con mantos, y le colgaban grandes adornos.

Había cantos de victoria y alegría .

-¡Titlacahuan! ¡Titlacahuan! ¡Titlacahuan! -gritaban.
Entonces llegó Quetzalcóatl sobre su palanquín. A su
paso se iba haciendo el silencio, hasta que todo quedó callado.
Sólo el sol reverberaba. Muchos años hacía que el pueblo

no lo veía. Sabía de su existencia; pero no sentía su presencia, y ésta todavía tenía magia.

Sus barbas eran ya blancas y aunque su rostro tenía arrugas, la energía de sus rasgos y sobre todo, la fuerza de su mirada, imponía a todos.

Titlacahuan dejó de reír cuando llegó, horrorizada, la hija de Quetzalcóatl.

El viejo bajó del palanquín y todavía pudo erguirse ante Titlacahuan.

Sus barbas brillaban como si fueran de plata.

El pueblo los veía fascinado, uno frente a otro.

El que rompió el silencio fue Quetzalcóatl.

-¡Tigre ! ¡Tigre manchado ! ¡Eso es lo que eres, un tigre maldito y cobarde, lleno de sangre y maldad !

¡Hija ! ¡No regresó tu esposo ! ¡Regresó este tigre sanguinario que yo no conocía, y que a mi estirpe entró por la carne y tu deseo ! ¡Míralo ante mí con la sangre ajena, seca entre sus garras !

¡Ahora lo conozco, tiene los ojos cenizos del viejo tiempo que quiere volver ! ¡Pero todavía no llega !

¡No! ¡Titlacahuan maldito ! ¡Aquí está todavía Quetzalcóatl ! ¡No habrás de entrar a Tula! ¡No es tu tiempo !

-¡ Y o soy Ce-Acatl Quetzalcóatl ! -gritó y cogió el látigo y con cada grito empezó a dar golpes a Titlacahuan, que sorprendido, trataba de desembarazarse de los mantos y adornos que estorbaban sus movimientos.

La hija de Quetzalcóatl se abrazó a su esposo tratando de cubrirlo de los golpes y aun de evitarlos, y con ello impidió más sus movimientos.

El viejo seguía golpeando y gritando.

-¡Yo soy Ce-Acatl Quetzalcóatl ! ¡Este es mi tiempo ! ¡Esta es mi Tula ! ¡Tigre, tigre maldito ! -y golpeó hasta que la pareja quedó tirada en el suelo, entre el polvo, la sangre de los de Coatépec y la que los golpes hacían manar.

Sólo paró hasta que las fuerzas lo abandonaron, y cayó en brazos de sus cocomes.

El pueblo salió de su asombro y empezó a cantar los cánticos de la serpiente emplumada, y elevó alabanzas a Quetzalcóatl, que casi sin sentido era llevado sobre el palanquín. Todo el pueblo lo siguió hasta su casa.

En la plaza, quedaron Titlacahuan y la hija, rodeados por los tamemes, que, cargados, se los llevaron lejos de Tula.

Quetzalcóatl llegó a su casa y se encerró en sus habitaCiones.

-Solo, otra vez solo en la mitad de la tierra -dijo-. ¡Sin hijo, sin hija, sin mujer ! ¡Tula ! ¡Mi Tula ! ¡Mi obra ! ¡Mi sangre! ¡Tula ... !

Y durante mucho tiempo sólo salía de sus habitaciones a la medianoche, a lavar la sangre de sus sacrificios en la fuente llamada Xiuhpacoya.

Pero llegó el terrible año cincuenta y dos contando a partir del día en que, a la orilla de la tierra, llegó Quetzalcóatl.

Más de ochenta años tenía ya, y estaba viejo, y estaba triste.

La gente de Tula no lo había vuelto a ver desde el día en que había derribado a Titlacahuan. Su presencia flotaba simplemente como el clima, como el ambiente de Tula. Ya no era casi la presencia del hombre, sino del nombre. ¡Tula, la de Quetzalcóatl !

Estaba viejo, estaba enfermo, estaba arrugado. Había aprendido a ausentarse incluso de la soledad de sí mismo. Largos ratos pasaba inmóvil. Era como una burbuja que flotaba, llena de historia y ya sin voluntad, en una esfera.

Nada le interesaba ya, ni siquiera el dolor. Ni el propio, ni el ajeno. Nada quería saber ni de los males, ni de los bienes. Volvía la cabeza cuando le hablaban de muerte, o de enfermedad, o de miseria o sangre.

Con su ausencia, los Toltecas relajaban los vínculos y las normas. El ocio y la molicie ablandaban la carne y la voluntad. Sólo Huémac y su cuerpo de guerreros mantenían la unidad y la reciedumbre de la organización. Pero se agotaban y no encontraban, entre las gentes de Tula, con quién reforzar la resistencia.

Titlacahuan atacaba y minaba. Atacaba y minaba. Su hijo, el nieto de Quetzalcóatl, sabía ya acompañarlo. La madre, olvidada en las cuevas con todas las demás mujeres de Titlacahuan, era infeliz.

* * *

Pero Tula ya estaba herida por la mitad. Su riqueza era enorme y todos la codiciaban. La abundancia hacía blandos a los Toltecas, que distraían sus largos ocios con cada vez más complicados placeres.

Primero, entre los tamemes y macehuales, y después entre las clases más altas, se empezó a hacer más frecuente el uso de yerbas alucinantes. Desde el norte, las surtía el Tobeyo, que había regresado con los suyos, y preparaba la victoria dividiendo a los Toltecas.

Mandaba sus yerbas. Mandaba a sus gentes, que cada vez ganaban más adeptos para el culto de la alucinación.

Los macehuales, especialmente los tamemes, buscaban la jefatura de Titlacahuan, que empezaba a levantar un verdadero ejército formado por los enemigos de Tula, que codiciaban su riqueza ; por chichimecas afectos al culto de la alucinación, y aun por Toltecas descontentos que corrompían más el corazón de Tula.

Huémac tuvo que hacer frente a la situación cada vez más crítica. Quetzalcóatl se encerraba cada vez más en sí mismo.

Difícil era verlo en su casa. Y cuando ante él se comparecía, difícil era arrancarle una palabra. Sólo callaba y veía intensamente.

Huémac libró las batallas, y por años defendió con éxito la integridad de Tula, cuya riqueza no decrecía y cada vez era más codiciada.

Hasta Huémac llegó la noticia de que se preparaba el gran ataque, y Huémac temió, porque Tula no se daba cuenta del peligro. Confiada, danzaba, cantaba, se divertía, se alucinaba. Huémac, que empezaba también a sentir el peso de la vejez, no podía levantar el espíritu de la resistencia. Era demasiado rígido, demasiado seco. Y entonces determinó hablar con Quetzalcóatl.

Hasta a él le costó trabajo verlo. Estaba encerrado en la sala de las plumas. Pero Huémac llegó y le dijo:

-¡ Señor, Tu la se pierde ! ¡Tula se acaba ! Del norte viene Titlacahuan con grandes fuerzas; las nuestras ya no alcanzan. Nuestra gente ignora el peligro y sólo le importa danzar y dilapidar la riqueza que tú creaste. No hay quien haga el esfuerzo y yo no puedo más.

-¡Ya estás viejo, H uémac ! ¡Como yo! Tula es poderosa. ¡Sabrá defenderse !

-¡ No, señor, no sabrá ! Tula es poderosa, pero está podrida. Tu ausencia le ha hecho daño. Ya no existe el ánimo común que todo lo levantaba. Ya nadie piensa en todos. Ni tú mismo, metido entre paredes, ausente de todo interés. ¡Señor, algo tienes que hacer, o Tula se acaba ! Vendrá Titlacahuan y derribará a la serpiente emplumada para entronizar a Tezcatlipoca.

-¡Titlacahuan ! ¡Tezcatlipoca !

-¡ Algo tienes que hacer, Quetzalcóatl ! ¡Levantar el ánimo de los Toltecas ; enseñarles el peligro, tentarles su voluntad ! ¡ Háblales, señor ! Que se den cuenta que Titlacahuan todo lo volverá de cabeza. Que hará del día, noche. De la

vida, muerte. Que todo lo devorará como tigre hambriento.

¡ Diles señor ! Sólo tú puedes hacer algo por Tula.

-Huémac -repuso Quetzalcóatl-, hace tiempo que ya
nada puedo hacer. Ni siquiera por mí mismo. Tiempo hacía
que no hablaba, siquiera, con un hombre. ¡Largos, infinitos
ratos me paso quieto, vacío de todo, hasta de la presencia de
Dios ! Sin dolor, sin placer, sin amar, sin odiar. Largos ratos
llenos sólo de mi propia ausencia.

-¿Y Tula, Quetzalcóatl?, ¿y Tula? Sólo de ti estás lleno,
hasta en tus ausencias. ¿Y Tu la ? ¿Y la Tula de Quetzalcóatl,
amenazada ahora por la gente que baja del norte y todo lo
arrasa a su paso? ¿Y Tula?

-¡Tula ! ¡Huémac ! ¡Tula ! Llena está mi vida de ese
nombre. ¿Y quién es Tula? ¡Nadie de los que aquí había
cuando yo llegué me acompañan ahora !

¡Todos se han ido, todos han muerto ! ¡Y todavía hay
Tula! Y todavía necesita de este viejo extranjero. ¿Qué puede
hacer por Tula un solitario? ¡Nada, Huémac ! ¡Deja a Tula
confiada a su propia decisión !

-Pero Quetzalcóatl, ¡entiende ! ¡Tul a está herida por la
mitad ! La gente vive alucinada por las yerbas de tu yerno. La
realidad es un horizonte incierto, cuyo espacio llenan los placeres.
¡Tu la se acaba, Quetzalcóatl ! ¡ Tula termina !

-¡También termino yo, Huémac ! Poco falta para que se
cierre el círculo. ¡Poco falta para que la serpiente se muerda
la cola !

-¡Tú! ¡Siempre tú !
-¡Yo! ¡Siempre yo ! ¡Huémac ! ¡Ese ha sido mi pecado !

¡ Quetzalcóatl, lleno de Ce-Acatl !
-¡Ya eres viejo, Quetzalcóatl ! ¡Nada pediría de ti, si algo
pudiera hacer yo ! Pero nada puedo ya; he llegado a mi límite.
Rendido estoy si el pueblo no me ayuda y levanta la defensa.
Estoy desesperado. Amo a Tula entrañablemente, y no

quiero que perezca, no quiero que sea un recuerdo en la tierra. ¡No quiero que sea un montón de piedras y ceniza !
-¡ Piedras y ceniza ! ¡Así me siento ! -dijo Quetzalcóatl-. Hecho de piedras y ceniza.

-¡ Otra vez tú ! ¡Sólo tú ! ¿Y Tula? ¿No importa ? ¡Despierta ! ¡Viejo decrépito ! ¡Nada te pediría si no fueras el único que puede despertar a los imbéciles Toltecas ! ¡Despierta viejo ! ¡Haz algo por Tula ! ¡Despierta ya, aunque después te mueras ! ¡Haz algo ! Eres el único. ¿Pero, qué puedes hacer además de babear y quedarte callado con la mirada vacía ? ¡A quién vine a ver ! ¡Eres una máscara hueca y arrugada, llena de ceniza y de recuerdos ! ¡ Quetzalcóatl ! ¡Polvo, ruina ! ¡Vejez, vejez ! ¡Maldita vejez que todo lo mina, que todo lo derrumba, que todo acaba ! Ya no eres Quetzalcóatl. Eres un pobre viejo postrado, lleno de lástima de ti mismo. ¡Tula ha perdido a Quetzalcóatl ! ¡Ya no hay más Quetzalcóatl ! ¡Que se caigan los cielos ; que se apaguen los luceros ! ¡ Tula ! ¡Ya no hay más Quetzalcóatl ! -dijo Huémac. Y se fue llorando de rabia y desesperación.
El viejo quedó callado un gran rato, con la mirada perdida, y se incorporó lentamente, acercándose a la puerta, hasta donde llegaba el sol, y miró sus manos arrugadas, llenas de venas abultadas y de manchas, con los dedos retorcidos.
-¡ Viejo ! ¡Ya soy viejo ! ¡Ya estoy viejo ! ¡Mis manos tiemblan, como mis piernas ! ¡Viejo ! ¡Ya no hay más Quetzalcóatl ! ¡ Quetzalcóatl es un viejo decrépito y cobarde ! -gritó.
Y vinieron corriendo sus cocomes-. ¡ Quetzalcóatl es un viejo tembloroso ! ¡Maldito sea este viejo tembloroso que nada puede hacer por Quetzalcóatl ! ¡ Tula está sola ! ¡ Quetzalcóatl es un viejo que se tiene lástima ! ¡Lloremos por Tula ! ¡Lloremos, coco mes ! ¡Como lloran las mujeres y los viejos ! ¡La gente del norte avanza con paso de tigre y jadear de coyote, y aquí sólo hay un viejo arrugado y vencido antes de iniciar la lucha ! ¡Lloremos por Tula, la del viejo caduco !

-¡ Señor ! -le dijeron sus cocomes-, ¡sobreponte ! ¡Eres Quetzalcóatl ! Eres el señor de esta tierra. Guía otra vez a tu pueblo. Habla otra vez a tu gente. Llévala a la victoria. Ancha es la tierra de Tu la y no ha de perecer. ¡Apiádate de Tu la ! ¡Levanta otra vez al pueblo sobre tus hombros ! ¡Levanta al pueblo ! ¡Levanta al pueblo !
Quetzalcóatl se quedó temblando un buen rato y al fin se irguió y dijo:
-Ce-Acatl Quetzalcóatl no ha pasado. Aún laten dos corazones en su pecho. Ni el tiempo, ni la muerte, han de vencer la voluntad de un hombre. Quetzalcóatl levantará a Tula por encima del tiempo y de la derrota. ¡Que vengan los tigres del norte ! ¡Aquí estará Quetzalcóatl con su látigo ! ¡Tu la prevalecerá!

Que mañana se reúna el pueblo en la plaza. ¡Quetzalcóatl hablará a su pueblo, aunque sea por última vez !
Y los cocomes fueron jubilosos a decírselo a Huémac, que se llenó de alegría y empezó a convocar al pueblo.

* * *

Ese fue el día que eligió Titlacahuan para vencer a Quetzalcóatl. Mandó a un viejo que se llamaba Ihuimécatl, a quien le dijo:
-Es preciso que deje su pueblo, donde nosotros hemos de vivir.6 Ya está viejo -añadió-, y ha de querer juventud, ya que siempre quiso inmortalidad. Llévale dos cosas, y con ellas engáñalo. "Vele a dar su cuerpo" para que, visto que se vea en un espejo, se sepa viejo. Y démosle pulque con yerbas de alucinación, para que se sienta joven.
Ihuimécatl fue con un gran espejo y pidió ser conducido

ante Quetzalcóatl. -Decidle -dijo a los guardias-, que en estos momentos en que Tula peligra, viene un vasallo a darle su cuerpo, para que pueda ponerse de nuevo al frente de los Toltecas.

A nadie quería ver Quetzalcóatl, que estaba en meditación, porque al día siguiente se enfrentaría con su pueblo. Finalmente la insistencia en el extraño mensaje de quien le venía a dar su propio cuerpo venció la barrera, y hasta él llegó Ihuimécatl con el espejo.

Entró y le dijo:

-Mi señor Ce-Acatl Quetzalcóatl, "yo te saludo y vengo, señor, a hacerte ver tu cuerpo".

-"Sé bienvenido, abuelo, ¿de dónde has arribado ? ¿Qué es eso de mi cuerpo? A ver ... "

Ihuimécatl dijo entonces: -"Señor, yo soy tu vasallo.

Vengo de la falda del Nonohualtépetl. ¡Mira, señor, tu cuerpo! -luego le dio un espejo y le dijo-: ¡Mírate y conócete ! Que has de aparecer en el espejo."

En seguida se vio Quetzalcóatl. Se asustó mucho y dijo: -"si me vieran mis vasallos, quizá corrieran" -por las muchas verrugas de sus párpados, las cuencas hundidas de sus ojos y toda su cara arrugada y disforme-. "Nunca más me verán mis vasallos, porque aquí me estaré."

Qué dices, señor? No tengas congoja, de la misma Tierra donde salió este espejo en que te miras viejo, ha salido el iugo para hacerte joven. Autorízame a llamar a mi hermarro Coyotlináhual para que hoy mismo, en esta noche, te lo traiga y si lo bebes, mañana estarás fuerte y animoso para dirigirte a tu pueblo.

-¡Que cosa absurda dices ! Estoy viejo por el transcurso del tiempo y no habrá jugo, por mágico que sea, que me devuelva lo que el tiempo me ha quitado.

-Debes saber -dijo Ihuimécatl-que hay un punto don

de la tierra y el tiempo se juntan en un mismo centro y de ahí brota este jugo que ahora te ofrezco.
-¡Tonterías ! -dijo Quetzalcóatl.

-Serán tonterías -repuso Ihuimécatl-, pero son verdades como la de este espejo. Mas sobre todo, señor, este vasallo que te trae la verdad de tu cuerpo en este espejo sólo quiere la fortuna de Tula. ¿Qué puedes perder si tomas el líquido de Coyotlináhual? ¿Temes morir? Ya estás viejo, y tu corazón, sólo espera la muerte escondida en la vergüenza de tus arrugas. ¡Prueba, señor ! ¿Qué podrás perder? Mañana no saldrás, y perderás la honra, y perderás a Tula. ¡ lnténtalo, señor! ¿Qué puede perder un viejo?

¡Sea ! -dijo sonriendo Quetzalcóatl-. Que venga Coyotlináhual. ¿Qué puede perder un viejo que ya todo lo ha perdido? ¡ Que venga !

Y Coyotlináhual fue, ya muy entrada la noche. Traía la bebida en cantarillos de miel de abeja.

Quetzalcóatl continuaba en meditación cuando le hicieron saber que había llegado Coyotlináhual, e hizo que ante él lo llevaran.

-Yo soy Coyotlináhual -le dijo-, hermano de Ihuimécatl. Vengo, como él, de la falda del Nonohualtépetl; te traigo la bebida de la juventud, que dará fuerza a tu viejo corazón y volverás a ser poderoso, para bien de Tula.

-Mucho sé y mucho he visto -repuso Quetzalcóatl-; mas una bebida como la que dices no puede existir. Pero ya dije que la bebería. ¿Qué puede perder un viejo el día que se dio cuenta de su decrepitud ?

-"Pruébalo con tu dedo meñique, porque está enojado, es un vino fuerte."

"Quetzalcóatl lo tomó con su dedo ; le gustó y dijo : Voy a beber tres raciones."

Coyotlináhual lo indujo a beber más.

Y después de que Quetzalcóatl bebió, Coyotlináhual dio
a todos los cocomes "cinco tazas a cada uno, que bebieron y
quedaron enteramente borrachos".

¡Ayn ! ¡Ya!, ¡nyya!, ¡inye!, ¡an!

El sol y sus colores estallaron en todos los ámbitos. Los
ojos eran fuertes y lo podían ver de frente. El sol en la
mitad del Teuhtlampa.

¡Ayn!, ¡ya!

¡Cíhuatl ! ¡Cíhuatl ! ¡Ven a beber conmigo el licor de la
vida y de la inmortalidad ! ¡Ya!, ¡ inye ! ¡Ya viene Cíhuatl, ya
viene Cíhuatl ! ¡Que venga ! ¡Ayn!, ¡ya!

El mundo se dobla y estás en la otra mitad. ¡Ya voy ! ¡Ya
brinco! ¡Iré por ti ! ¡ Ayn !, ¡ya!
Recios son los colores; pero más fuertes los ojos. Llegan
desde el ombligo de todas las cosas, y se meten detrás del rojo.
¡ Cíhuatl, seamos inmortales ! ¡Yo te mantendré siempre
viva, siempre joven ! ¡Bebamos ! ¡ Cíhuatl! Libemos en jícaras
de miel. Poderoso es el mundo y enorme es el sol. Llenos están
los horizontes de todos los colores. Hermosas son las aves
y largo es su vuelo ; se desdobla como nube y abarca toda mi
esfera.

Del norte viene el tigre manchado que devoró a mi hija.
Enorme tigre manchado que salta desde el sol. ¡De cabeza lo
derribaré ! ¡Lo golpearé ! Enorme soy, como el manto de
' Tula, como nube, como brazo de mar. Verde soy y bermejo.
¡Hermanos cocomes ! Traedme el manto de plumas y
mis insignias y mi estandarte. De una mano llevaré a mi hijo,
la mazorquita con pelos de jilote. De la otra mano que venga
Tatle. ¡Enseñaré los gemelos al pueblo !

¡ Acatl, Acatl ! ¡Hermano, ve y anúnciame por delante !

Que traigan pedernal. Cinco pedazos de pedernal derribarán a Titlacahuan, el carnicero.

El sol es hermoso y calienta todos los colores de mi cuerpo.
Soy fuerte. Soy el que llegó.
¡Soy éste que soy !

¡Ayn!, ¡ya! ¡Yn!, ¡ya! ¡Inye! ¡An!

¡Toltecas que navegan en todas las mitades !
¡Soy éste que soy !

¡Alguien soy !

¡Cinco pedazos de pedernal encajaré en el tronco del tigre !
¡Cinco pedazos que lo romperán en la noche ! ¡Cinco !
¡Ayn!, ¡ya! ¡Ynaya ! ¡Ynye ! ¡An!

¡Poderoso es el señor Quetzalcóatl ! Trae el viento del Oriente. Trae la lluvia y separa las mitades.

¡ Poderoso soy ! ¡ Ce-Acatl Quetzalcóatl ! ¡Señor de las dos mitades !

¡Tu la, Tu la, mi Tul a! ¡Siempre serás ! N o habrá piedras ni ceniza. Este sol hermoso y caliente te mantendrá siempre joven. ¡ Tula ! ¡ Cíhuatl ! ¡Hija!

¡El viento del Oriente ! ¡Que viene el viento !
¡Ayn!, ¡ya!

¡ Cocomes ! ¡Hasta arriba, a subir volando !

¡Somos grandes, Ce-Acatl, y de piedra labrada por el sol, el viento y la lluvia !
¡Que viene el viento !
¡Que viene el viento !
¡Tinieblas !

¡ Yohali Ehecatl !
¡Viento y tinieblas !

El pueblo azorado lo vio salir gritando con su séquito de borrachos. Una máscara grotesca, verde y bermeja cubría su rostro arrugado. Semidesnudo, enseñaba la decrepitud de su cuerpo. Quiso llegar a la pirámide y sus cocomes tiraron el palanquín antes de subir.
Huémac lo recogió del suelo y se lo llevó cargando en brazos como a un niño y comprendió que Tula estaba perdida.
¡Había llegado Tezcatlipoca !
Cuatro días estuvo como muerto Quetzalcóatl. Huémac lo depositó en una caja de piedra y ahí lo dejó. Se fue a prepar; la defensa de Tula. Titlacahuan y sus ejércitos estaban cerca, y con ellos Ihuimécatl y Coyotlináhual,·que reían entre sí y se burlaban del viejo.
Al quinto día despertó Quetzalcóatl, y en cuanto pudo hablar, dijo:
-Mala cuenta de un día fuera de mi casa. Que los ausentes de aquí se enternezcan. Esté y cante solamente el que tiene el cuerpo de tierra.
Cuando esto dijo Quetzalcóatl, todos sus cocomes se entristecieron y lloraron. En seguida cantaron : En casa ajena aún no se habían enriquecido mis señores. Quetzalcóatl no tenian cabellera de piedras preciosas. El madero quizá en alguna parte esté limpio. Héle aquí. Lloremos.
Quetzalcóatl no lloró. Se quedó un gran rato meditando y dijo:
-Mi madero quizá en alguna parte esté limpio.
Ire a ver. Regresaré a la orilla. Me iré, no seré causa de guerra y destrucción. Una vuelta completa sobre sí dieron

los infinitos y el ciclo se ha cumplido. Es ya hora de partir. Me llama mi padre. Iré a ver si el madero está limpio. Regresaré a la orilla.

"Voy a dejar el pueblo, me voy.
"Cerrad por todas partes." Dejo vacía la casa que fue
del corazón del pueblo, en la que por muchos años moró CeAcatl
Quetzalcóatl. Aquí vivió. Aquí engendró. Aquí se embriagó.
De aquí se va, ya viejo y vencido.

Después ordenó quemar todas las joyas de oro, plata, turquesa, plumas y conchas.

Y la noche del quinto día, sin que nadie lo notara, y acompañado de cinco mozos, dejó Tula.

Cincuenta y dos años hacía que había llegado a la orilla.
Las lágrimas escurrían hasta sus barbas.

Capítulo X
La profecía

Y pasó por Cuauhtitlán y ahí bautizó con el nombre de "Ahuehuete" (el viejo) a un árbol grande, muy crecido, lleno de colgajos de heno, en el que reconoció su propia condición.

Sus cocomes se dieron cuenta de que se había ido y lo fueron a alcanzar, y por todo el camino que iba, le "tañían flautas y otros instrumentos" .

Y pasó por Tlalnepantla, en donde dejó estampadas en piedra las huellas de su mano, en el sitio que desde entonces se llama Temacpalco.

Sus coco mes le preguntaban: ¿A dónde vas, señor?
-"Voy al reino de Tlapala", que está por el lado Oriente.
Me llama mi padre. Hasta él voy.
-Y Tu la, ¿qué será de Tu la? "¿A quién le dejas encomendada? ¿Quién hará penitencia?"

-Ya la perdí -repuso Quetzalcóatl-, "ya no está a mi cuidado". Todo se me revuelve. Todo he perdido. Llegó mi tiempo y voy a mi padre, regreso a mi origen. La serpiente se muerde la cola, y tiempo es ya de que se empiece a devorar a sí misma.

Y pasó por la fuente que desde entonces se llama Coapan (agua de culebra), porque en ella ordenó se tiraran los instru mentos y joyas que habían traído sus cocomes.

Y pasó entre Ixtlaccíhuatl y Popocatépetl, las altas montañas

nevadas y ahí murieron de frío muchos de sus cocomes,
de donde determinó que ya no lo acompañaran más que los
cinco mancebos.

Y así pasó por Cholula, donde la gente lo reconoció y le
pidió se quedara en ella.

Mas no quiso hacerlo. Dejó en su nombre a uno de los
mancebos que con él iba, quien ejerció el sacerdocio de la
serpiente emplumada por más de veinte años, e introdujo y
prestigió el nombre de Quetzalcóatl.

Y así, de lugar en lugar, de tristeza en tristeza, llegó a la
orilla del mar, al punto en el que un gran río, el Coatzacoalcos,
se vierte en él. Y ya no lo quiso pasar.

-Esta es mi orilla. Más allá está Oriente, la casa de mi
padre a donde voy, a donde regreso.
Era el tiempo del año en que soplaba fuerte el viento del
norte y hacía frío.

Con los cuatro mancebos, se puso a construir una balsa
de troncos de árbol. Quiso que los troncos se labraran semejando
serpientes, y así se construyeron.

La noche anterior al día en que había determinado partir,
soplaba inclemente el viento, que aullaba entre los árboles
y arrastraba la arena de la playa.

Quetzalcóatl, que sentía un horrible cansancio, tanto
que le hacía ya desear la muerte, se acostó con el vientre pegado
a la tierra, abrió los brazos en cruz y besó y mordió la tierra
con desesperación, mientras sus viejos ojos lloraban por
última vez.

-¡Tierra, mi tierra ajena ! ¡Ya estoy en tu última orilla,
en mis últimos instantes otra vez, como antes, como siempre !
¡Tierra y tiempo !

Pronto he de partir, como partió Ce-Acatl, él por el fuego,
yo por el agua. ¡Agua y fuego !

Desde aquí, con mis viejos ojos cerrados, todo lo veo
para atrás y nada alcanzo hacia adelante.

¡Mundo, mi mundo que se rebela ! ¡Hijo, mi hijo que se pierde ! ¡Hija, mi hija que se pierde ! ¡Mujer, mi mujer que se pierde ! ¡Tula, Tula ! ¡Mi Tula que se pierde ! Ya también pronto me perderé no sé dónde. ¡Yo, mi yo que se pierde !
¡ Quetzalcóatl pierde su yo !
Todo, todo se rebela y da vuelta sobre sí, sobre el otro, sobre mí. Mi mundo se rebela, se me escapa mi creación y se cumple el ciclo. Todo se devora. ¡Todo ! El tiempo contra la tierra. La piedra contra la nada. La planta contra la piedra ; la bestia contra la planta ; el hombre contra la bestia; los dioses contra el hombre. Y Dios. ¿Dónde está Dios ? ¿Quién es aquél que no se rebela ? ¿ Quién es aquél que está más allá del Omeyocan, más allá del Lugar Dos, más allá de todas las posibilidades ? ¿Quién el inmóvil ?
¡Dios ! ¡Dios ! Ante ti, ahora, ahora que todavía soy yo ; que soy alguien ; que soy éste que todavía es. ¿Y después ? ¿Y después ? ¿Y mañana ?

Y hubo un silencio largo cuando el viento amainó un poco y entonces gritó Quetzalcóatl a los cuatro mancebos :
-¡ Ce-Acatl Quetzalcóatl, Primera Caña de la Serpiente Emplumada. Ese soy yo, y todavía soy !
¡Oíd ! Ahora veo hacia adelante.
Mi partida está pronta y la enfrentaré yo solo. Pronto me voy adonde mora mi padre. Me iré solo. Mi partida, a mí concierne
¡Oíd ! ¡Oíd ! ¡Y después pregonadlo en la tierra, porque mi regreso a la tierra concierne !
¡Regresaré ! ¡Regresaré ! Amo esta mi tierra ajena, en la que por cincuenta y dos años viví, pequé, me redimí.
¡Regresaré ! ¡Vendrán mis hermanos !
¡Oíd! ¡Oíd !
¡Los dioses se convertirán en demonios !
¡Los reyes, en vasallos !
¡ Los esclavos, en nada !

-"Se desmoronaron vuestros dioses. Sin esperanza, los adorásteis. "15

Así pensarán los adoradores de Tezcatlipoca.
¡Veo, veo, veo ahora como verán entonces !

Oíd, oíd. ¡Oíd cómo verán ! Lo que dirán los adoradores de Tezcatlipoca :
"Esta es la noticia ... Ellos vienen.

"Y todo el mundo, toda la gente, se espanta, se halla casi en tumulto, como si la tierra se moviere; como si la tierra temblara, como si todo se diera vuelta en círculo delante de los ojos. Reina el terror."

Reina la desesperación. Desesperan. Se reúnen para discutir, se forman pequeños grupos en los que lloran, lloran fuertemente; dejan colgar su cabeza; se saludan entre lágrimas; se saludan llorando; tratan de consolarse; acarician la cabeza de los niños pequeños y los padres dicen : "¡ Desgracia, mis niños ! ¿Cómo podréis soportar esto, lo que ha venido encima de nosotros, lo que ahora se prepara?"

Y las madres dicen: "¡Hijos míos ! ¿Cómo podreis soportar lo que de terrible veréis ? ¿Lo que vendrá encina de nosotros ?

"¿ Qué cosa vendrá encima de nosotros? ¿Quién queda todavía en pie? ¡Ay, antes yo lo estuve! Mi corazón está lleno de mortal angustia, casi sumergido en salsa de chile, que me quema, me muerde."

"Ellos vienen."

Ya llegaron.

"Van en muchedumbre, van como un torrente, levantan el polvo en torbellinos. Su bastón de hierro, su lanza que brilla, y su espada de hierro curvada, como olas de agua, como meras sonajas, sus camisas de hierro. Su casco de hierro."

"Y algunos vestidos totalmente de hierro, los hacen hombres de hierro; brillan."

"Puro hierro forma su traje de guerra, con hierro se visten, con hierro se cubren la cabeza ; de hierro consta su espada, de hierro su arco, de hierro su escudo, de hierro su lanza."
"Y sus perros pasan adelante. Pasan adelante de ellos, están de pie delante de ellos, yacen delante de ellos. Vienen jadeando. La espuma les cae del hocico. Y sus perros muy grandes, con orejas plegadas, con lenguas grandes, colgantes, con ojos de fuego, de llamas ; con ojos claros, amarillos ; con un vientre restirado, con vientre ahuacalado, con vientre acucharado. Salvajes como demonios, siempre jadeantes, siempre con lengua colgante, moteados; como jaguares moteados.

"Y sus cuerpos están envueltos por todas partes. Solamente sus rostros están visibles, enteramente blancos."
"Caras calcáreas lo son, de cabello amarillo ; algunas, con cabellos negros."
"Su barba es larga y también amarilla. Tienen barbas amarillas."
"Son hijos del sol. Son barbados. Del oriente vienen, cuando llegan a esta tierra son los señores de esta tierra. Son hombres blancos, el principio del tiempo ... ¡preparaos ! Ya viene el blanco gemelo del cielo ; ya viene el niño todo blanco ; el blanco árbol santo va a bajar del cielo. A un grito, a una legua de su camino, veréis su anuncio, ¡ay, será el anochecer para nosotros cuando vengan ! Grandes recogedores de maderos, grandes recogedores de piedras, los gavilanes blancos de la tierra. Encienden fuego en la punta de sus manos y al mismo tiempo esconden su ponzoña y sus cuerdas para ahorcar a sus padres. Recibid a vuestros huéspedes barbados que conducen la señal de Dios. ¡Vienen a pedir su ofrenda ! Arderá la tierra. Aparecerán círculos blancos en el cielo, en el día que ha de llegar. Ya está viniendo. Serán esclavas

las palabras, esclavos los árboles, esclavas las piedras, esclavos los hombres cuando vengan. Llegará, y lo veréis. Se llenará de tristeza el mundo. Se estremecerá el ala de esta tierra y se estremecerá el centro de esta tierra en el día que lleguen."

"Y sus ciervos los llevan sobre sus lomos, teniendo así la altura de los techos."

"Sus filas están formadas por caballos, los jinetes en sus lomos. Llevan cascabeles, vienen con cascabeles; los cascabeles casi rechinan, los cascabeles rechinan, los caballos relinchan, sudan mucho, el agua está casi corriendo abajo de ellos. Y la espuma de su boca gotea al suelo. Como espuma de jabón gotea. Y al correr hacen un gran pataleo, hacen un ruido así, como si alguien echara piedras. Al instante se revuelve la tierra donde levantan su pie, hecha pedazos, donde levantan su pie, su pie delantero."

Todo estalla. "Se ve que truena, que relampaguea, se extiende el humo, el humo se echa. Vuelve noche por el humo, el humo se pone sobre toda la tierra, se mete encima de todo el país, hasta que huele de azufre, que roba el seso, la conciencia.

"Tristísima estrella adorna el abismo de la noche. Enmudece de espanto en la casa de la tristeza. Pavorosa trompeta suena sordamente en el vestíbulo de la casa de los nobles. Los muertos no entienden. Los vivos entenderán.

"Todo está como muerto ... "

"¡ Dejad lo todo ! ¡Que lo sea maldito ! ¿Qué más queréis hacer? ¡Ya moriremos ! ¡Ya pronto nos aniquilarán ! ¡Ya pronto veremos la muerte !"

"¿ Por qué os quedáis aquí inútilmente? No habrá más un México. Se acabó de una vez por todas."

"Idos, ya no hay más tiempo."
-Eso, eso vendrá, eso llegará.

Y después empezará un nuevo tiempo. Pero más allá
nada veo, nada oigo. "Ellos vendrán."
Así dijo Quetzalcóatl y nada añadió hasta el día siguiente.

Capítulo XI
En la orilla de la quietud

El nuevo día amaneció casi negro. Una nube oscura y baja se había puesto entre el mar y la tierra. El viento chillaba y grandes olas azotaban la playa. Arena y espuma se confundían en una misma ráfaga.

El viento, el fuerte viento, agitaba las barbas blancas de Quetzalcóatl cuando se incorporó de la tierra y despertó a los mancebos.

-Sólo falta poner el árbol a mi balsa de serpientes. Ayudadme a labrarlo.

Y así lo hicieron, y terminada, clavaron la cruz en la balsa. Sobre ella puso su manto que chicoteaba en el viento.

Quedó desnudo, como había llegado. Sus carnes viejas se llenaron de espumas, como de escamas. Y entonces dijo:

"Toda luna, todo año, todo día, todo viento, camina y pasa también. También toda sangre llega al lugar de su quietud, como llega a su poder y a su trono."

Tuve trono y tuve poder. Mucho corrió mi sangre que ahora quiere quietud. Llegó mi año, llegó mi día. Me voy al viento, me voy al mar. Me voy. Partiré al lugar de mi quietud. Ya estoy en la orilla.

Los mancebos, solemnes, se quitaron sus mantos, que el viento se llevó como si fueran flores, como si fueran mariposas.

Besaron los pies de Quetzalcóatl, que puso sus viejas y temblorosas manos sobre sus cabezas.
Tres veces intentaron echar la balsa al mar y tres veces el mar la regresó.

A la cuarta, les pidió que lo amarraran a la cruz, y así, amarrado, sobre una gran ola, se fue la balsa de serpientes con Quetzalcóatl unido, por fin, al Arbol del Universo.

México, D. F., 31 de marzo de 1965.
Chilam Balam.

Epílogo

Al conocer el arribo de la flota de Hernán Cortés, Moctezuma, señor de los Aztecas, dijo :

"Es nuestro señor Quetzalcóatl que ha venido, porque así ha sido su voluntad, que regresase, que viniera, que tomase de nuevo su trono" (Sahagún, Libro XII, Cap. 111).

Al encontrarse con Hernán Cortés, el desdichado Moctezuma, dijo:

"¡ Oh, señor nuestro, con pena, con fastidio, tú has logrado llegar hasta México, a nuestra casa. Llega a sentarte sobre tu estera, tu silla, que yo he guardado un pequeño tiempo para ti. Porque se fueron tus súbditos, los reyes Izcóatl, el viejo Moctezuma, Atzayacatl, Tízoc, Ahuízotl, que sólo lo guardaron un pequeño tiempo para ti ; que gobernaron la ciudad de México, bajo cuya protección se metía aquí tu pueblo. ¡Quizá podrían visitar algún día a sus supervivientes ! ¡Ojalá que alguno de ellos viese con asombro lo que vino encima de mí, lo que yo veo ahora, el superviviente de nuestros señores ; porque no sueño, no lo veo en el sueño, no lo sueño, que vi, que he visto tu ,cara .

Los compañeros de Cuauhtémoc, el "Aguila que Cayó)), último rey azteca, dijeron:
"Y cuando se bajó el escudo, siendo nosotros vencidos, lo fúe el año signo tres, y en la cuenta de días Uno Serpiente.

El 14 de abril de 1823, consumada ya la Independencia,
el Supremo Congreso Constituyente Mexicano, decretó :

"Que el escudo sea el Aguila Mexicana, parada en el pie izquierdo, sobre un nopal que nazca de una peña entre las aguas de la laguna y agarrando con el derecho una culebra en actitud de despedazarla con el pico ; y que orlen este blasón dos ramas, la una de laurel y la otra de encina, conforme al diseño que usaba el gobierno de los primeros defensores de la Independencia."

Terminé el Epílogo el 2 de mayo de 1965, en el Palacio Nacional.

josé López-Portillo.

Historia de las Cosas de la Nueva España. Relato de los compañeros de Cuauhtémoc.

Fuentes de consulta

Acudí, para investigar la figura legendaria de Quetzalcóatl (Serpiente Emplumada), a las fuentes más conocidas :

Historia de las Cosas de la Nueva España, de Fray Bernardino de Sahagún ; Códice Chimalpopoca (Anales de Cuauhtitlán); Manarquía Indiana, de Juan de Torquemada ; el Códice Borgia, y complementariamente, Obras Históricas, de Don Fernando de Alba Ixtlixóchitl, e Historia Antigua de México, de M. Veytia.

Como obras básicas acudí a la Dinámica Histórica de México, y a Lo Verdaderamente Extraño y Sobrenatural en la Conquista de M/xico, ambas de mi padre, Ing. José López-Portillo y Weber (publicadas por la Academia Mexicana de la Historia en su Boletin Bibliográfico)

Al estudiar la figura de Quetzalcóatl, se encuentra que ese nombre era dado, primero, a uno de los dioses que integra el dualismo en la Teogonía india y que, junto con Tczcatlipoca, mueve el ciclo de una lucha permanente que da lugar a la transformación universal. Este dualismo Quetzalcoalt-Tczcatlipoca presenta similitudes con el mazdeísmo oriental y con la ulterior expresión del maniqueísmo. Pudiera esquematizarse como la lucha permanente entre dos principios, uno de ellos el bien y otro el mal, con la inquietante reflexión de que cada uno de ellos genera a su contrario. No es sitio éste para profundizar en esta materia.

Nos encontramos también con que recibía el nombre de Quetzalcóatl un personaje misterioso, presente en la tragedia de la Conquista de México, de modo especial en la exquisita y torturada psicología del infortunado Moctezuma, que esperaba su regreso para entregarle el poder como lo mandaba la tradición. Se trata de un hombre blanco de barba negra y redonda, de ojos grandes, frente amplia y aventajada estatura, como lo describe Torquemada, que llegó por el Oriente, contribuyó a civilizar Tu la y Cholula; permaneció muchos años en estas tierras y, perseguido por sacerdotes de otro culto, coincidentemente el de Tezcatlipoca, se fue huyendo hasta la orilla del mar, y en Coatzacoalcos profetizó la venida, por el Oriente, de hombres blancos y barbados que vendrían a reconquistar el poder, y después, según unas versiones, se fue por el mar en una balsa de serpientes y, según otras, se arrojó a una hoguera que lo consumió mientras estallaba su corazón, que-se elevaba al cielo para formar el lucero de la mañana, que es uno de los significados de la propia voz que literalmente se traduce como Serpiente Emplumada.

Finalmente, nos encontramos con que recibían el nombre de Quetzalcóatl los diversos sacerdotes que encabezaban el culto a esa deidad, por lo que en las fuentes aludidas se consignan sus hechos, que se confunden en la masa de los atribuidos a la divinidad y a la del personaje a que nos refenmos.

En esta obra, tratamos fundamentalmente la figura humana del personaje misterioso con las implicaciones conceptuales del principio filosófico con el que se identifica dentro de la Teogonía india.

Las fuentes son especialmente ricas en lo que se refiere al momento crítico de la lucha que libran los sacerdotes de Tezcatlipoca para lograr la expulsión de Quetzalcóatl. Puede consultarse a Sahagún y de manera muy singular el hermoso pasaje del Códice Chimalpopoca en que ello se trata.

Para abarcar el Capítulo de la Profecía, nos valimos del procedimiento de integración, consistente en unificar en un solo cuerpo de expresión los pasajes proféticos del Chilam Balam de Chumayel, que son eso, profecías ; algunas expresiones del azoro de Mocte| zuma, y la relación que hicieron los compañeros de Cuauhtémoc que cita Sahagún, en la que de manera impresionante consta el relato de lo sucedido, que, simplemente, y como recurso profético, ponemos en voz de Quetzalcóatl, antes de haber sido realmente dichas.